# JAMES BOND 007

# El hombre de la pistola de oro

Ian Fleming

Esta hazaña engañosa enfrenta a Bond con Scaramanga: el malvado hombre del Caribe, el hombre de la pistola de oro. En esta aventura, la cómplice de Bond es la muy sensual Mary Goodnight. Con su ayuda, el agente 007 combatirá a Scaramanga en escenarios caribeños tan diversos como un burdel tropical, un hotel lujoso y un pantano infestado de cobras. Un duelo a muerte espeluznante.

Ian Fleming

# El hombre de la pistola de oro

## James Bond 13

**ePub r1.2**
**Titivillus** 04.12.2025

Título original: *The man with the golden gun*
Ian Fleming, 1963
Traducción: Rosa Membrado

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: tolemio
ePub base r3.0 (ePub 3)

Para una óptima experiencia de lectura, use la opción *Fuente Original / Fuente del editor / Predeterminada*.

# Índice de contenido

El hombre de la pistola de oro
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
Notas

# 1

## ¿En qué puedo ayudarle?

El Servicio Secreto mantiene mucha información reservada, incluso para oficiales de alta graduación dentro de la organización. Sólo M y su jefe de Estado Mayor, que depende de él, conocen absolutamente todo lo que hay que saber. Este último es el responsable de los archivos ultrasecretos, conocidos como «Manual de Guerra». Así las cosas, en la eventualidad de que ambos muriesen, todos los datos, con independencia de aquellos que son accesibles a las secciones y estaciones individuales, pasarían a sus sucesores.

Algo que James Bond no conocía, por ejemplo, era la maquinaria que entraba en funcionamiento en la Central cuando había que lidiar con las solicitudes para unirse al Servicio o colaborar con él que el público hacía de buena fe, bien de carácter amistoso, bien de otro tipo (borrachos o lunáticos). El sistema también perseguía detectar agentes enemigos con planes para infiltrarse o, incluso, para asesinar.

Aquella fría y clara mañana de noviembre, Bond iba a ver cómo los engranajes se ponían meticulosamente en marcha.

La joven auxiliar de la centralita del Ministerio de Defensa pulsó el botón que indicaba *en espera* y le dijo a su compañera:

—Otro tipo que afirma ser James Bond. Incluso conoce su código. Dice que quiere hablar con M personalmente.

La telefonista se encogió de hombros. La centralita había recibido bastantes llamadas de ese tipo desde que, un año atrás, había aparecido en la prensa la muerte de James Bond en una misión en Japón[1]. Incluso había una mujer repugnante que, cada luna llena, transmitía mensajes de Bond desde Urano, donde, según ella afirmaba, permanecía retenido en espera de su entrada en los cielos.

—Pásale con Liaison, Pat —dijo la otra joven.

La Sección Liaison era el primer piñón del engranaje de aquella máquina, una primera criba. La operadora retomó la línea.

—Un momento, por favor, señor. Le pondré con el oficial que puede ayudarle.

—Gracias —le contestó James Bond, sentado en el borde de su cama.

Ya había supuesto que se encontraría con algún retraso mental antes de que le fuera posible establecer su identidad. El encantador «coronel Boris», que se había

ocupado de él durante los últimos meses después de finalizar su tratamiento en el lujoso Instituto del Nevsky Prospekt de Leningrado, ya se lo había advertido. Se escuchó una voz de hombre en la línea.

—El capitán Walker al habla, ¿en qué puedo ayudarle?

James Bond habló con lentitud y claridad.

—Al habla el comandante James Bond. Número 007. ¿Me haría el favor de ponerme con M o con su secretaria, la señorita Moneypenny? Quiero concertar una cita.

El capitán Walker presionó dos botones en el lateral de su aparato. Uno de ellos ponía en funcionamiento una grabadora, para uso de su departamento; el otro daba el aviso a uno de los oficiales que se encontraba de guardia en el despacho de acción de la Rama Especial de Scotland Yard, que debía escuchar la conversación, localizar la llamada y convertirse de inmediato en inseparable del comunicante. La función del capitán Walker, quien efectivamente era un brillante ex interrogador de prisioneros de guerra en la Inteligencia Militar, era mantener la comunicación con el sujeto durante al menos cinco minutos o el mayor tiempo posible.

—Me temo que no conozco a ninguna de esas dos personas —contestó el capitán —. ¿Está usted seguro de que ha marcado correctamente?

James Bond repitió con resignación el número de Regent, que era la principal línea externa del Servicio Secreto. Él había olvidado el número, junto con muchos otros detalles, pero el coronel Boris lo conocía y había hecho que lo escribiera entre las pequeñas marcas que aparecían en la primera página de su pasaporte británico, un pasaporte falsificado donde constaba que su nombre era Frank Westmacott, gerente de una compañía cualquiera.

—Sí —contestó con voz amable el capitán Walker—. Parece que este punto es correcto. Pero me temo que no puedo localizar a las personas con que usted quiere hablar. ¿Quiénes son exactamente? Ese señor M, por ejemplo…, creo que no hay nadie llamado así en el ministerio.

—¿Quiere que se lo deletree? ¿No se da usted cuenta de que ésta es una línea abierta?

El capitán Walker estaba muy impresionado por la seguridad que denotaba la voz de su interlocutor. Pulsó otro botón, que hacía que sonara un timbre telefónico, para que Bond lo oyera.

—Espere un momento —dijo—, ¿no le importa? Hay alguien en la otra línea.

El capitán Walker se puso en comunicación con su jefe de Sección:

—Disculpe, señor. Tengo a un tipo en la otra línea que dice ser James Bond y que quiere hablar con M. Sé que parece una locura, y ya he iniciado los movimientos de costumbre con la Rama Especial y todo lo demás, pero me gustaría que lo escuchara un momento, ¿quiere? Gracias, señor.

Dos despachos más allá, el oficial jefe de Seguridad del Servicio Secreto, un hombre de aspecto preocupado, pulsó un interruptor:

—¡Maldita sea! —exclamó al mismo tiempo.

El micrófono situado sobre su mesa de trabajo cobró vida. El oficial jefe de Seguridad permaneció sentado, inmóvil. Necesitaba con urgencia un cigarrillo, pero lo que hiciera en su despacho sería ahora audible, tanto para el capitán Walker como para el lunático que se denominaba a sí mismo «James Bond». La voz del capitán Walker le llegó con toda potencia.

—Lo siento. Entonces, me estaba diciendo… Ese hombre… El señor M, con quien usted quiere hablar… Estoy seguro de que no debemos preocuparnos por la seguridad. ¿Podría usted ser más concreto?

James Bond frunció el ceño. No era consciente de que lo había hecho, pero tampoco habría sido capaz de explicar el porqué. De nuevo bajó la voz sin darse cuenta de ello.

—El almirante *sir* Miles Messervy —dijo Bond— es el jefe de un departamento de su ministerio. Suele tener el despacho en el número doce de la octava planta. Su secretaria habitual se llama Moneypenny. Es una atractiva joven, trigueña. ¿Quiere que le diga el nombre del jefe de Estado Mayor? ¿Que no hace falta? Bien, veamos…, hoy es miércoles. ¿Desea que le diga cuál será el plato principal en el menú de la cantina? Hoy debería haber pastel de carne y riñones.

De inmediato, el oficial jefe de Seguridad llamó al capitán Walker por la línea directa.

—¡Maldita sea! —exclamó Walker a James Bond—. De nuevo el otro teléfono… Será sólo un minuto. —Descolgó el aparato verde y contesto—: ¿Sí, señor?

—No me ha gustado eso del pastel de carne y riñones. Pásele con el Hombre Duro. No, cancele esto. Mejor que sea el Hombre Suave. Siempre juzgué que había algo extraño en la muerte de 007. No hubo cuerpo. Tampoco evidencia sólida alguna. Y luego, todos los de aquella isla japonesa, que parecían estar guardándose algo en la manga, poniendo cara de *poker*. Bien, es posible que sea él. Manténgame informado, ¿de acuerdo?

El capitán Walker volvió con James Bond.

—Perdón, de nuevo. Está siendo un día ajetreado. Entonces… su búsqueda… Me temo que yo personalmente no puedo ayudarle en esto. No es mi labor en el ministerio. El hombre con quien usted necesita hablar es el comandante Townsend. Él debería ser capaz de localizar a la persona que usted quiere ver. ¿Tiene lápiz? Está en el número cuarenta y cuatro de Kensington Cloisters. ¿Ya lo tiene? Kensington, cinco cinco, cinco cinco. Déjeme diez minutos, y hablaré con él para ver si puede ayudarle. ¿De acuerdo?

—Es muy amable por su parte —asintió James Bond con torpeza.

Colgó el teléfono. Esperó exactamente diez minutos, levantó de nuevo el auricular y pidió que le pusieran con aquel número.

James Bond se alojaba en el hotel Ritz. Así se lo había indicado el coronel Boris. La ficha de Bond en los archivos de la KGB le describía como un gran vividor, de

manera que, a su llegada a Londres, Bond debía permanecer fiel a la imagen que la KGB tenía de lo que era un alto nivel de vida. Bond bajó en el ascensor y se dirigió a la salida de Arlington Street. Un hombre apostado junto al quiosco consiguió una buena instantánea de Bond utilizando una Minox camuflada en el ojal. Luego Bond bajó por los pocos escalones que llevaban a la calle y, mientras pedía un taxi al portero, una Canonflex con lente telescópica disparó repetidamente desde la furgoneta de la lavandería Red Roses situada junto a la entrada de mercancías. La misma furgoneta siguió de inmediato al taxi donde iba Bond, mientras un agente informaba escuetamente al despacho de acción de la Rama Especial desde el interior.

El número cuarenta y cuatro de Kensington Cloisters era una sombría mansión victoriana de ladrillo rojo ennegrecido. Había sido elegida para su propósito porque en tiempos constituyó el cuartel general de la Liga del Imperio para la Supresión de Alborotos. En la entrada aún se veía la placa de latón de esta organización, desaparecida hacía ya tiempo, cuyo cascarón había comprado el Servicio Secreto a través de la Oficina de Relaciones para la Commonwealth. Disponía también de un sótano anticuado, que había sido reequipado para albergar las celdas de detenidos, y una salida posterior que daba a una tranquila caballeriza.

La furgoneta de la lavandería Red Roses permaneció vigilando la puerta frontal, mientras se cerraba tras James Bond, y luego se dirigió a marcha lenta hacia el aparcamiento no muy alejado de Scotland Yard. Entretanto, en su interior se llevaba a cabo el proceso de revelado de la película Canonflex.

—Tengo cita con el comandante Townsend —dijo Bond.

—Sí. Le está esperando, señor. ¿Quiere dejarme su gabardina? —El portero, de aspecto fuerte, colgó la gabardina en un perchero junto a la puerta. Tan pronto como Bond estuviera en el despacho del comandante Townsend, su abrigo sería rápidamente trasladado al laboratorio, en la primera planta del edificio, donde, a partir de un examen del tejido, se determinaría su procedencia. También se tomaría muestra del polvo de los bolsillos para realizar una investigación más a fondo—. ¿Quiere seguirme, señor?

Se encontraba en un corredor estrecho, pintado hacía poco con esmalte antihumedad, en el que sólo había una ventana alta que ocultaba el fluoroscopio, un dispositivo que se disparaba automáticamente bajo la alfombra de feo diseño que cubría el suelo del pasillo. Los hallazgos de su visor rayos X serían remitidos al laboratorio, ubicado justo encima. El pasillo terminaba en una pared lisa y con sendas puertas a los lados, una frente a otra, con los rótulos A y B. El portero llamó al despacho B y se hizo a un lado, dejando paso a Bond.

Era una habitación agradable, muy luminosa, con el suelo enteramente revestido de Wilton color gris paloma. Los símbolos militares que colgaban de las paredes

pintadas en crema estaban lujosamente enmarcados. Ardía un pequeño y vivo fuego bajo la repisa de la chimenea estilo Adam, donde descansaban varios trofeos de plata y dos fotografías enmarcadas en cuero, una de ellas de una mujer atractiva y la otra de tres hermosos niños. Había una mesa de centro con un jarrón de flores y sendas cómodas butacas a cada lado del fuego. No se veían mesa de despacho ni archivo algunos, nada que tuviera aspecto oficial. Un hombre alto, tan agradable como la habitación, se levantó de su butaca, la más alejada, dejó caer *The Times* sobre la alfombra, junto a su asiento, y se acercó a Bond con una cordial sonrisa de bienvenida. Le estrechó la mano con firmeza.

Se trataba del Hombre Suave.

—Pase, pase. ¡Siéntese! ¿Un cigarrillo? Éstos no son los que usted prefiere, según creo. Tan sólo son los que nos proporciona nuestra entrañable Marina.

El comandante Townsend había preparado cuidadosamente este comentario cargado de doble intención: una referencia directa a la preferencia de Bond por los Morland Specials con tres aros de oro. Notó la aparente falta de comprensión por parte de Bond. Éste cogió un cigarrillo y aceptó el fuego que el comandante le tendía. Se sentaron uno frente al otro.

Townsend cruzó las piernas, con actitud relajada. Bond tomó asiento con más rigidez.

—Así pues, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó el comandante.

Al otro lado del pasillo se encontraba el despacho A, un frío cubículo que constituía la Oficina de Trabajos, y que estaba equipada tan sólo con una siseante estufa de gas, una horrible mesa de despacho bajo un fluorescente desnudo y dos sillas de madera. Allí, la acogida que habría dispensado a Bond el Hombre Duro, un ex superintendente de policía (ex debido a un caso de brutalidad policial acaecido en Glasgow a causa del cual había sido acusado él), hubiese sido muy diferente. El hombre que respondía por señor Robson le habría dado un tratamiento intimidatorio completo, con un interrogatorio cruel y amenazador jalonado con advertencias de encarcelamiento por falsa identidad, y Dios sabe qué más; incluso si hubiese mostrado signos de hostilidad o de una fanfarronería irritante, hasta le habría propinado una pequeña y acertada paliza en los sótanos.

Era la última criba que separaba la paja del grano entre el público que deseaba acceder al Servicio Secreto. Otras personas en el edificio se encargaban de las cartas que se recibían. Las que llegaban escritas a lápiz o con tintas multicolores y aquellas que incluían fotografía permanecían sin respuesta. Las cartas amenazadoras o litigiosas se enviaban a la Rama Especial. Las cartas serias y con base sólida se dirigían, con un comentario realizado por el mejor grafólogo del Servicio, a la Sección Liaison, en el Cuartel General, para acciones posteriores. Los paquetes iban a parar automáticamente a la Brigada de Recogida de Bombas en Knightsbridge Barracks. El ojo de la aguja era muy pequeño y, en general, su discriminación resultaba muy adecuada. La estructura era costosa, pero la primera obligación de un

servicio secreto es, no sólo permanecer en secreto, sino también ser de la máxima seguridad.

No había razón alguna por la que James Bond, que siempre había estado en el área operativa del negocio, debiera conocer algo sobre esos entresijos del servicio, o al menos, no más de cuanto debiera saber acerca de los misterios de la fontanería o del abastecimiento de electricidad en su apartamento de Chelsea, o, siquiera, del funcionamiento de sus propios riñones. El coronel Boris, sin embargo, tenía acceso a conocer toda la rutina. Los servicios secretos de todas las grandes potencias están al corriente de las facetas públicas de sus oponentes; por eso, el coronel Boris le había descrito con mucha precisión el tratamiento que James Bond podía esperar antes de que quedara clara su identidad y se le permitiera el acceso al despacho de su jefe.

Por ello, James Bond hizo una pausa antes de responder a la pregunta del comandante Townsend relativa a cómo podía serle de ayuda. Primero contempló al Hombre Suave y luego desvío su mirada hacia el fuego. Confirmó la precisión con que le habían descrito el aspecto del comandante Townsend y, antes de decir lo que le habían indicado, otorgó al coronel Boris una puntuación de noventa sobre cien. El gran rostro amistoso; los ojos, separados entre sí, de color marrón claro, enmarcados por las arrugas de un millón de sonrisas; el bigote militar; el monóculo sin montura, colgando de un cordoncillo negro; el rojizo y escaso cabello, cepillado hacia atrás; el inmaculado uniforme de chaqueta azul cruzada, rígido cuello blanco y corbata de brigada. Todo estaba allí. Pero lo que Boris no le había dicho era que los ojos, aunque parecían amistosos, eran tan fríos y firmes como el cañón de un revólver, al igual que los delgados y austeros labios.

—En realidad, resulta bastante simple —dijo Bond en tono condescendiente—. Soy quien digo ser y estoy haciendo lo que naturalmente tengo que hacer: presentarme de nuevo ante M.

—Es cierto. Pero usted debe darse cuenta —le repuso el comandante con una sonrisa comprensiva— de que ha estado fuera de contacto durante casi un año. Ha sido declarado oficialmente «desaparecido y dado por muerto». Su necrológica se ha publicado incluso en *The Times*. ¿Tiene alguna evidencia de su identidad? Admito que se parece mucho a las fotografías que poseemos de usted, pero debe comprender que hemos de estar muy seguros antes de permitir que suba más peldaños.

—Mi secretaria era la señorita Mary Goodnight, ella me reconocería de inmediato. Y también lo harían docenas de personas en el Cuartel General.

—La señorita Goodnight ha sido destinada en el extranjero. ¿Puede darme una breve descripción del Cuartel General, sólo unos cuantos detalles principales?

Bond así lo hizo.

—Bien. Ahora dígame, ¿quién era una tal María Freudenstadt[2]?

—¿Era?

—Sí. Ha muerto.

—Ya me imaginaba que no duraría mucho. Se trataba de una agente doble que trabajaba para la KGB. Era controlada por la Sección Cien. No me va a dar las gracias si le digo nada más.

El comandante Townsend había sido informado de antemano de ese asunto, de gran secreto, y le habían facilitado una respuesta, más o menos, como la que había expresado Bond. Esto era concluyente. *Tenía* que ser James Bond.

—De acuerdo; avanzamos muy bien. Ahora sólo nos queda averiguar de dónde viene y dónde ha estado todos estos meses, y no le retendré por más tiempo.

—Disculpe, pero sólo puedo decirle eso a M en persona.

—Lo comprendo.

El comandante Townsend adoptó una expresión pensativa.

—Bien, déjeme hacer una o dos llamadas por teléfono y veré cómo arreglarlo. —Se puso en pie y preguntó a Bond—: ¿Ha visto el *Times* de hoy?

Lo tomó y se lo tendió a Bond. El diario había recibido un tratamiento especialmente para obtener buenas huellas. Bond lo cogió.

—No tardaré —dijo el comandante.

Cerró la puerta tras de sí, cruzó el pasillo y abrió la puerta con el rótulo A, donde sabía que el señor Robson estaría a solas.

—Perdona que te moleste, Fred. ¿Puedo usar tu codificador telefónico?

El hombre fornido que estaba sentado junto a la mesa de despacho le contestó con un gruñido a través del humo de su pipa y siguió inclinado sobre las noticias de las carreras del *Evening Standard* de la tarde.

El comandante Townsend levantó el auricular y llamó al laboratorio.

—El comandante Townsend al habla. ¿Algún comentario?

Escuchó con gran atención, dio las gracias y después llamó al jefe de Seguridad del Cuartel General.

—Bien, señor, creo que se trata de 007. Está algo más delgado que en las fotografías… Le proporcionaré las huellas tan pronto como se haya ido. Lleva su atuendo habitual, traje sin cruzar azul oscuro, camisa blanca, corbata de seda negra estrecha, calzado informal negro…, pero todo parece recién estrenado. La gabardina fue comprada ayer mismo en Burberrys. Ha contestado sin el más mínimo error a la pregunta de Freudenstadt, pero afirma que no dirá nada más acerca de sí mismo, excepto a M en persona. De todas formas, quienquiera que sea, no me gusta demasiado… No ha mostrado interés ante el comentario de sus cigarrillos preferidos. Tiene una rara mirada vidriosa, como distraída, y con la mera observación se ve que lleva una pistola en el bolsillo derecho de su americana, una especie de artilugio curioso, que parece que no tenga culata. Yo diría que es un hombre enfermo, y personalmente no recomendaría que M lo viera, pero no sabría decirle cómo conseguiríamos que hablara.

Hizo una pausa para escuchar.

—Muy bien, señor. Permaneceré junto al teléfono. Estoy en la extensión del señor Robson.

Hubo un silencio en el despacho. Los dos hombres no se llevaban bien. El comandante Townsend echó una ojeada a la estufa de gas, mientras se preguntaba por el hombre que esperaba en la habitación contigua. Sonó el teléfono.

—¿Sí, señor? Muy bien, señor. ¿Enviará su secretaria un coche del parque móvil? Gracias, señor.

Bond seguía sentado en la misma postura erguida, con *The Times* aún sin abrir en su mano.

—Muy bien, ya está arreglado —le comunicó el comandante con tono alegre—. Tengo un mensaje de M para usted. Está muy aliviado de que usted se encuentre bien y quedará libre en una media hora. Un coche llegará aquí para recogerle dentro de diez minutos. Y, otra cosa, el jefe de Estado Mayor le envía el mensaje de que espera que después podrá usted almorzar con él.

James Bond sonrió por primera vez. Fue una sonrisa leve que no llegó a iluminar sus ojos.

—Es muy amable de su parte —contestó—, pero ¿me hará usted el favor de comunicarle que me temo que no estaré disponible?

# 2

## ¡Un atentado!

El jefe de Estado Mayor se hallaba de pie frente a la mesa de despacho de M y le decía con firmeza:

—Sinceramente, señor, yo no lo haría. Puedo verle yo, o algún otro. Pero no me gusta cómo huele todo esto. Creo que 007 está loco. No hay duda de que se trata de él, de acuerdo. El jefe de Seguridad acaba de verificar las huellas. Y las fotografías son correctas, así como también la grabación de su voz. Pero, por el contrario, hay demasiadas cosas que no tienen ni pies ni cabeza. Por ejemplo, este pasaporte falso que hemos encontrado en su habitación del Ritz. Sí, claro, quería regresar al país sin hacer ruido. Pero es un trabajo demasiado bueno. Una típica muestra de lo que la KGB es capaz de hacer. Y el último sello es de Alemania Federal, de antes de ayer. ¿Por qué no informó a la Estación B o W? Los dos jefes de Estación son amigos suyos, en especial el 016 de Berlín. ¿Y por qué aún no ha ido a echar una ojeada a su apartamento? Tiene allí a una especie de ama de llaves, una escocesa llamada May, que siempre ha jurado que estaba vivo y que ha seguido cuidando el lugar con sus propios ahorros. El Ritz es una especie de escenario Bond. Y esas ropas nuevas. ¿De qué tenía que preocuparse? No importa qué llevaba puesto cuando entró por Dover. Lo normal, si es que iba harapiento, hubiera sido que me hiciera una llamada (él tiene mi número de teléfono particular), para que le ayudara a arreglarse, tomarnos una copas, explicarme su historia y luego presentarse aquí. En lugar de eso, lo que tenemos es esta aproximación (típica de una infiltración) y toda esa endemoniada preocupación por la Seguridad.

El jefe de Estado Mayor hizo una pausa. Sabía que no estaba consiguiendo su objetivo. Tan pronto como empezó a hablar, M giró de lado su silla y permaneció contemplando melancólicamente a través de la ventana la silueta dentada de Londres, chupando de vez en cuando una pipa apagada. El jefe de Estado Mayor concluyó, repitiendo con obstinación:

—¿No cree que me lo podría dejar a mí, señor? Puedo contactar con *sir* James Molony enseguida y poner a 007 bajo observación y tratamiento en The Park. Todo se llevará con suavidad, trato de VIP y todo lo demás. Se le puede explicar que lo han llamado al Gabinete de Control, o cualquier otra cosa. Seguridad dice que 007 parece un poco delgado, así que habría que administrarle vitaminas, tenerle en convalecencia y todo lo demás; ahí tenemos una excusa perfecta. Si se ofende, siempre podemos administrarle alguna droga. Es buen amigo mío y no pensará mal de nosotros. Obviamente, necesita que le pongamos de nuevo en el camino, si nos es posible hacerlo.

M giró con lentitud su asiento. Levantó la mirada hacia aquel rostro cansado y preocupado que mostraba la tensión de ser el Número Dos del Servicio Secreto durante más de diez años. M sonrió.

—Gracias, jefe de Estado Mayor. Pero me temo que no es tan fácil como todo eso. Yo envié a 007 en su última misión para quitarle de encima sus preocupaciones domésticas. Usted recuerda cómo sucedió todo. Bien, nosotros no teníamos idea alguna de que lo que parecía una misión bastante tranquila iba a terminar en una lucha encarnizada con Blofeld. Ni que 007 iba a desaparecer de la faz de la tierra durante todo este año. Y 007 tiene bastante razón. Yo le envié a esa misión, y él tiene todo el derecho a informarme a mí personalmente. Conozco a 007. Es un muchacho inquebrantable. Si dice que no hablará con nadie más, no lo hará. Y, por supuesto, yo quiero oír lo que le sucedió. Usted estará escuchando. Tenga un par de nuestros mejores hombres a mano. Si la cosa se pone difícil, entren y cójanle. En cuanto a su revólver…

Miró con gesto impreciso en dirección el techo.

—Puedo confiar en eso. ¿Ha probado ese maldito chisme?

—Sí, señor. Funciona correctamente. Pero…

M levantó la mano.

—Lo siento, jefe de Estado Mayor —lo interrumpió—. Es una orden.

Una luz parpadeó en el intercomunicador.

—Debe de ser él. Hágale entrar de inmediato, ¿quiere?

—Muy bien, señor.

El jefe de Estado Mayor salió, cerrando la puerta tras de sí.

James Bond estaba de pie y dirigía una sonrisa distraída a la señorita Moneypenny. Ella parecía muy inquieta. Cuando Bond desvió su mirada y saludó a Bill Tanner, aún seguía mostrando la misma sonrisa distante. No tendió la mano. El jefe de Estado Mayor dijo, con una cordialidad que sonó falsa a sus propios oídos:

—Hola, James. Mucho tiempo sin verte.

Al mismo tiempo, por el rabillo del ojo, vio que la señorita Moneypenny movía rápidamente la cabeza, como si quisiera darle a entender alguna cosa. Bill Tanner la miró directamente a los ojos.

—M desea ver a 007 de inmediato.

Ella mintió, a la desesperada:

—¿Sabe usted que M tiene una reunión de jefes de Estado Mayor en el despacho del Gabinete de Control dentro de cinco minutos?

—Sí. Ha dicho que le excuse usted de la forma que sea.

El jefe de Estado Mayor se volvió hacia James Bond.

—Muy bien, James, adelante. Lamento que te sea imposible que almorcemos juntos. Ven y charlaremos un poco después de que M haya acabado contigo.

—Eso estará bien —contestó Bond. Se cuadró de hombros y entró por la puerta sobre la que aún brillaba la luz roja.

La señorita Moneypenny enterró el rostro entre las manos.

—¡Oh, Bill! —exclamó con desánimo—. Algo no marcha bien en él. Estoy asustada.

—Calma, Penny. Haré todo lo que pueda —la tranquilizó Bill Tanner.

Entró rápidamente en su despacho y cerró la puerta. Luego se dirigió a su mesa y encendió un interruptor. La voz de M llenó la sala:

—Hola, James. Es magnífico tenerle de vuelta. Tome asiento y cuéntemelo todo.

Bill Tanner cogió el teléfono del despacho y pidió que le pusieran con el jefe de Seguridad.

James ocupó su lugar habitual enfrente de M, al otro lado de la mesa. Una tormenta de recuerdos pasó vertiginosa por su mente, como una película mal montada y proyectada con desorden. Bond cerró su mente a esa tormenta. Debía concentrarse en lo que debía decir y hacer; en nada más.

—Me temo que aún hay mucho que no puedo recordar, señor. Sufrí un golpe en la cabeza —dijo, tocándose la sien derecha— en algún momento a lo largo de aquella misión que usted me envió a realizar en Japón. Después de eso sólo hay una laguna, hasta que fui capturado por la policía, en el litoral en Vladivostok. No tengo ni idea de cómo llegué hasta allí. Me dieron una pequeña paliza y en el transcurso de la misma debí recibir otro golpe en la cabeza, porque de pronto recordé quién era, no un pescador japonés, como yo creía. Luego, como es lógico, la policía me trasladó a la rama local de la KGB, que, por cierto, es un enorme edificio gris en el Morskaya Ulitsa, frente al puerto, cerca de la estación de ferrocarril. Cuando enviaron mis huellas a Moscú se desató mucha agitación, y me trasladaron en avión desde el aeródromo militar que hay al norte de la ciudad, en Vtoraya Rechka. Pasaron semanas, en Moscú, interrogándome, o mejor intentándolo, porque no recordaba nada hasta que me ayudaron con algo de lo que ellos mismos sabían. Entonces pude darles unos cuantos detalles confusos que añadir a sus conocimientos. Fue todo muy frustrante para ellos.

—Mucho —comentó M. Un ligero fruncimiento había aparecido entre sus ojos—. Y ¿les dijo todo lo que pudo? ¿No fue eso bastante, digamos…, hum…, generoso por su parte?

—Fueron muy amables conmigo en todos los sentidos, señor. Eso parecía lo mínimo que yo podía hacer. Estaba ese Instituto en Leningrado, donde me dieron tratamiento de VIP, con las máximas personalidades especialistas en el cerebro, y todo lo demás, pendientes de mí. No parecían tener en cuenta el hecho de que yo hubiera estado trabajando contra ellos la mayor parte de mi vida. Vinieron otras personas y me hablaron, muy razonablemente, de la situación política, etcétera. La necesidad, tanto para los países del Este como para los países occidentales, de trabajar juntos por la paz mundial. Me aclararon un montón de cosas que no se me habían ocurrido nunca antes. Me convencieron en bastante medida.

Bond miraba con obstinación a través de la mesa a los ojos azul claro de hombre de mar, que ahora empezaban a inyectarse de un brillo rojizo de furia. Y continuó hablando.

—Supongo que usted no comprende lo que quiero decir, señor. Usted ha estado haciendo la guerra contra los unos o los otros toda su vida. Lo está haciendo en este mismo momento. Y durante la mayor parte de mi vida adulta, usted me ha utilizado como su herramienta. Afortunadamente, todo eso ya ha terminado.

M le contestó con ira:

—Desde luego, así es. Supongo que entre las otras cosas que ha olvidado, se encuentra la lectura de los informes de nuestros prisioneros de guerra en Corea, que sufrieron lavados de cerebro por parte de los chinos. Si los rusos están tan a favor de la paz, ¿para qué necesitan a la KGB? Según las últimas estimaciones, hay alrededor de cien mil hombres y mujeres «haciendo la guerra», como usted lo llama, contra nosotros y contra otros países. ¡Esa es la organización que se mostró tan encantadora con usted en Leningrado! ¿Por casualidad no le mencionaron los asesinatos de Horcher y Stutz en Munich el mes pasado?

—Oh, sí, señor. —La voz de Bond sonaba tranquila, afable—. Tienen que defenderse contra los servicios secretos de Occidente. Si usted desmantelara todo esto —añadió Bond, haciendo un gesto con una mano—, ellos estarían encantados de renunciar a la KGB. Fueron bastante francos en todo esto.

—Y lo mismo afecta a sus doscientas divisiones, y a su flota de submarinos, y a sus misiles balísticos intercontinentales, supongo —repuso M con voz áspera.

—Claro, señor.

—Bien, si encuentra que esas personas son tan razonables y encantadoras, ¿por qué no permaneció allí? Otros lo han hecho antes. Burgess está muerto, pero podría haberse hecho amigo de Maclean.

—Consideramos que sería más interesante regresar y luchar por la paz desde aquí, señor. Usted y sus agentes me han enseñado determinadas técnicas muy eficaces en la guerra sucia. Ellos me explicaron lo útiles que resultarían esas habilidades en la causa por la paz.

La mano de James Bond se movió con calma hacia el bolsillo derecho de su americana. M, con igual tranquilidad, separó su asiento de la mesa y su mano izquierda buscó el botón situado debajo del brazo de la butaca.

—¿Por ejemplo? —preguntó M con frialdad.

Sabía que la muerte había entrado en la habitación, que se encontraba delante de él, y que esa pregunta era una invitación para que ocupara su lugar en la butaca.

James Bond se puso tenso. Había cierta palidez alrededor de los labios. Sus inexpresivos ojos azul grisáceo seguían mirando a M, casi sin verle. Las palabras sonaron con aspereza, como si alguna fuerza interior las impulsara.

—Sería un punto de partida que los traficantes de canallas fueran eliminados, señor. Esto es para el Número Uno de la lista.

Sacó su mano del bolsillo, que destelló achatada con el metal negro que sostenía; pero en el mismo momento en que el veneno siseó avanzando por el tambor de su pistola de culata abultada, de una hendidura disimulada en el techo cayó la gran pantalla de cristal blindado que, con un último susurro hidráulico, frenó en el suelo. El viscoso chorro marrón se estrelló inofensivo en el centro del vidrio y goteó hacia el suelo, distorsionando la imagen de M a través del cristal, su rostro y el brazo que había levantado automáticamente como protección adicional.

El jefe de Estado Mayor irrumpió en el despacho, seguido por el jefe de Seguridad, y ambos se lanzaron sobre James Bond. En el mismo instante en que lo agarraban por los brazos, la cabeza le cayó sobre el pecho y, si no lo hubiesen sujetado, se habría derrumbado. Lo pusieron en pie. Tenía una pérdida total de conocimiento. El jefe de Seguridad olisqueó.

—¡Cianuro! —exclamó con rudeza—. ¡Hemos de salir todos de aquí! ¡Y rápido, maldita sea!

La urgencia hacía que se esfumaran las buenas maneras propias del Cuartel General.

La pistola descansaba sobre la alfombra, allí donde había caído. Le dio una patada.

—Señor —dijo a M, que había salido de detrás del cristal—, ¿le importaría abandonar el despacho? Deprisa. Haré que limpien esto durante el almuerzo.

Era una orden. M se encaminó a la puerta abierta. La señorita Moneypenny, de pie en el umbral con su mano apretada contra la boca, contemplaba con horror como el cuerpo en decúbito supino de James Bond era transportado a rastras al interior del despacho del jefe de Estado Mayor. Las suelas de sus zapatos habían dejado las huellas de todo su peso en la alfombra.

—Cierre esa puerta, señorita Moneypenny —le ordenó M con severidad—. Haga que el oficial médico de guardia suba enseguida. ¡Vamos, jovencita! ¡No se quede ahí papando moscas! Y ni una palabra de esto a nadie. ¿Entendido?

La señorita Moneypenny se rehízo desde el borde mismo de la histeria. Respondió con un «Sí, señor» automático, cerró la puerta y luego descolgó el teléfono interior.

M cruzó la sala en dirección al despacho del jefe de Estado Mayor. Entró y cerró la puerta. El jefe de Seguridad, de rodillas junto a Bond, le había aflojado la corbata y el botón del cuello y le tomaba el pulso. El rostro de Bond estaba blanco como el papel y bañado en sudor. Su respiración era un estertor desesperado, como si acabase de disputar una carrera. M miró brevemente a Bond y luego, dando la espalda a los demás, a la pared del fondo. Después se volvió hacia el jefe de Estado Mayor.

—Bien, esto es lo que hay —dijo con tono enérgico—. Mi predecesor murió en esa silla. Entonces fue una simple bala, pero le llegó de la misma clase de oficial loco. Aunque no se puede legislar contra los lunáticos, la Oficina de Trabajos ha hecho desde luego una buena labor con ese aparato. Ahora bien, jefe de Estado

Mayor, esto, por supuesto, no se llevará más lejos. Hable con *sir* James Molony tan pronto como pueda y haga que trasladen a 007 a The Park, en ambulancia y con guardia de paisano. Explicaré el asunto a *sir* James esta tarde. Resumiendo, como usted ha escuchado, la KGB lo ha retenido y le ha lavado el cerebro. Ya era un hombre enfermo antes de eso, con amnesia de algún tipo. Le comunicaré todo lo que sepa de aquí en adelante. Haga que recojan sus cosas del Ritz y que paguen su cuenta. Y emita algo de este estilo para la prensa: «El Ministerio de Defensa se complace…». No, diga: «está encantado de anunciar que el comandante James Bond, etc., que había sido dado por muerto durante una misión en Japón el pasado noviembre, ha regresado a nuestro país tras un viaje arriesgado a través de la Unión Soviética que, esperamos, deparará valiosa información. La salud del comandante Bond se ha resentido inevitablemente con sus experiencias y se encuentra convaleciente bajo supervisión médica».

La sonrisa de M era glacial.

—Esas palabras sobre la información no van a dar alegría alguna al camarada Semichastny y sus tropas. Y añada una nota D a los editores: «Se ruega encarecidamente, por motivos de seguridad, que se añada el mínimo de especulación o de comentarios al anterior comunicado y que no se lleven a cabo intentos por localizar el paradero del comandante Bond». ¿Entendido?

Bill Tanner, que había estado escribiendo a toda velocidad para seguir el ritmo al que le dictaba M, levantó la cabeza de su cuaderno de notas y lo miró perplejo.

—Pero ¿no va a poner cargos, señor? Después de todo…, traición e intento de asesinato… Quiero decir, ¿ni siquiera un juicio militar?

—Por supuesto que no. —La voz de M sonó brusca—. 007 es un hombre enfermo y no es responsable de sus actos. Si alguien puede lavar el cerebro de un hombre, se supone que alguien será capaz de deshacer lo hecho. Y ese alguien es *sir* James. Por ahora póngale de nuevo con la mitad de la paga y en su anterior Sección. Y haga lo necesario para que reciba la totalidad del salario y las dietas correspondientes al pasado año. Si la KGB tiene la sangre fría de enviar contra mí a mi mejor hombre, yo tengo valor para devolvérselo. 007 era un buen agente y no hay razón alguna por la que no lo sea de nuevo. Dentro de unos límites, claro está. Después del almuerzo, deme el expediente de Scaramanga. Si logramos que vuelva a estar en forma, éste es un objetivo hecho a la medida de 007.

—Pero ¡eso es un suicidio, señor! —protestó el jefe de Estado Mayor—. Ni siquiera 007 pudo pillarle jamás.

—¿Qué le caería a 007 por el trabajito de esta mañana? —preguntó M con frialdad—. ¿Veinte años? Como poco, diría yo. Es mejor que muera en el campo de batalla. Pero si lo consigue, se habrá distinguido de nuevo y todos olvidaremos el pasado. Sea como sea, ésta es mi decisión.

En ese momento llamaron a la puerta y entró en el despacho el oficial médico de guardia. M le dio las buenas tardes y, con rigidez, se volvió y salió del despacho.

El jefe de Estado Mayor observó aquella figura que se alejaba.

—¡Hijo de puta insensible! —exclamó en voz baja.

Luego, con su habitual minuciosidad y sentido del deber, se puso manos a la obra en las tareas que le habían sido encomendadas. ¡No le incumbía a él averiguar los porqués!

# 3

## Scaramanga «El Pistolas»

En Blades, como era habitual en él, M tomó un almuerzo frugal, consistente en lenguado de Dover a la plancha seguido del más selecto sorbo que podía degustar en el club, un Stilton. Y, como era también habitual, se sentó solo en uno de los sillones junto a la ventana y se atrincheró tras *The Times*, pasando de vez en cuando una hoja para demostrar que estaba leyendo, lo que, en verdad, no hacía. Sin embargo, Porterfield comentó a la camarera jefa Lily, que constituía un adorno atractivo y muy estimado del club, que «algo no marchaba con el caballero aquel día, o quizás no se trataba de que algo no funcionara bien, sino que pasaba algo malo». Porterfield se enorgullecía de ser un poco psicólogo. Como maítre, y padre confesor de muchos de los miembros del club, conocía multitud de asuntos acerca de todos ellos y le gustaba pensar que en realidad lo sabía todo, de manera que, con la tradicional formación de los más incomparables sirvientes, se anticipaba a los deseos y los estados de ánimo de sus clientes. Ahora, compartiendo junto a Lily un momento de tranquilidad detrás del mejor buffet frío que se servía en ningún lugar del mundo por esas fechas, le explicó:

—¿Sabes ese brebaje que siempre bebe *sir* Miles? ¿Ese vino tinto argelino que ni siquiera el comité de enólogos admitiría en la lista… y que el club lo tiene sólo para complacer a *sir* Miles? Pues bien, en una ocasión me explicó que en la Marina solían llamarlo «el Enfurecedor», porque si bebes demasiado, parece que tiende a encolerizarte. En estos diez años, durante los cuales he tenido el placer de atender a *sir* Miles, nunca ha pedido más de media jarra.

El semblante benigno, casi sacerdotal de Porterfield se transformó en una expresión de teatral solemnidad, como si hubiese leído algo realmente horrible en los posos del té.

—Pero, por el contrario, ¿qué ha sucedido hoy?

Lily cruzó las manos con nerviosismo e inclinó su cabeza un poco más hacia él para captar la noticia con todo el impacto.

—El caballero me ha dicho: «Porterfield. Una botella de Enfurecedor. ¿Me has entendido bien? ¡Una botella llena!». Así que yo, por supuesto, no he dicho nada y me he limitado a servírsela. Pero hazme caso, Lily. —Se percató de una mano que se levantó al fondo de la gran sala y, mientras se dirigía hacia la mesa, acabó de decir—: Algo ha conmocionado sobremanera a *sir* Miles esta mañana, y no me equivoco.

M pidió su cuenta. Como era habitual en él, pagó con un billete de cinco libras, sin considerar el importe exacto de la nota, tan sólo por el placer de recibir la vuelta en billetes de una libra nuevos y crujientes y relucientes monedas de penique

plateadas, pues era la costumbre de Blades dar el cambio sólo con moneda recién acuñada. Porterfield apartó la mesa y M se dirigió con rapidez hacia la puerta, respondiendo a algún saludo ocasional con una grave inclinación de cabeza y levantando la mano ligeramente.

Eran las dos de la tarde y el viejo Rolls Phantoms negro lo llevó sin prisas y sin obstáculos en dirección norte, a través de Berkeley Square, cruzando Oxford Street y después por Wigmore Street, hasta Regent's Park. M no miraba los escenarios por donde pasaba. Permanecía rígidamente sentado, con el sombrero hongo ajustado con rotundidad en su cabeza, y observando con fijeza la nuca del chófer, sin que éste le viera, con los ojos semientornados, en actitud meditabunda.

Por enésima vez, desde que había abandonado el despacho por la mañana, se aseguraba a sí mismo que su decisión era la correcta. Si James Bond podía recuperarse —y M estaba seguro de que ese magnífico neurólogo, *sir* James Molony, lo lograría—, sería ridículo que le reasignara a sus obligaciones habituales en la Sección doble 0. El pasado podía perdonarse, pero no olvidarse, sin la mediación del transcurso del tiempo. Sería enojosamente molesto para aquellos que tenían conocimiento de los hechos que Bond anduviera moviéndose por el Cuartel General como si nada hubiera sucedido. Y para M sería doblemente embarazoso ver a Bond frente a frente, al otro lado de su mesa de despacho. Y James Bond, cuando apuntaba directamente a un blanco —M lo expresó en términos bélicos—, era un cañón de lo más eficaz. Pues bien, el objetivo estaba allí y requería ser destruido de inmediato. Bond había acusado a M de utilizarle como herramienta. Por supuesto. Cada oficial del Servicio constituía una herramienta para una finalidad secreta u otra. El problema que tenían entre manos sólo podía resolverse mediante el asesinato. James Bond no sería el poseedor de un prefijo doble 0 si no tuviese gran talento, demostrado con frecuencia, como tirador. ¡La suerte estaba echada! A cambio de los sucesos de aquella mañana, y para expiarlos, Bond tendría que demostrar sus proverbiales habilidades. Si lo conseguía, recuperaría su condición. Si fracasaba, pues bien, la suya sería una muerte que merecería todos los honores. Ganase o perdiese, ese plan resolvería una serie de contratiempos impresionante. M zanjó el tema en su cabeza de una vez por todas con esa decisión. Bajó del coche y subió en ascensor hasta la octava planta. Recorrió el pasillo mientras percibía, con mayor intensidad a medida que se acercaba a su despacho, el olor de algún desinfectante desconocido.

En lugar de utilizar su llave para la entrada privada al final del corredor, M giró a la derecha y pasó por el despacho de la señorita Moneypenny. Ella estaba sentada en su lugar habitual, contestando la correspondencia rutinaria en su máquina de escribir. Se puso de pie al ver a M.

—¿Qué es este espantoso hedor, señorita Moneypenny?

—No sé cómo se llama, señor. El jefe de Seguridad trajo consigo una brigada del departamento de Guerra Química de la oficina de guerra. Ha dicho que ya puede utilizar su despacho, pero que deje las ventanas abiertas durante un rato, así que he

encendido la calefacción. El jefe de Estado Mayor aún no ha vuelto de almorzar, pero me pidió que le informara de que todo sigue su curso como usted quiere. *Sir* James estará operando hasta las cuatro, pero a partir de esa hora esperará su llamada. Aquí está el expediente que usted ha pedido, señor.

M tomó la carpeta marrón sobre la que estaba estampada la estrella roja de «Ultrasecreto» en la esquina superior derecha.

—¿Cómo está 007? —preguntó M—. ¿Ha vuelto en sí en condiciones?

El rostro de la señorita Moneypenny permaneció inexpresivo.

—Deduzco que sí, señor. El oficial médico le administró algún tipo de sedante y se lo llevaron en camilla durante el almuerzo. Lo bajaron hasta el garaje en el montacargas, completamente cubierto. Nadie me ha hecho preguntas.

—Bien. Entonces tráigame los despachos, ¿quiere? Hoy hemos perdido mucho tiempo con todos estos problemas domésticos.

M cruzó la puerta hacia su despacho, llevando consigo la carpeta marrón. La señorita Moneypenny le entró los despachos y permaneció en actitud obediente junto a la mesa, mientras M los revisaba y le hacia de vez en cuando algún comentario o alguna pregunta. Ella observó aquella cabeza inclinada sobre los papeles, cubierta de cabellos gris acero, y con una coronilla pulimentada por la calvicie a la cual habían contribuido los años de uso de gorras navales, y se preguntó —como se había preguntado tan a menudo durante los diez pasados años— si quería u odiaba a aquel hombre. De una cosa estaba segura, le respetaba más que a ningún hombre que hubiera conocido o del que hubiera oído hablar. M le entregó los documentos y le dijo: —Gracias. Ahora deme tan sólo un cuarto de hora, y después ya estaré para quién me necesite. La llamada de *sir* James tiene prioridad, por supuesto.

M abrió la carpeta marrón, alcanzó su pipa y empezó a llenarla con movimientos distraídos, mientras echaba una ojeada a la relación de expedientes subsidiarios, para ver si había algún otro documento que necesitara de inmediato. Después encendió su pipa, se recostó en la butaca y leyó:

«Francisco (Paco). "El pistolas". Scaramanga». Y debajo, con letras minúsculas:

«Asesino autónomo, sobre todo bajo el control de la KGB a través de la DSS en La Habana, Cuba, pero que actúa a menudo como agente independiente para otras organizaciones, en los estados del Caribe y Centroamérica. Ha ocasionado graves daños, en especial a nuestro Servicio Secreto, pero también a la CIA y a otros servicios amigos, mediante el asesinato y la mutilación científica desde 1959, año en que Castro se hizo con el poder, lo que parece también que ha sido el detonante para las

actividades de Scaramanga. Es muy temido y admirado en dicho territorio, donde, a pesar de las precauciones de la policía, parece tener completa libertad de acción. De esta manera, se ha convertido en algo parecido a un mito local y se le conoce en su "territorio" como *el Hombre de la pistola de oro*, en referencia a su principal arma, que es un Colt 45 bañado en oro, de cañón largo y acción única. Utiliza balas especiales de núcleo pesado de oro dúctil (24 quilates) recubierto de plata, con un corte diagonal en la punta, del tipo dum-dum, para conseguir el máximo efecto. Diseña y carga él mismo su munición. Es responsable de la muerte de 267 personas en la Guyana Británica, 398 en Trinidad, 943 en Jamaica, y 768 y 742 en La Habana, además de la mutilación y el consiguiente retiro del Servicio Secreto del agente 098, oficial de inspección de la Región, a causa de disparos de bala en ambas rodillas. (Véanse más arriba las referencias de los Archivos Centrales relativas a las víctimas de Scaramanga en Martinica, Haití y Panamá).

»*Descripción*: Edad, unos *35* años. Altura, *1,90*. Espigado y atlético. Ojos, marrón claro. Cabello rojizo cortado al rape. Patillas largas. Rostro chupado y sombrío con fino bigote castaño. Orejas muy pegadas a la cabeza. Ambidextro. Manos muy grandes y fuertes, con perfecta manicura. Marcas distintivas: una tercera tetilla unos cinco centímetros por debajo del pecho izquierdo. (*N. B.* En vudú y en otros cultos locales asociados, esto es considerado signo de invulnerabilidad y de gran destreza sexual). Es un acosador de mujeres insaciable e indiscriminado que, invariablemente, mantiene relaciones sexuales poco antes de cometer un asesinato, en la creencia de que eso mejora su «puntería». *(N. B.* Creencia compartida por muchos tenistas, golfistas y tiradores de pistola y rifle profesionales, entre otros).

»*Orígenes*: Un pariente de la familia catalana de productores de circo del mismo nombre, con quien pasó su juventud. Autodidacta. A la edad de 16 años (después del incidente descrito más adelante bajo el epígrafe *Motivación*) emigró de manera ilegal a Estados Unidos, donde llevó una vida de delitos de poca monta en la órbita de las bandas callejeras, hasta que se graduó como pistolero a tiempo completo con la Banda de las Lentejuelas de Nevada, aparentemente de portero en el casino del hotel Tiara en Las Vegas, donde en realidad ejercía de verdugo con los tramposos y otros transgresores dentro y fuera de la Banda. En 1958 fue obligado a abandonar Estados Unidos a consecuencia de un duelo sonado contra un oponente de la Banda Púrpura de Detroit, un tal Ramón *el Rod* Rodríguez, que tuvo lugar a la luz de la luna en el tercer green del campo de golf Thunderbird de Las Vegas. (Scaramanga colocó dos balas en el corazón de su contrincante antes de que éste hubiera podido disparar una sola vez. Distancia, 20 pasos). Se cree que fue compensado por la Banda de las Lentejuelas con 100.000 dólares.

»Viajó por toda el área caribeña invirtiendo fondos evadidos para diversos intereses de Las Vegas, y más adelante, a medida que se fue consolidando su reputación como negociante perspicaz y de éxito en el terreno inmobiliario y de las plantaciones, trabajó para Trujillo en la República Dominicana y para Batista en Cuba. En 1959 se instaló en La Habana y, en vista de cómo soplaba el viento, y mientras aparentaba ostensiblemente ser un hombre de Batista, empezó a trabajar bajo mano para el bando de Castro. Después de la revolución, obtuvo un cargo influyente como "valedor" para el extranjero de la DSS. Con estas atribuciones, esto es, en representación de la policía secreta cubana, llevó a cabo los asesinatos arriba mencionados.

»*Pasaporte*: Diversos, incluyendo el pasaporte diplomático cubano.

»*Disfraces*: Ninguno. No son necesarios. El mito que envuelve a este hombre (equivalente, por así decirlo, al que envuelve a la más famosa estrella de cine), añadido al hecho de que no figure en los archivos policiales, le han otorgado hasta ahora completa libertad de movimiento y seguridad respecto de las interferencias en su territorio. En la mayoría de las repúblicas, tanto isleñas como continentales, que constituyen su territorio, tiene admiradores (por ejemplo, los rastafari en Jamaica) y dirige poderosos grupos de presión que le proporcionan protección y corren en su apoyo cuando se lo pide. Además, como comprador ostentoso, habitualmente con una apariencia legal, por las propiedades fruto del dinero caliente mencionado más arriba, tiene acceso legítimo a cualquier parte de su territorio, avalado con frecuencia por su condición de diplomático.

»*Recursos*: Considerables, pero se desconoce su magnitud. Viaja con diversas tarjetas de crédito del tipo Diners' Club. Posee una cuenta numerada en la Union des Banques de Crédit, en Zurich, y parece que no tiene dificultad en obtener divisas, cuando las necesita, de los escasos recursos cubanos.

»*Motivación*: (Comentado por C. C.)…

M llenó de nuevo su pipa apagada y la volvió a encender. Todo lo que había leído era información rutinaria que no añadía nada a sus conocimientos básicos sobre aquel hombre. Lo que seguía tenía que ser de mayor interés. Las iniciales C. C. ocultaban la identidad del que había sido catedrático de Historia en Oxford, un hombre que llevaba una existencia regalada —al modo de ver de M— en el Cuartel General en un pequeño y —según opinaba M— demasiado cómodo despacho. En el tiempo que le quedaba entre las lujosas y largas comidas —de nuevo según la opinión de M—, que realizaba en el Garrick Club, erraba a su aire por el Cuartel General, examinaba expedientes tales como el que le ocupaba ahora, hacía preguntas, enviaba despachos de investigación y, finalmente, emitía una opinión. A pesar de todos los prejuicios contra la persona, el corte de pelo, la informalidad de sus ropas, lo que sabía de su forma de vida, y los procesos aparentemente fortuitos de su razonamiento, M apreciaba por encima de todo la penetración de su mente, el conocimiento del mundo que C. C. aportaba a sus trabajos y, muy a menudo, la precisión de sus juicios. En

resumidas cuentas, M disfrutaba siempre con cuanto C. C. tenía que decir, de manera que ahora retomó el expediente con renovado entusiasmo.

«Me interesa este hombre [escribía C. C.], de manera que me planteé realizar las averiguaciones en un frente algo más amplio de lo habitual, ya que resulta poco común enfrentarse a un agente secreto que, a la vez, es casi una figura pública y, aun así, parece tener infinito éxito en el difícil y peligroso terreno que ha elegido (siendo, en lenguaje corriente, "un matón a sueldo"). Creo que quizás haya localizado en la siguiente extraña anécdota de su juventud el origen de su afición a asesinar a sangre fría a su prójimo, personas contra quienes no tiene animadversión intrínseca alguna, sino simplemente el reflejo de la inquina de sus patrones. El chico hacía diferentes papeles en el circo ambulante de su padre, Enrico Scaramanga. Era el acróbata de tiro más espectacular, un suplente importante en la *troupe* de acróbatas, ocupando a menudo el puesto del artista habitual con la función de hombre de base en el número de la "pirámide humana", y era el mahout, engalanado con vistosos ropajes hindúes y turbante, que cabalgaba sobre el elefante guía de un grupo de tres elefantes. El primero, de nombre *Max*, era un macho, y es una peculiaridad de los elefantes macho, que me ha interesado mucho y he verificado con eminentes zoólogos, que estén en celo a intervalos durante el año. En el transcurso de esos períodos se forma un depósito de mucosa detrás de las orejas del animal que ha de ser eliminado, ya que de lo contrario causa intensa irritación al elefante. *Max* desarrolló ese síntoma durante una estancia del circo en Trieste, pero, por distracción, no se apreció su estado ni se le administró el tratamiento adecuado. La gran carpa del circo se levantaba a las afueras de la ciudad, junto a la línea costera del ferrocarril. La noche que, en mi opinión, iba a determinar el futuro del joven Scaramanga, *Max* perdió los estribos, derribó

al joven y, barritando horriblemente, se abrió camino entre el público, pisoteándolo y ocasionando numerosas víctimas. En su huida embistió cruzando la feria y galopando a toda velocidad sobre la línea del ferrocarril (un espectáculo aterrador bajo la luna llena que brillaba aquella noche, como registran los recortes de la época).

»Los carabineros locales fueron alertados y salieron en su persecución por la carretera principal, que discurría a lo largo de la vía del tren. A su debido tiempo, dieron alcance al infortunado monstruo que, agotado en su delirio, descansaba pacíficamente mirando en dirección al camino por el que había llegado hasta allí. La policía disparó varias ráfagas, sin considerar siquiera que, si su cuidador se le acercaba, el elefante podría ser guiado sin contratiempos de vuelta a su establo; las balas de sus carabinas y revólveres hirieron al animal en muchos puntos de su cuerpo. Enfurecida de nuevo, la miserable bestia, perseguida una vez más por el coche de policía que continuaba disparándole una lluvia de balas, reinició la huida por la vía férrea de vuelta al circo. Al llegar cerca del recinto, el elefante pareció reconocer su hogar por la gran carpa y, abandonando las vías del tren, avanzó pesadamente hasta el centro de la desierta arena por entre los espectadores que huían, y una vez allí, debilitado por la pérdida de sangre, continuó patéticamente con su actuación. Barritando en su agonía, herido de muerte, *Max* se esforzaba una y otra vez por levantarse y sostenerse sobre una pata. Mientras tanto, el joven Scaramanga, armado con sus pistolas, intentaba echar un lazo sobre la cabeza del animal vociferando la "charla del elefante", con la cual solía controlarlo. *Max* parece que reconoció al joven y —debió de ser un espectáculo realmente dramático— bajó el tronco para dejar que el joven se izara hasta su asiento detrás de la enorme cabeza. Pero en ese momento los agentes de policía irrumpieron en el anillo de

serrín y el capitán, acercándose mucho, vació el cargador de su revólver en el ojo derecho del elefante a una distancia de pocos centímetros. Después de aquello, *Max* cayó moribundo al suelo. Ante tal crueldad, el joven Scaramanga, que según la prensa sentía profunda devoción por su trabajo, apuntó con una de sus pistolas y disparó al policía en el corazón. Huyó entre la muchedumbre de mirones, mientras era perseguido por los demás policías, que no podían disparar a causa del tropel de gente. Consiguió escapar. Entonces siguió hacia el sur, a Nápoles, desde donde, como se ha apuntado arriba, viajó a América como polizón.

»Así pues, veo en esta espantosa experiencia un posible motivo para la transformación de Scaramanga en el más cruel pistolero de los últimos años. Yo creo que aquel día nació en él el deseo insensible de vengarse de toda la humanidad. Que el elefante se desbocara y pisoteara a muchas personas inocentes, que el verdadero responsable de lo sucedido fuera su cuidador y que la policía estuviera tan sólo cumpliendo con su deber, habría sido, desde un punto de vista psicopatológico, olvidado o suprimido a conciencia por el joven, de carácter impetuoso, cuyo subconsciente se había visto tan profundamente lacerado. En cualquier caso, el consiguiente comportamiento y la carrera de Scaramanga necesitan alguna explicación, y confío en que no estoy siendo fantasioso al proponer mi propia prognosis a partir de los hechos conocidos».

Pensativo, M se frotó la nariz con la cazoleta de su pipa. «Bien, ¡muy bien!». Volvió al expediente.

«Tengo un comentario que hacer [escribía C. C.] sobre la supuesta potencia sexual de este hombre, en relación con su profesión. En una tesis freudiana, con la que me siento conforme, la pistola, ya sea en manos de un tirador aficionado como en las de un profesional, para el poseedor es

un símbolo de virilidad, algo como una extensión del órgano masculino. Un interés excesivo por las pistolas (por ejemplo, coleccionistas y clubes de armas) supone una forma de fetichismo. La afición de Scaramanga a un modelo especialmente vistoso y la utilización de balas de oro y plata apuntan, creo que con claridad, a una servidumbre respecto de su fetiche, y, si no me equivoco, tengo dudas acerca de su supuesta destreza sexual, la carencia de la cual sería o bien sustituida o bien compensada por su pistola fetiche. También he observado, basándome en un "retrato" de este personaje aparecido en la revista *Time*, un hecho que apoya mi tesis de que tal vez Scaramanga sea sexualmente anormal. En una relación de sus cualidades, *Time* apunta, aunque no lo comenta, el hecho de que ese hombre no puede silbar. Ahora bien, y esto quizás sea sólo un mito —que ciertamente no se apoya en la ciencia médica—, hay una teoría popular según la cual el hombre que no es capaz de silbar tiene tendencias homosexuales. (En este punto, que el lector experimente y así, a partir del autoconocimiento, ¡ayudará a confirmar o a desmentir este aspecto del folclore! C. C.)».

M no había vuelto a silbar desde que era un chiquillo. Inconscientemente, frunció los labios y emitió una nota diáfana. Produjo un chasquido y prosiguió con la lectura del informe.

«En consecuencia, no me sorprendería saber que Scaramanga no es el Casanova de la imaginación popular. Si entramos en más amplias consideraciones respecto al arte del tiro, llegamos a la esfera de la ambición de poder adleriana, como compensación de un complejo de inferioridad, y aquí citaré unas elegantes palabras de un tal señor Harold L. Peterson en el prefacio a su obra, hermosamente ilustrada, *El Libro de la Pistola* (publicado por Paul Hamlyn). El señor Peterson escribe:

»"De entre la amplia variedad de cosas que el hombre ha inventado para mejorar su condición,

pocas han resultado tan fascinantes como la pistola. Su función resulta simple. Como dijo Oliver Winchester, con cierta complacencia decimonónica: 'Una pistola es una máquina para lanzar bolas'. Pero la eficacia cada vez mayor con la que se realiza esta tarea, y la imponente capacidad para afectar el entorno desde una larga distancia, le han otorgado un tremendo atractivo psicológico".

»"La posesión de una pistola y su destreza al utilizarla aumentan sobremanera el poder personal del tirador, que extiende su radio de influencia y efecto mil veces más allá de la longitud de su brazo. Y dado que toda la fuerza reside en la pistola, el hombre que la maneja puede no ser en absoluto fuerte y sin embargo no sentirse en desventaja. La espada destelleante, la lanza amenazadora, el arco tensado funcionaban dentro de los límites del hombre que los sostenía. El poder de la pistola es inherente y sólo ha de ser liberado. Son suficientes una vista imperturbable y una puntería precisa. Donde apunta el cañón, llega la bala, llevando rápidamente a su destino el deseo o la intención del tirador. Quizás más que ningún otro artilugio, la pistola ha modelado el curso de las naciones y el destino de los hombres".

»En la tesis freudiana, "la longitud del brazo" se convertiría en la longitud del órgano masculino. Pero no necesitamos detenernos en esoterismos de este estilo. La base sobre la que sustento mi premisa está bien expresada por la vigorosa prosa del señor Peterson y, aunque yo sustituiría la pistola por la imprenta en el párrafo concluyente, los puntos quedan bien reflejados. En mi opinión, el sujeto, Scaramanga, es un paranoico en rebelión subconsciente contra la figura del padre (la figura de la autoridad) y un fetichista con posible tendencia homosexual. Posee otras cualidades, patentes según el anterior testimonio. Para finalizar, y considerando los daños que ya ha infringido en el personal de los servicios

secretos, concluyo que se debería poner fin a su carrera con la máxima prontitud —si es necesario por los medios inhumanos que él mismo utiliza—, en la improbable eventualidad de que se dispusiera de un agente de igual valor y destreza.

»Firmado C. C.».

Debajo, al final del documento, el jefe de la Sección del Caribe y Centroamérica había escrito «Corroboro», firmado «C. A.». A esto, el jefe de Estado Mayor había añadido, en tinta roja, «Anotado. J. E. M.».

M dejó la mirada perdida en el espacio durante unos cinco minutos. Luego cogió su bolígrafo y, en tinta verde, garabateó la palabra «¿Acción?» seguida de la autoritaria «M» en itálica.

Permaneció sentado inmóvil durante otros cinco minutos y se preguntó si no acababa de firmar la sentencia de muerte de James Bond.

# 4

## Las estrellas lo presagian

Hay pocos lugares con menos atractivo para pasar una tarde bochornosa que el aeropuerto internacional de Kingston, en Jamaica. La mayor parte del presupuesto se les había ido en alargar las pistas hasta la terminal de embarque para subir a las grandes aeronaves, quedándoles poco para acomodar a los pasajeros en tránsito. James Bond había llegado hacía una hora en un vuelo de la BWIA desde Trinidad, y aún faltaban dos horas para que pudiera proseguir su viaje hacia La Habana. Se había quitado la americana y la corbata y permanecía sentado en un banco incómodo, revisando sombrío el contenido de la tienda libre de impuestos: los perfumes caros, los licores y montones de artículos de artesanía local excesivamente adornados. Ya había almorzado en el avión, y no era el momento adecuado para una copa; hacía un calor sofocante y se encontraba demasiado lejos para tomar un taxi hasta Kingston, aunque deseara hacerlo. Se pasó el pañuelo ya empapado por el rostro y el cuello, maldiciendo con suave elocuencia.

Una mujer de la limpieza había iniciado su andadura y, con la exquisita languidez de las gentes caribeñas, empezó a barrer pequeñas cantidades de basura aquí y allá, sumergiendo de vez en cuando su huesuda mano en un cubo para echar agua que humedeciera aquel polvoriento suelo de cemento. A través de las celosías de láminas, la suave brisa, que llevaba consigo el olor de los manglares, movía brevemente el aire detenido y luego desaparecía. Sólo había otros dos pasajeros en la sala de espera, quizás cubanos, con sus petates: un hombre y una mujer. Estaban sentados muy juntos, apoyados contra la pared de enfrente, y tenían la mirada fija en James Bond, contribuyendo algo más a la opresión de aquel ambiente. Bond se levantó y se dirigió a la tienda. Compró el *Daily Gleaner* y volvió a su asiento. El *Gleaner* era su diario preferido debido a su inconsistencia y a la rara elección que hacía de las noticias que publicaba. Casi toda la primera página del día estaba dedicada a las nuevas leyes contra la marihuana, para evitar el cultivo, venta y consumo de la variedad local. La información sobre De Gaulle, que acababa de anunciar sensacionalmente su reconocimiento de la China Roja, se encontraba enmarcada más abajo. Bond leyó todo el diario —incluidas las noticias breves sobre el país— con la minuciosidad que le provocaba la desesperación.

Su horóscopo le decía: «¡*ánimo*! Hoy recibirá una sorpresa agradable y la satisfacción de un deseo largamente acariciado. Pero debe ayudar a su suerte estando atento a la oportunidad de oro que se le aparecerá y cogiéndola en sus manos». Bond sonrió inexorable. Era improbable que diera con la pista de Scaramanga en su primera noche en La Habana. Ni siquiera estaba garantizado que se encontrara allí.

Era el último recurso. Durante seis semanas, Bond fue a la caza de su hombre por todo el Caribe y por Centroamérica. Se le escabulló en Trinidad por un día, y sólo en cuestión de horas, en Caracas. Así pues, bastante a regañadientes, tomó la decisión de intentar encontrarle por fin en su hogar, un entorno especialmente adverso, con el cual Bond apenas estaba familiarizado. Al menos se había hecho algo más fuerte en la Guayana Británica al procurarse un pasaporte diplomático. Ahora él era el «Correo» Bond con instrucciones magníficamente grabadas de Su Majestad para recoger la valija diplomática jamaicana en La Habana y regresar con ella. Incluso había tomado prestado el famoso Lebrel de Plata, emblema del Correo Diplomático Británico durante trescientos años. Si podía llevar a cabo su trabajo y después conseguir una ventaja de unos cuantos centenares de metros, al menos esto le facilitaría asilo en la embajada británica. Luego dependería del Ministerio de Asuntos Exteriores reclamarle. Si pudiera encontrar a su hombre… Si pudiera llevar a cabo las instrucciones… Si pudiera esfumarse del escenario de los disparos… Si, si, si…

Bond pasó la última página y se encontró con los anuncios clasificados. Uno de ellos, con un estilo típico jamaicano, captó de inmediato su atención. Leyó:

**SUBASTA**

Calle Harbour, número 77, Kingston.

A las 10:30 de la mañana del miércoles 27 de mayo.

Bajo las condiciones de venta contenidas en la hipoteca de Cornelius Brown et ux.

Love Lane, número $3^{1/2}$, Savannah La Mar.

*Conteniendo sólida residencia y toda la parcela de terreno que, por medición, es de ochenta y cinco metros en el límite norte; de ciento cinco metros en el límite sur; exactamente de cuarenta metros en el límite este, y de noventa metros en el límite oeste, siendo esto así y aproximadamente y lindando al norte con el número 4 de Love Lane.*

C. D. Alexander Co. Ltd.

Calle Harbour, n.° 77, Kingston.

Teléfono 4897.

James Bond estaba encantado. Había llevado a cabo varias misiones en Jamaica y vivido muchas aventuras en aquella isla. Las señas espléndidas y todo el asunto de las mediciones, así como el anticuado abracadabra al final del anuncio le retornó al

auténtico aroma de una de las posesiones británicas más antiguas y románticas. A pesar de la recién estrenada «independencia» del país, estaba seguro de que la estatua de la reina Victoria instalada en el centro de Kingston *no* habría sido destruida ni retirada al interior de algún museo, al contrario de lo sucedido con los recuerdos similares de una infancia histórica en los renacientes estados africanos. Miró su reloj. El *Gleaner* le había ocupado una hora entera. Recogió la chaqueta y el maletín.

¡No le faltaba mucho para embarcar! En un último análisis, la vida no era tan triste. Tenía que olvidar lo malo y recordar lo bueno. ¿Qué suponían un par de horas de calor y aburrimiento en aquella isla, si las comparaba con los recuerdos de Beau Desert y Honeychile Wilder y su supervivencia frente al loco Dr. No? James Bond sonrió para sus adentros a medida que las imágenes polvorientas pasaban por su mente. ¡Cuánto tiempo hacía de todo aquello! ¿Qué habría sido de ella? Nunca escribió. Lo último que supo es que había tenido dos hijos con el médico de Filadelfia con quien se había casado. Se fue alejando, penetrando, casi sin darse cuenta, en el área que denominaban con grandilocuencia «Explanada», donde se encontraban las taquillas vacías de varias compañías aéreas. En sus mostradores, folletos promocionales y pequeñas banderolas de las compañías acumulaban el polvo que llegaba arrastrado por la brisa de los manglares.

Allí estaba el tradicional expositor central donde se dejaban los mensajes para los pasajeros de paso. Como de costumbre, Bond se preguntó si habría algo para él. En toda su vida, nunca había encontrado mensaje alguno. Automáticamente echó un vistazo a los sobres que estaban depositados en el expositor, fijados con cinta adhesiva bajo cada letra del alfabeto. Nada bajo la «B». Y nada bajo «H», su alias de «Hazard, Mark» de la Transworld Consortium, sustituta de la antigua Universal Export, que había sido desechada como tapadera del Servicio Secreto. Nada. Con mirada indolente recorrió el resto de sobres. De pronto se quedó helado. Echó un vistazo alrededor, con languidez, como un gesto accidental. La pareja cubana se encontraba fuera de la vista. Nadie más lo miraba. Con un movimiento rápido tendió la mano envuelta en el pañuelo y se metió en el bolsillo un sobre color crema que iba dirigido a «Scaramanga, pasajero de la BOAC procedente de Lima». Se quedó donde estaba durante unos minutos y luego se dirigió con desgana hacia la puerta señalada con la palabra «*hombres*».

Cerró con pestillo y se sentó. El sobre estaba abierto, contenía un formulario de mensajes de la BWIA y decía:

«mensaje recibido de kingston a las 12:15: las muestras estarán disponibles en el número tres y medio de slm a partir de mañana al mediodía».

No estaba firmado. Bond emitió un breve aullido de risa triunfal. SLM: Savannah La Mar. ¿Sería eso? ¡Tenía que serlo! Por fin las tres estrellas rojas de una máquina tragaperras habían salido en línea. ¿Qué le decía el horóscopo del *Gleaner*? Bueno, pues se jugaría el todo por el todo por esa pista caída del espacio exterior; «lo cogería con ambas manos», como le aconsejaba el *Gleaner*. Leyó el mensaje de nuevo y lo

volvió a meter en el sobre con cuidado. El húmedo pañuelo había dejado una señal en el sobre color crema, pero con el calor que hacía, se secaría en cuestión de minutos. Salió y deambuló hasta el expositor de mensajes. Nadie a la vista. Deslizó el sobre de nuevo en su lugar, bajo la letra «S», y se dirigió a la taquilla de Aeronaves de México para cancelar su reserva. Luego fue hasta el mostrador de la BOAC y examinó los horarios. Sí, el vuelo de Lima a Kingston, Nueva York y Londres tenía su llegada a las 13:15 del día siguiente. Necesitaría ayuda. Recordó el nombre del jefe de Control de la Estación J y se dirigió a la cabina telefónica. Llamó a la oficiña del Alto Comisionado y pidió por el comandante Ross. Tras un momento de espera, le llegó la voz de una joven.

—Ayudante del comandante Ross. ¿Qué desea?

Había algo vagamente familiar en la melodía de aquella voz.

—¿Puedo hablar con el comandante Ross? —preguntó Bond—. Soy un amigo de Londres.

De pronto, la voz de la joven sonó expectante.

—Me temo que el comandante Ross está fuera de Jamaica. ¿Hay algo que yo pueda hacer? —Hubo una pausa—. ¿Qué nombre me ha dicho?

—No se lo he dicho. Pero, de hecho, soy…

La voz le interrumpió con excitación:

—No me lo diga… ¡Eres James!

Bond se echó a reír.

—¡Maldita sea! ¡Goodnight! ¿Qué demonios haces aquí?

—Más o menos lo que solía hacer para ti. Supe que habías regresado, pero creía que estabas enfermo o algo así. ¡Qué maravilla! ¿Desde dónde llamas?

—Desde el aeropuerto de Kingston. Ahora escucha, querida. Necesito ayuda. Más tarde hablaremos. ¿Puedes ponerte manos a la obra?

—Por supuesto. Espera que coja un lápiz. Vamos allá.

—En primer lugar, necesito un coche. Cualquiera me servirá. Luego quiero el nombre de la persona que ocupa el cargo directivo en Frome, ya sabes, la propiedad WISCO más allá de Savannah La Mar. También necesito un mapa de reconocimiento a gran escala de esa zona y cien libras en moneda jamaicana. Después, querida, llamarás a los subastadores Alexander y averiguarás cuanto te sea posible sobre la propiedad que viene anunciada hoy en el *Gleaner*. Di que eres una probable compradora. Tres y medio de Love Lane. Comprueba tú misma los detalles. Luego quiero que vengas a Morgan’s Harbour, adonde voy ahora mismo. Pasaré la noche allí. Cenaremos e intercambiaremos secretos hasta que la aurora despunte sobre las Montañas Azules. ¿Puede ser?

—Por supuesto. Pero todo eso ya es un buen montón de secretos. ¿Qué debo ponerme?

—Algo que sea ajustado en las zonas adecuadas. Sin demasiados botones.

Ella se echó a reír.

—¡Ahora has establecido tu identidad! Me pongo con todo esto al instante. Te veo sobre las siete. Adiós.

Luchando por respirar, Bond se abrió paso fuera de la pequeña sauna. Se pasó el pañuelo por el rostro y el cuello. ¡Demonios! Mary Goodnight, ¡su querida secretaria de los viejos tiempos de la Sección Doble 0! En el Cuartel General le habían dicho que estaba en el extranjero y no había hecho más preguntas. Tal vez ella había preferido un cambio cuando él desapareció. Sea como fuera, ¡menuda coincidencia! Ahora disponía de un aliado, alguien a quien conocía. El entrañable *Gleaner* recuperó su maleta de la consigna de Aeronaves de México y salió del recinto. Cogió un taxi y, tras indicar la dirección al taxista, Morgan's Harbour, se acomodó y dejó que el aire que entraba por las ventanillas abiertas empezara a secarle el sudor.

El pequeño y romántico hotel estaba situado en Port Royal, en la punta de Palisadoes. El propietario, un inglés que en tiempos perteneció también a Inteligencia, y que sospechaba cuál era el trabajo de Bond, se alegró de verle. Le mostró una cómoda habitación con aire acondicionado, vistas a la piscina y el amplio reflejo de la bahía de Kingston como marco.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó el inglés—. ¿Cubanos o contrabando? Son los objetivos más populares en estos tiempos.

—Sólo estoy de paso. ¿Tiene langostas?

—Por supuesto.

—Pues sea buen chico y resérveme dos para la cena. Asadas con mantequilla derretida. Y un tarro de ese *foie gras* suyo, tan ridiculamente caro. ¿De acuerdo?

—¡Eso está hecho! ¿Una celebración? ¿Pongo champán a enfriar?

—Buena idea. Ahora voy a darme una ducha y a dormir un poco. El aeropuerto de Kingston es mortal.

James Bond se despertó a las seis. De momento no supo dónde se encontraba. Se quedó echado y empezó a recordar. *Sir* James Molony le había dicho que su memoria resultaría perezosa durante algún tiempo. El tratamiento TEC en The Park —una residencia denominada discretamente de «convalecencia» en una enorme mansión en Kent— había sido intenso. Veinticuatro golpes a su cerebro desde la caja negra en treinta días. Cuando el tratamiento hubo finalizado, *sir* James le confesó que si su práctica médica hubiese tenido lugar en América, no le habrían permitido administrar más de dieciocho. Al principio, Bond se sintió aterrorizado ante la vista de la caja y de los dos cátodos que iban a aplicarle en ambas sienes. Tenía entendido que las personas que pasaban por el tratamiento de electroshock debían estar sujetas con correas, ya que sus cuerpos, sacudidos y contraídos a causa del voltaje, a menudo salían arrojados de la mesa de operaciones. Pero parecía ser que aquello era de lo más anticuado. Ahora disponían de la tan anhelada inyección de pantenol, con la cual, según *sir* James le dijo, su cuerpo no sufriría movimiento alguno cuando pasara la corriente por él, excepto una ligera contracción de los párpados. Los resultados habían sido milagrosos. Después de que un agradable y tranquilo analista le explicara

lo que habían hecho con él en Rusia, y tras pasar por la agonía mental de saber lo que casi le hace a M, renació en él el antiguo y violento odio por la KGB y por todas sus obras. Seis semanas después de ingresar en The Park, lo que más deseaba era luchar de nuevo contra la gente que había invadido su cerebro para sus propios fines homicidas. Luego llegó su rehabilitación física y una inexplicable cantidad de práctica de tiro que había realizado en el campo de entrenamiento de la policía en Maidstone. Por fin, un día el jefe de Estado Mayor entró en su habitación y estuvo dándole las instrucciones para su nueva misión. Los motivos para las prácticas de tiro quedaron aclarados, y el garabato de tinta verde deseándole suerte —firmado M— le reforzó el ánimo. Dos días después, ya estaba listo para disfrutar otra vez de la emoción de un paseo hasta el aeropuerto de Londres que daría inicio a su viaje a través del Atlántico.

Bond se dio otra ducha, se puso una camisa, bermudas y sandalias y salió a dar un paseo hasta el pequeño bar frente al mar, donde pidió un *bourbon deluxe* Walker doble con hielo. Observó los pelícanos que se sumergían en busca de su cena. Después se tomó otra copa con un chupito de agua para rebajarlo y pensó en el tres y medio de Love Lane, en qué consistirían las «muestras» y cómo pillaría a Scaramanga. Eso había estado preocupándole desde que le dieron las instrucciones. Le parecía muy bien que le dijeran que tenía que «eliminar» a aquel hombre, pero a James Bond no le gustaba matar a sangre fría; además, provocar un enfrentamiento con un hombre, que quizás fuera el pistolero más rápido del mundo, era un suicidio. Bueno, tendría que esperar a ver cómo pintaban las cosas. Lo primero que necesitaba era una nueva cara para su tapadera. Dejaría el pasaporte diplomático con Goodnight y a partir de ese momento sería «Mark Hazard» de la Transworld Consortium, un espléndido e impreciso nombre que cubriría casi cualquier tipo de actividad humana. Su negocio tendría que estar relacionado con la West Indian Sugar Company, ya que éste era el único negocio, aparte de Kaiser Bauxite, que había en los casi desiertos distritos de Jamaica. También existía en Negril el proyecto de desarrollar una de las playas más espectaculares del mundo, que había empezado con la construcción del hotel Thunderbird. Él podría ser un hombre de dinero en busca de terrenos para edificar. Si su presentimiento y las infantiles predicciones del horóscopo no se equivocaban, y coincidía con Scaramanga en aquella romántica dirección de Love Lane, sería cuestión de tocar de oído.

Enfrente, la llanura encendida por la puesta de sol refulgió brevemente, mientras el mar fundido se enfriaba como el plomo iluminado por la luna.

Un brazo desnudo perfumado con Chanel Número 5 rodeó su cuello, y unos labios cálidos besaron la comisura de los suyos. Al tiempo que él alargaba su brazo para retener la mano que le rodeaba, una voz sin aliento le dijo:

—¡Oh, James! Lo siento, pero ¡tenía que hacerlo! Es tan maravilloso tenerte de vuelta…

Bond cogió el suave mentón y levantó la boca de la joven, besándole los labios entreabiertos.

—¿Por qué nunca pensamos en hacer esto, antes de ahora, Goodnight? —preguntó él—. ¡Tres años y tan sólo esa puerta entre nosotros! ¿En qué estábamos pensando?

Ella se apartó. Su dorada melena cayó hacia atrás rodeándole el cuello. No había cambiado nada. Aún utilizaba tan sólo un maquillaje casi imperceptible, pero su rostro estaba dorado por el sol y sus grandes ojos azules, que en ese instante centelleaban a la luz de la luna, resplandecían con aquella franqueza desafiante que siempre le había desconcertado cuando discutían algún problema en la oficina. Tenía idéntica chispa de salud en sus robustos huesos y la misma amplia sonrisa desinhibida en los labios, los cuales resultaban tan excitantes en reposo. Pero vestía ropa diferente. En lugar de la estricta camisa y la falda de los días del Cuartel General, llevaba un collar de perlas y un vestido de falda corta, color rosa ginebra con un montón de bitters en su interior (el rosa anaranjado del interior de una concha). Era un vestido ajustado en los senos y a las caderas. Goodnight sonrió a su escrutinio.

—Los botones están a lo largo de la espalda —dijo ella—. Éste es el uniforme estándar en una estación tropical.

—Me imagino a la rama Q diseñándolo. Supongo que una de las perlas contiene una pildora mortífera en su interior.

—Claro. Aunque no recuerdo cuál es. Pero sólo tendría que tragarme todo el collar. En lugar de eso, ¿puedo tomarme un daiquiri, por favor?

Bond pidió la bebida.

—Perdona, Goodnight, no cuido mis modales. Estoy deslumbrado. Me ha sorprendido tanto encontrarte aquí, y nunca antes te había visto con esta ropa de trabajo. Pero dejemos eso y ponme al día. ¿Dónde se encuentra Ross? ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Has conseguido aclararte con todos los saldos que te he dado?

Llegó la bebida que había pedido. Goodnight dio un delicado sorbo. Bond recordó que ella casi nunca bebía y no fumaba. Pidió otra copa para él y se sintió algo culpable porque era su tercer doble y ella no lo sabía, y cuando llegara el momento no lo reconocería como un doble. Bond encendió un cigarrillo. Intentaba no pasar de veinte al día, pero siempre se fumaba unos cinco de más. Lo aplastó en el cenicero. Ya se acercaba a su límite y en adelante debería observar con meticulosidad las rígidas normas de entrenamiento a que le habían sometido en The Park. El champán no contaba. Se lo estaba pasando bien con la conciencia que la joven le había despertado. También se sentía sorprendido e impresionado.

Mary Goodnight sabía que la última pregunta que Bond le había hecho era la primera que debía responder. Sacó un grueso sobre de su pequeña cartera de rafia con cadena dorada y se lo entregó.

—La mayor parte en billetes usados de una libra y varios de cinco —le dijo—. ¿Te lo cobro directamente o lo cargo como gastos?

—A mí, por favor.

—El cargo más alto en Frome lo ocupa Tony Hugill. Un hombre agradable. Esposa agradable. Niños agradables. Hemos tenido mucha relación con él, de manera que colaborará. Estuvo en la Inteligencia Naval durante la guerra, un tipo de labor de comandos, así que sabe de qué va. Realiza un buen trabajo (Frome tiene la producción de una cuarta parte del azúcar de Jamaica), pero el huracán «Flora» y las intensas lluvias que hemos tenido aquí han retrasado la cosecha. Además de eso, está teniendo muchos problemas con la quema de caña y otros pequeños sabotajes (llevados a cabo en su mayor parte con bombas incendiarias del tipo termita traídas desde Cuba). El azúcar de Jamaica compite directamente con el de Castro, como ya sabes. Y a causa del «Flora» y de todas esas lluvias, la cosecha cubana será sólo de unos tres millones de toneladas este año, en comparación con el nivel en la época de Batista de cerca de siete millones de toneladas, además de ser una cosecha muy tardía porque las lluvias han hecho estragos en el contenido de sacarosa.

Goodnight esbozó una amplia sonrisa.

—No es ningún secreto. Sólo hay que leer el *Gleaner*. Yo no comprendo muy bien el tema, pero al parecer se está jugando una importante partida de ajedrez en el negocio del azúcar, basada en lo que los azucareros llaman azúcar futura, una especie de compra adelantada de la mercancía para su entrega en fechas posteriores durante el año. Washington intenta mantener los precios bajos con el fin de alterar la economía cubana, y Castro, por su parte, quiere elevar el precio mundial del azúcar para así negociar con Rusia. Así que a Castro le vale la pena hacer tanto daño como le sea posible a las cosechas azucareras de la competencia. Él sólo tiene azúcar para vender y necesita alimentos desesperadamente. Por ejemplo, del trigo que los norteamericanos están vendiendo a Rusia, gran parte encontrará el camino de vuelta a Cuba, a cambio de azúcar, para alimentar a los cosechadores cubanos de caña.

La chica sonrió de nuevo.

—Negocio bastante tonto, ¿no te parece? —prosiguió ella—. No creo que Castro pueda sostenerlo mucho más tiempo. El asunto de los misiles en Cuba debe haberle costado a Rusia alrededor de mil millones de libras. Y ahora tienen que invertir muchísimo dinero en Cuba, dinero y mercancías, para mantener el lugar en pie. No dejo de pensar que pronto se irán y dejarán que Castro siga el mismo camino que Batista. Cuba es un país profundamente católico, y el «Flora» se ha visto como el juicio final enviado por los cielos. El huracán se situó sobre la isla y sencillamente la azotó, día tras día, durante cinco jornadas. Nunca un huracán se había comportado de esa forma, así que los creyentes no pasan por alto un presagio como ése, y lo consideran un juicio directo al régimen.

—¡Goodnight, eres un tesoro! —exclamó Bond con admiración—. De verdad que has hecho bien los deberes.

Los francos ojos azules de la joven miraron directamente los de Bond, evadiendo el cumplido.

—Estos son los asuntos con que vivo aquí. Todos inherentes a esta Estación. Pensé que te gustaría conocer algunos antecedentes en relación a Frome, y lo que te he contado explica el hecho de que WISCO esté padeciendo la quema de caña. Al menos pensamos que se trata de algo así.

Tomó un sorbo de su bebida.

—Bueno, eso es todo en cuanto al azúcar. El coche está fuera. ¿Te acuerdas de Strangways? Pues es su viejo Sunbeam Alpine. La Estación lo compró, y ahora lo utilizo yo. Tiene ya algunos años, pero aún es rápido y no te dejará tirado. Como está bastante abollado, no destacará. He llenado el depósito de gasolina y he dejado el mapa de reconocimiento en la guantera.

—Todo correcto. Una última pregunta, y después vamos a cenar y nos explicamos nuestras vidas. ¿Qué le ha ocurrido a Ross, tu jefe?

Mary Goodnight se mostró preocupada.

—Si he de decirte la verdad, no lo sé con exactitud. Se marchó la semana pasada para realizar un trabajo en Trinidad. Se trataba de localizar a un hombre llamado Scaramanga, una especie de pistolero local. No sé mucho sobre él. Al parecer, el Cuartel General quiere que se le siga la pista por alguna razón.

Esbozó una sonrisa triste.

—Nadie me cuenta nunca nada interesante. Yo sólo trabajo como una burra… Bueno, el comandante Ross debía regresar hace dos días, pero no ha aparecido. Yo tenía que emitir un Aviso Rojo, pero me han dicho que le dé otra semana más de plazo.

—Pues yo me alegro de que esté fuera de mi camino. Prefiero disponer de su Número Dos. La última pregunta: ¿Qué hay de ese número tres y medio de Love Lane? ¿Conseguiste algo?

Mary Goodnight se sonrojó.

—¡Que si lo conseguí! Bonito asunto para mezclarme a mí en él. Como en Alexander se mostraron evasivos conmigo, tuve que dirigirme a la Rama Especial. No seré capaz de volver por allí durante semanas. Y sabe Dios qué pensarán de ti. Ese lugar es un…, es… bien… —Arrugó la nariz—. Es un famoso burdel en Sav' La Mar.

Bond se echó a reír a carcajadas ante el desconcierto de la chica.

—¿Quieres decir que es una casa de putas? —preguntó con maliciosa pero suave sorna, tomándole el pelo.

—¡James! ¡Por Dios! ¿Cómo puedes ser tan ordinario?

# 5

## El número 3 1/2 de Love Lane

La costa sur de Jamaica no es tan hermosa como la del norte. El acantilado de doscientos kilómetros de longitud se extiende por una carretera de suelo muy irregular que va de Kingston a Savannah La Mar. Mary Goodnight había insistido en ir con él, para dar un paseo y ayudarle con los pinchazos. Bond no puso impedimento alguno.

Spanish Town, May Pen, Alligator Pond, Black River, Whitehouse Inn, donde almorzaron… Los kilómetros se sucedían sin cesar bajo un sol intenso hasta que al mediodía, ya tarde, un tramo de buena carretera sin curvas los llevó entre pequeños chalés acicalados (cada uno con su jardín de césped amarronado, sus buganvillas y un único parterre de azucenas de caña y ricinos), que constituían el elegante suburbio de la pequeña y modesta ciudad costera que, en lengua vernácula, se llama Sav' La Mar.

Excepto el viejo barrio de pescadores, no es una ciudad jamaicana típica, ni demasiado atractiva. Los chalés, construidos para los directivos de las empresas azucareras de Frome, resultan monótonos y de aspecto respetable; las pequeñas calles rectas tampoco tienen sabor jamaicano, sino que son las propias de una ciudad planificada alrededor de los años veinte. Bond se detuvo en la primera gasolinera, para repostar, y Mary Goodnight se quedó allí, desde donde regresó a Kingston en un coche de alquiler. No le explicó nada de su misión, ni la joven hizo pregunta alguna cuando él le dijo, con imprecisión, que se trataba de «algo relacionado con Cuba». Bond le había asegurado que se pondría en contacto con ella en cuanto pudiera y que regresaría a la Estación cuando hubiera finalizado su trabajo. Mary Goodnight, con toda formalidad, descendió del vehículo en aquella carretera polvorienta, y Bond continuó conduciendo lentamente en dirección al barrio de pescadores. Identificó Love Lane, una calle estrecha con tiendas y casas desvencijadas que serpenteaba desde el muelle hacia el centro de la ciudad. Rodeó la zona para hacerse una idea de la geografía clara del vecindario y aparcó en un lugar desierto próximo a la playa donde las barcas de pesca descansaban invertidas sobre sus soportes. Dejó el coche y regresó paseando a Love Lane. Había poca gente por allí, gente pobre del gremio de pescadores. Bond compró un paquete de Royal Blend en una pequeña tienda de ultramarinos que olía a especias y preguntó por el número tres y medio. Le dedicaron una mirada de cortés curiosidad al indicarle la dirección:

—Está más arriba. A unos veinte metros, quizás. Es una casa grande a la derecha.

Bond cruzó a la acera donde daba la sombra y caminó con paso tranquilo en dirección a la casa. Abrió el paquete de cigarrillos y encendió uno con la intención de completar su imagen de turista ocioso que visita un rincón de la vieja Jamaica. A la

derecha, había sólo una casa grande. Se tomó algún tiempo para encender el cigarrillo, mientras la examinaba.

En tiempos debió de tener importancia, quizás como domicilio particular de algún comerciante. Era una casa de dos plantas con balcones todo alrededor construida de madera con lascas plateadas, pero el oscuro enlucido jengibre bajo los aleros estaba estropeado en muchos puntos y apenas quedaba un resto de pintura en las celosías que cubrían las ventanas de la planta superior y la mayor parte de las de abajo. El trozo de «patio» que daba a la calle estaba habitado por una nidada de pollos de cuello abuitrado que picoteaban en la nada y por tres esqueléticos perros callejeros jamaicanos de color negro y canela, los cuales contemplaban ociosos el otro lado de la calle en dirección a Bond, mientras arañaban y mordían invisibles moscas. Al fondo vio un precioso árbol de la especie *Lignum vitae*, totalmente cubierto de flores azules, que supuso sería tan antiguo como la casa, unos cincuenta años quizás. Desde luego, el árbol era el indiscutible propietario de la finca, tanto por el derecho de su vigor como por su ornamento. A su deliciosa sombra, una joven leía una revista sentada en una mecedora. Desde donde él se encontraba, a unos treinta metros, parecía bonita y aseada. Bond se acercó despacio por la acera de enfrente hasta que una esquina de la casa lo ocultó de la muchacha, y allí se detuvo para examinar la casa con más atención.

Unos escalones de madera llevaban a la puerta principal, que permanecía abierta y sobre cuyo dintel, al contrario de los otros edificios de la calle que no tenían número, se anunciaba $3^{1/2}$ en blanco sobre azul oscuro en una gran placa de metal esmaltado. Dos anchas ventanas enmarcaban la puerta. La de la izquierda estaba cerrada, pero la de la derecha, que era de una sola hoja ancha con un cristal bastante polvoriento, dejaba ver mesas y sillas y una barra de bar. Por encima de la puerta se balanceaba un rótulo con las palabras *Dreamland Café* escritas con letras descoloridas, y alrededor de la ventana había publicidad de las marcas de cerveza Red Stripe, de cigarrillos Royal Blend y Four Aces, y de Coca-Cola. Un letrero pintado a mano anunciaba *snacks*, y debajo, *sopa de gallo caliente recién hecha todos los días*.

Bond cruzó la calle, subió por los peldaños y separó la cortina de cuentas que colgaba de la entrada. Se dirigió a la barra y, mientras inspeccionaba su contenido —un plato con galletas de jengibre de aspecto reseco, una pila de bolsas de crisps de plátano y unas cuantas latas—, escuchó afuera los rápidos pasos de la joven. Las cuentas de la cortina chocaron suavemente con su espalda al entrar. Era una mulata, bonita, tal como sugería en la imaginación de Bond la palabra mulata. Bajo un sedoso flequillo negro, sus ojos marrón oscuro estaban ligeramente inclinados en los extremos. Bond pensó que quizás corriera sangre china por sus venas. Llevaba puesto un vestido corto de un horrible tono rosa que, a pesar de todo, le iba bien con el tono café con leche de su piel. Las muñecas y los tobillos eran muy delgados. Ella le sonrió, cortés, con mirada coqueta.

—Buenas.

—Buenas tardes. ¿Puedo tomar una Red Stripe?

—Claro.

Pasó detrás de la barra y, al inclinarse hacia la puerta de la nevera, sus bonitos senos se dejaron entrever (algo que no estaba dictado por la geografía del lugar). Empujó la puerta con la rodilla para cerrarla, destapó la botella con habilidad y la puso sobre la barra junto a un vaso casi limpio.

—Una libra con seis.

Bond le pagó. Ella echó el dinero en la caja registradora, mientras Bond atraía un taburete hasta la barra y se sentaba en él. La joven descansó los brazos en el mostrador de madera y lo miró de frente.

—¿De paso?

—Más o menos. En el *Gleaner* de ayer vi que este lugar está en venta; así pues, pensé echarle un vistazo. Bonito caserón. ¿Es suyo?

Ella se echó a reír y fue una pena, porque, siendo una chica bonita, sus dientes estaban afilados de mascar caña de azúcar.

—¡Qué más quisiera yo! Soy una especie de…, bueno, de encargada. Está el café —pronunció cafe— y tal vez haya oído hablar de nuestras otras atracciones.

Bond pareció confundido.

—¿De qué clase?

—Chicas. Hay seis dormitorios arriba. Todo está muy limpio. Sólo cuesta una libra. Ahora está Sarah. ¿Quiere conocerla?

—Hoy no, gracias. Hace demasiado bochorno. Pero ¿quiere decir que sólo hay una chica cada vez?

—No, también está Lindy, pero se halla ocupada. Es una chica corpulenta. Si le gustan grandes, quedará libre en media hora. —Echó una mirada al reloj de cocina que había en la pared a su espalda—. Alrededor de las seis. Para entonces habrá refrescado.

—Prefiero las chicas como tú. ¿Cómo te llamas?

Ella lanzó una risita tonta.

—Cuando lo hago es por amor. Ya le he dicho que sólo dirijo este lugar. Me llaman Tiffy.

—Es un nombre poco usual. ¿Cómo fue que te lo pusieron?

—Mi madre tuvo seis hijas y todas llevan nombres de flores: Violeta, Rosa, Amapola, Pensamiento y Azucena. Cuando yo llegué, no se le ocurrieron más nombres de flores, así que me llamó Artificial.

Tiffy esperó que él se riera, pero al ver que no lo hacía, continuó.

—En la escuela, todos me decían que aquello no era un nombre y se reían de mí; allí me lo abreviaron, Tiffy, y así se ha quedado.

—Bueno, yo creo que es un nombre muy bonito. El mío es Mark.

—¿Es usted un santo quizás? —preguntó ella, coqueta.

—Nunca me han acusado de eso. Vengo de Frome, de llevar a cabo un trabajo, y como me gusta esta parte de la isla, se me pasó por la cabeza que quizás hubiera alguna casa para alquilar. De todas maneras, querría estar más cerca del mar; así que tendré que dar alguna vuelta por ahí. ¿Alquiláis habitaciones para una sola noche?

Ella lo pensó un momento.

—Claro. Por qué no. Pero tal vez encuentre el lugar un poco ruidoso. A veces algún cliente toma alguna copa de más… Y no hay demasiados sanitarios. —Se le acercó un poco más y bajó la voz—. Pero yo no le recomendaría que alquilara esta casa. Las tejas están en mal estado y le iba a costar tal vez quinientos, o mil, arreglar el tejado.

—Eres muy amable diciéndomelo. Pero ¿por qué está la casa en venta? ¿Problemas con la policía?

—Al contrario. Funcionamos como un lugar respetable. Pero en el *Gleaner*, después de señor Brown (ése es mi jefe), ¿leyó eso de *et uxl*?

—Sí.

—Pues me han dicho que significa «y esposa». La señora Brown, Agatha Brown, era anglicana, pero acaba de hacerse católica. Y se comenta que los católicos no aprueban lugares como el tres y medio de Love Lane, ni siquiera cuando son dirigidos decentemente. Su iglesia está justo al final de esta calle y parece que necesita también un tejado nuevo, como aquí. La señora Brown piensa que matará dos pájaros de un tiro y ha empezado a presionar al señor Brown para que cierre el lugar y lo venda; ella, con su parte, arreglaría el tejado de los católicos.

—Es una lástima. Parece un lugar tranquilo y agradable. ¿Qué será de ti?

—Creo que me trasladaré a Kingston, a vivir con una de mis hermanas, y tal vez trabaje en uno de los grandes almacenes, en Issa’s o en Nathan’s quizás. Sav’La Mar está muerto.

Sus ojos marrones adoptaron una mirada introspectiva.

—Pero seguro que añoraré este sitio. La gente se lo pasa bien aquí y Love Lane es una calle bonita. En el vecindario, todos somos amigos. Hay un tipo de, un tipo de…

—¿Ambiente?

—Exacto. Eso es lo que hay: una especie de Jamaica a la antigua, como debió de ser en los viejos tiempos. Todo el mundo es amigo de todo el mundo. Nos ayudamos los unos a los otros cuando hay problemas. Le sorprendería saber lo a menudo que las chicas lo hacen por nada, si se trata de un buen hombre, un cliente habitual por ejemplo, que anda mal de dinero.

Los ojos marrones miraron fijamente a Bond, inquisitivos, para ver si captaba la fuerza de la evidencia.

—¡Qué amables! Pero eso no resultará rentable para el negocio.

Ella se echó a reír.

—Esto no es un negocio, señor Mark. No, mientras yo lo dirija. Se trata de un servicio público, como el agua y la electricidad, como la salud y la educación, y…

Se interrumpió al echar un vistazo por encima de su hombro al reloj, que marcaba las 5:45.

—¡Cielos! Me ha tenido hablando tanto que he olvidado a *Joe y May*. Es su hora de cenar.

Se dirigió a la ventana del café y la cerró. Al instante, del árbol *Lignum vitae*, dos grandes aves negras, algo más pequeñas que un cuervo, entraron planeando en el café, dieron vueltas por el interior en medio de un estruendo metálico que no se parecía en nada al canto de ninguna otra ave en el mundo, y se posaron con alboroto sobre la barra, al alcance de la mano de Bond. Se pavonearon arriba y abajo con altivez, dirigiendo a Bond la impávida mirada de sus oscuros ojos dorados, mientras repasaban un penetrante repertorio de silbidos y trinos cascados, algunos de los cuales hacían que sus plumas se encresparan hasta que su cuerpo alcanzaba casi dos veces su envergadura.

Tiffy se fue detrás de la barra. Sacó dos peniques de su bolso, los echó en la caja registradora y cogió dos galletas de jengibre de la bandeja. Las hizo a pedazos y alimentó a las dos aves, siempre primero a la más pequeña de las dos, la hembra. Ávidos, los pájaros cogían los trozos de entre sus dedos y, aguantándolos con una garra contra el mostrador de madera, los rompían en fragmentos más pequeños y los devoraban. Cuando hubieron acabado, Tiffy tuvo que reprenderlas por picotearle los dedos. Luego hicieron limpiamente sus necesidades sobre el mostrador, unos pequeños residuos blancos, y adoptaron una actitud de autosatisfacción. Tiffy tomó un paño y limpió la suciedad.

—Para nosotros son *kling-klings* —explicó a Bond—, pero he oído que la gente los llama grajos jamaicanos. Son muy amistosos. El ave nacional jamaicana es el pájaro doctor, el colibrí, con su cola como una banderola, pero yo prefiero a éstas. No resultan igual de hermosas, pero son las aves más amigables que conozco, y además muy divertidas. Parece que lo saben todo. Son como traviesos ladronzuelos negros.

Los *kling-kling* miraron en dirección al pastel y se quejaron con estridencia de que la cena hubiera acabado. James Bond sacó una moneda de dos peniques y se la dio a Tiffy.

—Son maravillosos, como muñecos autómatas. Dales un segundo plato de mi parte.

Tiffy echó el dinero en la caja y cogió otras dos galletas.

—Ahora oídme, *Joe* y *May*. Este amable caballero ha sido muy simpático con Tiffy y ahora lo está siendo con vosotros. Así pues, no me picoteéis los dedos ni hagáis vuestras necesidades en el mostrador, o de lo contrario no nos visitará más.

Estaba a medias, dando la comida a las aves, cuando aguzó el oído. Se oyó el ruido de la tarima al crujir en algún punto sobre la cabeza de ellos, y luego el sonido de unos pasos tranquilos bajando por las escaleras. De pronto, la animada expresión de Tiffy se volvió reposada, pero tensa.

—Ése es el hombre de Lindy —susurró—. Se trata de un hombre importante, un buen cliente aquí. Pero yo no le gusto porque no quiero estar con él, por eso a veces me trata con rudeza. Y tampoco le gustan *Joe y May*, pues dice que arman demasiado jaleo.

Ahuyentó a los pájaros para que salieran por la ventana abierta, pero como ellos vieron que aún quedaba la mitad de sus galletas, revolotearon por la sala para luego posarse de nuevo en la barra.

—Sea buen chico y esté tranquilo, oiga lo que oiga —suplicó Tiffy a Bond—. A ese tipo le gusta poner a la gente nerviosa. Y luego…

Se interrumpió.

—¿Tomará otra Red Stripe, señor?

La cortina de cuentas se agitó a espaldas de Bond, en la zona que había quedado en penumbra.

Bond, que había estado sentado con la barbilla apoyada en la mano derecha, dejó caer ésta hasta el mostrador y se recostó contra él. La PPK Walther que llevaba en la cintura, a la izquierda de su terso abdomen, le recordaba su presencia. Los dedos de la mano derecha se arquearon ligeramente, como si se prepararan para recibir la culata. Retiró el pie izquierdo de la barra de apoyo del taburete y lo posó en el suelo.

—De acuerdo —respondió a Tiffy.

Se desabrochó la americana con la mano izquierda y luego, con la misma mano, sacó el pañuelo y se enjugó el rostro con él.

—Siempre hace más calor alrededor de las seis, justo antes de que el viento funerario empiece a soplar.

—Caballero, el funerario ya está aquí. ¿Quiere notarlo?

James Bond volvió la cabeza con lentitud. La oscuridad había avanzado en el interior de la gran sala y todo lo que vio fue el leve contorno de una figura de estatura alta. El hombre cargaba con una maleta, la dejó en el suelo y avanzó. Debía de llevar zapatos con suela de goma porque no hizo ruido alguno. Tiffy se movió con nerviosismo por detrás de la barra y se oyó el chasquido de un interruptor. Media docena de bombillas de baja intensidad se encendieron en los herrumbrosos apliques repartidos por las paredes.

—Me has sobresaltado, Tiffy —dijo Bond con soltura.

Scaramanga se acercó y se apoyó en la barra. Aunque la descripción que había en los archivos era exacta, no recogía la amenaza felina que despedía el hombretón, la extrema anchura de sus hombros en relación a su estrecha cintura, ni la frialdad de sus ojos estáticos, que ahora examinaban a Bond con distante desinterés. Llevaba un traje sin cruzar de buen corte color canela y zapatos a juego en marrón y blanco. En lugar de corbata usaba un alto corbatín de seda blanca, fijado con una aguja de oro con la forma de una pistola. Tal vez el atavío pareciera algo teatral, pero, quizás por el buen porte del hombre, no lo era.

—A veces hago que bailen y luego les disparo a las patas.

No había signos de acento extranjero en su inglés con deje americano.

—Suena bastante drástico —comentó Bond—. ¿Por qué lo hace?

—La última vez fue por cinco mil dólares. Parece que usted no sabe quién soy yo. ¿No se lo ha dicho la frígida ésa?

Bond lanzó una mirada a Tiffy. Ella estaba inmóvil, con las manos a los lados y los nudillos muy blancos.

—¿Por qué debiera haberlo hecho? —replicó Bond—. ¿Acaso tendría que interesarme?

Bond vio un rápido destello dorado y el pequeño agujero negro apuntando directamente a su ombligo.

—Por esto. ¿Qué hace aquí, extranjero? Extraña coincidencia encontrar a un hombre de ciudad en el tres y medio de Love Lane. O en Sav' La Mar, para el caso. ¿No será de la policía, por casualidad? ¿O alguno de sus amigos?

—¡Camarada! —exclamó Bond levantando los brazos en un simulacro de rendición.

Los bajó de nuevo y se volvió hacia Tiffy.

—¿Quién es este hombre? ¿El único dueño de Jamaica o un refugiado de un circo? Pregúntale qué quiere tomar. Quienquiera que sea, ha llevado a cabo una buena actuación.

James Bond sabía que el otro había estado cerca de apretar el gatillo. Herir a un pistolero en su vanidad… Tuvo una clara visión de sí mismo retorciéndose en el suelo, con la mano derecha sin poder alcanzar su propia arma. El bonito rostro de Tiffy ya no resultaba bonito, sino que era una tensa calavera. Ella miró a Bond fijamente. Su boca se abrió, mas de entre sus labios no salió sonido alguno. Él le gustaba, pero sabía que estaba muerto. *Joe* y *May* también percibieron la electricidad en el aire y, con un tremendo estruendo de graznidos metálicos, huyeron por la ventana abierta, como ladronzuelos negros escapando en la noche.

Las explosiones del Colt 45 fueron ensordecedoras. Los dos pájaros se desintegraron contra el telón de fondo violeta de la oscuridad, y los restos de plumas y carne rosa quedaron derribados como metralla en el haz de luz amarilla del café, que se extendía hasta el limbo de la calle desierta.

Siguió un momento de silencio ensordecedor. Bond no se movió. Se quedó sentado donde estaba, esperando a que la tensión de lo sucedido se relajara. Pero no fue así. Con un grito inarticulado, que sonó casi a obscenidad, Tiffy cogió torpemente la botella de Red Stripe de Bond y la arrojó lejos del mostrador. Sonó el ruido distante de cristales rotos al fondo de la sala. Luego, tras ese gesto insignificante, Tiffy cayó sobre sus rodillas, detrás de la barra, y estalló en histéricos sollozos.

James Bond se acabó el resto de la cerveza y se puso en pie. Caminó hacia Scaramanga y, cuando estaba a punto de rebasarle, el hombre alargó su lánguido brazo izquierdo y le retuvo cogiéndole por los bíceps. Sostuvo el hocico de su pistola

contra la nariz de Bond, olfateando el aire delicadamente, con expresión remota, sin vida, en sus ojos marrones.

—Hay algo extraordinario en el olor de la muerte, caballero —le dijo—, ¿Quiere probarlo?

Sujetaba la reluciente pistola como si le estuviera ofreciendo una rosa.

—Vigile sus modales —repuso Bond con mucha calma—. Quíteme la mano de encima.

Scaramanga arqueó las cejas. Su plomiza mirada vacía pareció fijarse y reparar en Bond por primera vez.

Lo soltó.

James Bond se dirigió hasta el extremo de la barra. Cuando llegó, se volvió hacia el otro hombre, encontrándose con unos ojos que lo miraban con débil y desdeñosa curiosidad. Bond se detuvo. Los sollozos de la joven eran como el lamento de un perrillo. En algún lugar de la calle, un sistema de megafonía —algún tocadiscos con altavoz— empezó escandalosamente a emitir un calipso.

Bond miró al hombre directamente a los ojos.

—Gracias —dijo—, pero ya he probado ese olor. Yo le sugiero la cosecha de Berlín de mil novecientos cuarenta y cinco —sonrió con expresión amistosa, tan sólo algo irónica—, pero supongo que usted es demasiado joven para haber probado esa cata.

# 6

## Fácilmente, uno de los grandes

Bond se arrodilló junto a Tiffy y le dio sendos bofetones en ambas mejillas. Los humedecidos ojos fijaron de nuevo la mirada. Tiffy se llevó la mano al rostro y miró a Bond, sorprendida. Éste se levantó, cogió un paño y lo humedeció bajo el grifo. Después se inclinó y puso su brazo alrededor de los hombros de la joven y le pasó el paño suavemente por el rostro. La levantó y le tendió el bolso, que estaba en la estantería detrás de la barra.

—Vamos, Tiffy —le dijo—, maquilla ese precioso rostro de nuevo. El negocio se animará pronto, y la dama que lo regenta tiene que mostrar lo mejor de sí misma.

Tiffy cogió el bolso y lo abrió. Miró por encima de Bond y, por primera vez después del tiroteo, vio a Scaramanga. Sus bonitos labios se contrajeron en un gruñido.

—Me cargaré a ese hombre —susurró con fiereza, de forma que sólo Bond la oyera—; ¡vaya si me lo cargaré! Está la madre Edna, arriba en el camino de Orange Hill, y es una obá reconocida. Mañana mismo iré, y dentro de unos días, ése no sabrá con qué le han dado.

Sacó un espejo y empezó a recomponer el maquillaje. Bond buscó en sus bolsillos, contó cinco billetes de una libra y los metió en el bolso abierto.

—Olvídalo ya. Cómprate un bonito canario y una jaula, para que te haga compañía. De todas maneras, si dejas algo de comida fuera vendrá otro par de *klings*.

Le dio unas palmaditas en el hombro y se retiró. Cuando llegó a la altura de Scaramanga, se detuvo.

—Ésta podría haber sido una buena actuación en un circo —dijo, utilizando de nuevo la palabra, a propósito—, pero ha sido brutal para la chica. Dele algún dinero.

—Déjelo —repuso Scaramanga con una mueca en los labios, y añadió con recelo —: ¿A qué viene toda esa cháchara sobre los circos?

Hizo una breve pausa y continuó:

—Quédese donde está, caballero, y responda a unas cuantas preguntas. Como ya le he dicho, ¿es de la policía? Tiene que serlo, se nota el olor a poli a su alrededor. Y si no, ¿qué hace por aquí?

—La gente no acostumbra a decirme lo que tengo que hacer —respondió Bond—. Se lo digo yo a ellos.

Caminó hasta el centro de la sala y se sentó a una mesa.

—Venga —dijo a Scaramanga—, acomódese y déjese de amenazas. Estoy hecho a prueba de ellas.

Scaramanga se encogió de hombros. Dio un par de zancadas, cogió una de las sillas de metal, la giró, se la metió entre las piernas y se sentó con el trasero hacia atrás y el brazo izquierdo apoyado sobre el borde del respaldo de la silla. Su brazo derecho descansaba en el muslo, a sólo unos milímetros de la culata del revólver que sobresalía por la cinturilla de sus pantalones. Bond reconoció que era una buena postura de trabajo para un pistolero, con el respaldo de metal de la silla actuando como escudo para la mayor parte del cuerpo. Desde luego se trataba de un profesional de lo más cuidadoso.

—No, no soy de la policía —dijo Bond alegremente, con ambas manos a la vista sobre el mantel—. Mi nombre es Mark Hazard. Trabajo para la compañía Transworld Consortium y he estado llevando a cabo un proyecto para Frome, la explotación azucarera de WISCO. ¿La conoce?

—Por supuesto que la conozco. ¿Qué ha estado haciendo allí?

—No tan deprisa, amigo. Primero, ¿quién es usted y a qué se dedica?

—Scaramanga, Francisco Scaramanga. Relaciones laborales. ¿Nunca ha oído hablar de mí?

Bond frunció el ceño.

—No sabría decirle. ¿Debiera?

—Algunos que no habían oído nada sobre mí ahora están muertos.

—Vamos, mucha gente que no ha oído hablar de mí está muerta.

Bond se recostó. Cruzó una pierna sobre la otra, por encima de la rodilla, y se agarró el tobillo como si estuviera en un casino.

—Me gustaría que dejase de hablar como un héroe. Por ejemplo, setecientos millones de chinos no han oído hablar de ninguno de nosotros, eso es seguro. Podemos ser una rana en un estanque muy pequeño.

Scaramanga no picó.

—Sí —dijo en tono reflexivo—, supongo que el Caribe podría considerarse un estanque bastante pequeño, pero hay muy buenas ganancias en él. *El Hombre de la pistola de oro.* Así es como me conocen por estos lares.

—Ésa es una herramienta muy útil para resolver problemas laborales. No nos vendría mal alguien como usted en Frome.

—¿Hay problemas allí? —preguntó Scaramanga, con gesto aburrido.

—Demasiados incendios en las cañas.

—¿Se ocupaba de eso?

—Algo así. Uno de los negocios de mi compañía es la investigación para las compañías de seguros.

—Trabajo de seguridad. Me he tropezado con tipos como usted antes. Ya sabía yo que detectaba el olor a poli. —Scaramanga se mostró satisfecho del acierto en sus suposiciones—. ¿Ha descubierto algo?

—Pillamos a unos cuantos rastafaris. Me habría gustado deshacerme de todos ellos. Pero fueron a su sindicato con el cuento de que estaban siendo discriminados

por su religión, y tuvimos que hacer un alto. Así las cosas, los fuegos empezarán de nuevo muy pronto. Por esto digo que no nos vendría mal un personaje que se hiciera respetar. —Bond añadió con suavidad—: Asumo que ésta es otra faceta de su profesión…

De nuevo, Scaramanga evadió el comentario despreciativo.

—¿Va armado? —preguntó.

—Por supuesto, no se persigue a los rastas sin un arma.

—¿De qué tipo?

—Una Walther PPK. 7,65 milímetros.

—Sí, es un buen taco. —Scaramanga se volvió hacia el mostrador—. Eh, tú, tía frígida, pon un par de Red Stripes, si has vuelto al trabajo.

Sus inexpresivos ojos miraron de nuevo a Bond.

—¿Cuál es su próximo trabajo?

—No lo sé. He de llamar a Londres para que me informen de si hay algún otro problema en la zona. Pero no tengo prisa. Trabajo para ellos más o menos por libre. ¿Por qué? ¿Alguna sugerencia?

Scaramanga permaneció sentado, inmóvil. Tiffy salió de detrás de la barra, se acercó a la mesa y colocó la bandeja de metal con las botellas y los vasos delante de Bond. No miró a Scaramanga. Éste soltó una áspera carcajada, como un aullido, buscó en el interior de su americana y sacó una cartera de piel de cocodrilo. Extrajo un billete de cien dólares y lo tiró sobre la mesa.

—Sin rencores, tía frígida. Estarías mejor si no tuvieses las piernas siempre bien pegadas. Ve y cómprate unos cuantos pájaros más con esto. Me gusta tener gente sonriente a mi alrededor.

Tiffy cogió el billete y le dijo:

—Gracias, señor. Le sorprendería saber en qué voy a gastar su dinero.

Le dirigió una mirada larga y cruel y giró sobre sus talones.

Scaramanga se encogió de hombros. Cogió una botella de cerveza y un vaso, y los dos hombres se sirvieron y bebieron. Scaramanga sacó una lujosa cigarrera y eligió un puro cortado por los dos extremos como un lápiz. Le prendió fuego con una cerilla, dejó que el humo saliera poco a poco entre sus labios e inhaló de nuevo la fina columna de humo. Hizo eso varias veces con la misma bocanada hasta que el humo se disipó.

Durante todo el tiempo permaneció mirando fijamente a Bond, como si estuviera sopesando algo en su cabeza.

—¿Le gustaría ganar uno de los grandes, mil dólares? —preguntó por fin.

—Es posible —contestó Bond. Se detuvo y añadió—: Es probable.

Y lo que quería decir en realidad era: «¡Por supuesto! Si eso ha de significar estar cerca de ti, amigo mío».

Scaramanga fumó algún tiempo más en silencio. Un coche se detuvo fuera y dos hombres subieron rápidamente por los escalones riendo. Cuando cruzaron la cortina

de cuentas, los trabajadores jamaicanos dejaron de reír y se dirigieron en silencio hacia el mostrador, donde empezaron a hablar con Tiffy en susurros. Luego los dos hombres arrojaron un billete de una libra sobre la barra y, dando un amplio rodeo para no acercarse a los blancos, desaparecieron tras las cortinas del fondo de la sala. Bond oyó que sus risas comenzaban de nuevo a medida que subían por las escaleras.

Scaramanga no había apartado los ojos del rostro de Bond. Ahora le dijo, manteniendo la voz muy baja:

—Yo mismo tengo un problema. Algunos socios míos han invertido dinero en el plan de desarrollo que se está llevando a cabo en Negril, al extremo de la propiedad, en un lugar llamado Bloody Bay. ¿Lo conoce?

—Lo he visto en el mapa, está muy cerca de la bahía de Green Island.

—Eso es. Bien, yo tengo algunas acciones en el negocio, y hemos empezado la construcción del hotel Thunderbird. Ya hemos finalizado la primera planta y los salones principales y el restaurante, etcétera. Pero el auge turístico ha aflojado (los norteamericanos tienen miedo de estar tan cerca de Cuba o algo por el estilo), los bancos han empezado a tener dificultades y el dinero escasea. ¿Me sigue?

—Así que tienen las obras paralizadas.

—Exacto. Ahora tengo que abrir el hotel unos cuantos días porque viene media docena de los principales accionistas para celebrar una reunión. Sólo quieren echar una ojeada al lugar y ponernos todos de acuerdo acerca de qué haremos con el negocio. Ahora bien, como yo quiero que esos chicos se lo pasen bien, he contratado un conjunto picante de Kingston, con cantantes de calipso, bailarinas, muchas chicas, y todas esas tonterías… También podrán nadar. Y una de las atracciones del lugar será un ferrocarril a pequeña escala que se usaba para transportar la caña de azúcar. Va desde el hotel hasta la bahía de Green Island, donde tengo una embarcación Chris Roamer 44. Se puede hacer pesca submarina… Eso será otra excursión. ¿Me sigue? Quiero hacer que los chicos se lo pasen en grande.

—De manera que ellos se entusiasmen y le compren su parte de las acciones, ¿verdad?

Scaramanga frunció el ceño con irritación.

—No pienso pagarle uno de los grandes para que saque algunas ideas equivocadas. Ni siquiera una idea.

—Entonces, ¿para qué?

Durante un momento, Scaramanga continuó con su rutina de fumador, con los pequeños pilares de humo desvaneciéndose una y otra vez en el interior de sus negras fosas nasales. Eso parecía relajarle. Luego su frente se despejó.

—Algunos de estos hombres son algo brutales —dijo—. Todos somos accionistas, por supuesto, pero eso no significa necesariamente que nos una ningún tipo de amistad. ¿Me comprende? Llevaré a cabo algunas reuniones, reuniones privadas, quizás con sólo dos o tres de los chicos cada vez…, para tantear los diferentes intereses. Es probable que a alguno de los otros muchachos, los que no

hayan sido invitados a una reunión en particular, se les meta en la cabeza la idea de intervenir o de averiguar, de una forma u otra, lo que está sucediendo. Y se me acaba de ocurrir que usted, dedicándose a temas de seguridad y todo eso, actuara como una especie de vigilante para esas reuniones, limpiara la sala de micrófonos, se quedara al otro lado de la puerta y vigilara que nadie curiosee por allí…, en fin, cuidara de que cuando yo quiera estar en privado, esté en privado. ¿Capta la idea?

Bond pudo reprimir una carcajada.

—Así que quiere contratarme como una especie de guardaespaldas personal. ¿Se trata de eso?

El ceño regresó a la frente del otro.

—¿Y qué hay de gracioso en ello, caballero? Es un buen dinero, ¿no? Tres, quizás cuatro días en un garito lujoso como el Thunderbird. Y mil dólares al final de todo. Qué hay de ridículo en esta proposición, ¿eh?

Scaramanga hizo picadillo la colilla de su puro contra la parte inferior de la mesa con una cascada de chispas.

Bond se frotó la nuca como si reflexionara, lo que, en efecto, estaba haciendo de manera vertiginosa. Sabía que el otro no le había contado la historia completa. También sabía que resultaba sospechoso, por no decir algo peor, que aquel hombre contratara a un completo extraño para que le hiciera ese tipo de encargo. Sólo el trabajo en sí se sostenía, pero no demasiado. Tenía sentido que Scaramanga no quisiera contratar a un hombre del lugar, a un ex policía por ejemplo, incluso aunque encontrara a uno dispuesto a ello. Un hombre de esas características quizás tuviese amigos en el negocio hotelero que estarían interesados en el aspecto especulativo del desarrollo de Negril. Por supuesto, en el aspecto positivo, Bond estaba consiguiendo algo que nunca hubiera imaginado que fuera posible: meterse en el corazón mismo de la guardia de Scaramanga. Pero ¿lo haría? Se percibía un fuerte olor a trampa. Sin embargo, dado que Bond, por alguna misteriosa artimaña del destino, no había sido eliminado aún, no era capaz de ver, por nada del mundo, cuál sería el perjuicio. Bien, decididamente, tenía que apostar. En muchos aspectos, era una oportunidad entre un millón.

Bond encendió un cigarrillo y le dijo:

—Sólo me reía ante la idea de que un hombre, con su destreza particular, buscara protección. Pero, en fin, como todo eso me suena a mucha diversión, iré. ¿Cuándo empezamos? Tengo el coche al final de la calle.

Scaramanga consultó su reloj de pulsera, una delgada esfera de oro montada en un brazalete de oro de dos colores.

—Las seis treinta y dos —dijo—. Mi coche estará fuera ya. —Se levantó—. Vámonos. Pero no olvide una cosa, señor como se llame: me sulfuro con facilidad. ¿Me ha entendido?

—Ya he visto cómo se ha molestado con esos pájaros inofensivos —le respondió Bond con despreocupación. Se puso en pie—. No hay razón alguna por la cual

ninguno de nosotros se tenga que sulfurar.

—Bien, entonces —dijo Scaramanga con indiferencia.

Caminó hasta el fondo de la sala y cogió su maleta, que tenía aspecto de nueva, pero de poca calidad. Se dirigió a grandes zancadas hacia la salida y, haciendo chocar la cortina de cuentas al pasar, bajó por los escalones.

Bond se acercó rápidamente a la barra.

—Adiós, Tiffy. Espero volver por aquí algún día. Si alguien preguntara por mí, dile que estoy en el hotel Thunderbird, en Bloody Bay.

Tiffy tendió una mano y le tocó la manga con timidez.

—Vaya con cuidado por allí, señor Mark. Hay dinero de *gangsters* en ese lugar. Y cuídese mucho. —Movió la cabeza en dirección a la salida—. Ese es el peor hombre del que he oído hablar jamás. —Luego se inclinó hacia delante y susurró—: En la bolsa hay maría[3] por valor de mil dólares. Un «rasta» la dejó para él esta mañana, así que la husmeé. —Retrocedió con rapidez.

—Gracias, Tiffy —dijo Bond—. Haz que la obá Edna realice un buen trabajo. Ya te explicaré por qué algún día, espero. ¡Adiós!

Salió rápidamente y bajó a la calle, donde esperaba un Thunderbird rojo descapotable, con el tubo de escape sonando como el de una lancha rápida de lujo. El chófer era un jamaicano vestido con elegancia, con gorra de visera. Una banderola roja en la antena de la radio llevaba escrito *hotel thunderbird* con letras doradas. Scaramanga ya estaba sentado junto al chófer.

—Siéntese detrás —dijo a Bond con impaciencia— y le acercaremos hasta su coche. Luego nos sigue. Después de un trozo, hay buena carretera.

James Bond entró en el coche y empezó a preguntarse si debería disparar al hombre en la nuca, el viejo punto de perforación de la Gestapo-KGB. Pero una mezcla de razones se lo impidió: le picaba la curiosidad, sentía un odio profundo por el asesinato a sangre fría, le daba la sensación de que aquél no era el momento predestinado para ello y existía la probabilidad de que tuviera que asesinar al chófer también; todo eso en combinación con la suavidad de la noche y con el hecho de que en el aparato de música estaba sonando ahora una buena grabación de una de sus canciones favoritas, *Cuando te vayas*, al mismo tiempo que las cigarras cantaban desde el viejo *Lignum vitae*. Todo le dijo que aún no era el momento. Pero en el preciso instante en que el coche descendía por Love Lane en dirección al brillo del mar, James Bond supo que no sólo estaba desobedeciendo órdenes o, en el mejor de los casos, esquivándolas, sino comportándose como un completo imbécil.

# 7

## Im-Propiedad inmobiliaria

Cuando se llega a un lugar durante una noche oscura, en especial en una tierra extraña que nunca se ha visto antes —una casa extraña, quizás, o un hotel—, incluso al hombre más avispado le asaltan las confusas sensaciones del más humilde turista.

James Bond conocía el mapa de Jamaica por encima. Sabía que el mar había estado siempre cerca, a su izquierda, y cuando, siguiendo las gemelas luces rojas del coche de delante, atravesó la impresionante verja de hierro forjado de la entrada y avanzó por la avenida de jóvenes palmeras reales, oyó las olas que morían en la playa, muy cerca de su coche. Mientras se acercaba, supuso que los campos de caña de azúcar debían de estar al otro lado de un alto muro recién construido alrededor de la propiedad Thunderbird. Se percibía un ligero olor a manglar que bajaba del pie de las altas colinas, cuya silueta había vislumbrado ligeramente bajo la luz de la luna creciente que se deslizaba por la derecha. A pesar de todo, no disponía de pistas para saber con exactitud dónde se encontraba o a qué tipo de lugar se dirigía. Y a él en especial esa sensación le producía gran incomodidad. La primera norma que un agente secreto debe seguir es orientarse geográficamente a la perfección, determinar los medios de acceso y salida, y garantizar las comunicaciones con el mundo exterior. James Bond fue consciente, y eso le causó desazón, de que llevaba una hora conduciendo en el limbo y de que su contacto más cercano era la joven del burdel, a cincuenta kilómetros de distancia. La situación no era tranquilizadora.

Un kilómetro más adelante, alguien había visto los faros del coche que se acercaba en cabeza y encendió luces, ya que un súbito resplandor amarillo brillante llegó a través de los árboles, y una última curva de la avenida descubrió el edificio del hotel. Con aquella iluminación teatral y la negra oscuridad de alrededor que ocultaba cualquier evidencia de los paralizados trabajos de construcción, el lugar parecía magnífico. El inmenso pórtico con columnas en rosa pálido y blanco proporcionaba al hotel una fachada aristocrática. Cuando Bond alcanzó la entrada detrás del otro coche, vio, a través de las altas ventanas estilo Regencia, la perspectiva de los suelos de mármol blanco y negro bajo las brillantes arañas. El jefe de botones y su personal jamaicano, vestidos todos con chaquetas rojas y pantalones negros, bajaron corriendo por los escalones y, tras mostrar gran deferencia a Scaramanga, cogieron su maleta, así como la de Bond. A continuación, el pequeño desfile se dirigió hacia la recepción, donde Bond se registró como Mark Hazard, con la dirección de Kensington del Transworld Consortium.

Scaramanga, que había estado hablando con un hombre que parecía ser el director del hotel, un joven norteamericano de rostro y traje pulcros, se volvió hacia Bond y le indicó:

—Usted está en la habitación número 24 en el ala oeste. Yo me hallo muy cerca, en la 20. Pida lo que quiera al servicio de habitaciones. Le veré por la mañana, sobre las diez. Los chicos empezarán a llegar alrededor del mediodía desde Kingston. ¿De acuerdo?

Aquellos fríos ojos en el severo rostro denotaban que no le importaba si estaba de acuerdo o no. Bond asintió. Siguió a uno de los botones, que llevaba su maleta por un largo pasillo blanco revestido con una alfombra ajustada decorada en Wilton azul real. Se percibía el olor a pintura fresca y a cedro jamaicano. Las puertas numeradas y los apliques para las luces denotaban buen gusto. La habitación de Bond estaba casi al final del pasillo, a la izquierda. La número 20 se encontraba enfrente. El mozo abrió la puerta de la 24 y la sostuvo, dejando que Bond entrara. El aire frío del aparato de aire acondicionado salió a borbotones. Era un dormitorio doble moderno y agradable con un baño en gris y blanco. Cuando se quedó a solas, Bond se dirigió al control del aire acondicionado y lo puso a cero. Luego descorrió las cortinas y abrió las dos amplias ventanas para que entrara aire de verdad. Afuera el mar susurraba suavemente sobre una playa invisible y la luz de la luna esparcía las negras sombras de las palmeras por el césped. A su izquierda, donde la amarilla luz de la entrada mostraba un rincón de terreno con grava, Bond escuchó cómo ponían en marcha su coche y lo conducían, era de suponer, hasta un área de aparcamiento, que estaría situada en la parte de atrás, para evitar deslucir el impacto de la fachada. Se volvió y contempló su habitación. La inspeccionó con minuciosidad. Los únicos objetos sospechosos eran un gran cuadro colgado en la pared sobre las dos camas gemelas y el teléfono. El cuadro representaba una escena jamaicana del mercado y era de origen local. Bond lo separó un poco de la pared, pero detrás todo era inocente. Después sacó una navaja, puso el teléfono boca abajo sobre la cama, con cuidado para no mover el auricular, y con suavidad y precaución desatornilló la base. Sonrió satisfecho. Detrás de la placa había un pequeño micrófono conectado al cable principal de la plataforma. Volvió a colocar la placa con la misma atención y dejó el teléfono sobre la mesilla de noche. Conocía el chisme. Seguramente, estaría transistorizado y tendría la potencia suficiente para captar una conversación, en un tono normal de voz, desde cualquier punto de la habitación. Se le pasó por la cabeza rezar unas oraciones muy devotas en voz alta antes de irse a dormir. ¡Eso proporcionaría un prólogo adecuado al dispositivo de grabación central!

James Bond sacó de su bolsa las pocas pertenencias que llevaba y llamó al servicio de habitaciones. Le respondió una voz jamaicana. Bond pidió una botella de *bourbon* Walker, tres vasos, hielo y huevos Benedict para las nueve en punto.

—De acuerdo, señor.

Luego se desnudó, puso su arma con la pistolera bajo la almohada y llamó al camarero para que se llevaran su traje a planchar. Cuando terminó de darse su ducha caliente, seguida de otra fría como el hielo, y se vistió con un par de calzoncillos de algodón limpios, llegó el *bourbon*.

La mejor copa del día era justo la primera (la Red Stripe no contaba). James Bond puso hielo y tres dedos de *bourbon* en el vaso y lo removió para enfriarlo y rebajar la bebida con el hielo. Acercó una silla hasta la ventana, puso una mesa baja junto a ella y sacó de su maleta *Perfiles de coraje*, de Jack Kennedy. Casualmente, lo abrió por Edmund G. Ross («Miré hacia mi tumba abierta») y a continuación se sentó, dejando que el aire perfumado, con una composición a base de mar y árboles, acariciara su cuerpo desnudo, a excepción de los calzoncillos. Se bebió el *bourbon* de dos largos tragos y notó su amigable mordisco bajando por la garganta hasta el estómago. Llenó de nuevo el vaso, pero esa vez con más hielo para que la copa fuera más suave, y se recostó en la silla, pensando en Scaramanga.

¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Manteniendo una conferencia con La Habana o con Estados Unidos? ¿Acaso organizando las cosas para el día siguiente? ¡Sería interesante ver a esos gordos y asustados accionistas! Si de algo estaba seguro Bond era de que sería una pandilla de pistoleros selectos, del tipo de los propietarios de hoteles y casinos de La Habana en los viejos tiempos de Batista, la clase de hombres que poseían acciones en Las Vegas y que buscaban actividad en Miami. ¿A quién representaba Scaramanga? Había tanto dinero robado a la deriva en el Caribe que podía tratarse de cualquiera de los sindicatos, de cualquiera de los dictadores bananeros de las islas o de tierra firme. ¿Y el hombre mismo? Eran unos disparos increíblemente buenos los que habían matado a aquellas dos aves, lanzándolas a través de la ventana del bar en el número tres y medio. ¿Cómo demonios iba Bond a coger a aquel tipo? Con un impulso, Bond se dirigió hacia la cama y cogió la Walther de debajo de la almohada. Deslizó la recámara e hizo un único disparo a la colcha. Comprobó el muelle de la recámara y apuntó rápidamente a varios objetos de la habitación. Calculó que estaba apuntando unos dos centímetros y medio por encima, pero eso se debía a que la pistola era más ligera sin la recámara cargada. Con un golpe seco colocó otra vez la recámara y probó de nuevo. Sí, así estaba mejor. Disparó un tiro en la recámara, puso el seguro y metió la pistola bajo la almohada. Luego volvió junto a su copa, cogió el libro y se olvidó de sus preocupaciones, sumergiéndose en los altos cometidos de los grandes hombres.

Llegaron los huevos. Estaban buenos. La salsa muselina merecía haber sido mezclada en Maxim’s. Bond avisó que le retiraran la bandeja, se sirvió una última copa y se preparó para dormir. Scaramanga tendría, con seguridad, una llave maestra. Al día siguiente, Bond buscaría una cuña con la cual obstruir la puerta, pero por esa noche puso su maleta del revés, ajustándola junto a la puerta, y los tres vasos en equilibrio sobre ella. Era una sencilla trampa de polis, pero si fuese necesario le daría

el aviso imprescindible. Luego se quitó los calzoncillos, se metió en la cama y se durmió.

Alrededor de las dos de la madrugada se despertó sudando a causa de una pesadilla. Estaba defendiendo un fuerte y había otros defensores con él, pero parecían merodear por el lugar sin objetivo alguno, y cuando Bond les gritaba para reunirlos, no le oían. Destacando en la llanura, Scaramanga estaba sentado en una silla de café vuelta del revés junto a un enorme cañón dorado. Cada dos por tres ponía su largo cigarro en la mecha, y un tremendo destello tenía lugar, acompañado de una llamarada inaudible. Una negra bala de cañón, tan grande como un balón de fútbol, voleaba por el aire y al caer golpeaba el fuerte y se escuchaba el ruido demoledor de la madera al romperse. Bond estaba armado sólo con un arco, pero ni siquiera podía dispararlo, porque cada vez que intentaba encajar la muesca de la flecha en la cuerda, aquélla caía de sus dedos al suelo. Maldijo su torpeza. En cualquier momento ¡una enorme bala de cañón aterrizaría en el pequeño espacio abierto donde él se encontraba! Afuera en la llanura, Scaramanga acercó su cigarro a la mecha del cañón. La bola negra subió muy alto ¡y descendió directa hacia Bond! Aterrizó justo delante suyo y empezó a rodar muy lentamente hacia él, haciéndose más y más grande, saliendo humo y chispas de la mecha, que menguaba por momentos. Bond extendió un brazo para protegerse. Se golpeó el codo dolorosamente con el borde de la mesilla de noche y se despertó.

Bond salió de la cama, se dio una ducha fría y bebió un vaso de agua. Cuando regresó a la cama, había olvidado la pesadilla y se quedó dormido de inmediato. Descansó sin soñar hasta las 7:30 de la mañana. Se puso el bañador, retiró la barricada de delante de la puerta y salió al pasillo. A su izquierda, una puerta que daba al jardín estaba abierta y el sol entraba por ella a raudales. Salió e iba paseando en dirección a la playa, por la hierba cubierta aún de rocío, cuando escuchó un curioso ruido sordo que le llegó de entre las palmeras de la derecha. Fue hacia allí. Era Scaramanga, vestido con un bañador, que hacía ejercicios en una cama elástica, asistido por un atractivo joven de piel negra que le sostenía el albornoz de color rojo. El sudoroso cuerpo de Scaramanga brillaba al sol, mientras se impulsaba en el aire por encima de la estirada lona y rebotaba, a veces con las rodillas o con las nalgas, e incluso con la cabeza. Era un ejercicio de gimnasia impresionante. ¡La tercera tetilla destacaba prominente sobre el corazón, constituyendo un blanco evidente! Bond continuó caminando pensativo hacia la preciosa playa de arena blanca rodeada de palmeras que entrechocaban suavemente. Se sumergió en el agua y, quizás influido por el ejemplo del otro hombre, nadó dos veces más lejos de lo que había planeado.

James Bond tomó un desayuno breve y ligero en su habitación, y se vistió a regañadientes, debido al calor, con su traje azul oscuro. Se colocó el arma y salió a dar una vuelta por la propiedad. Enseguida se formó una idea: la noche y la fachada iluminada habían disimulado un proyecto que permanecía a medias. El ala este del edificio, al otro lado del vestíbulo, era sólo un conjunto de listones y yeso. El cuerpo

central del hotel —el restaurante, la discoteca y los salones, que constituían el palo largo de la estructura en forma de T— era una maqueta, un escenario preparado para un ensayo general, montado precipitadamente con los accesorios esenciales, las alfombras, las instalaciones de alumbrado y una dispersión de mobiliario, pero que olía aún a pintura fresca y a virutas de madera. Había quizás unos cincuenta hombres y mujeres trabajando, fijando las cortinas, pasando las aspiradoras a las alfombras, instalando la electricidad, pero nadie estaba ocupado en lo fundamental: las grandes hormigoneras, los taladros y los andamios descansaban detrás del hotel como los juguetes abandonados de un gigante. A simple vista, aquel lugar necesitaba un año más y otros pocos millones de libras para convertirse en aquello que los planos habían dicho que iba a ser. Bond se dio cuenta del problema de Scaramanga. Alguien se quejaría de eso. Otros querrían abandonar. Pero, de nuevo, otros querrían invertir, claro que a un precio módico, y utilizar la inversión para reducir impuestos con los cuales compensar empresas más provechosas en cualquier otro sitio. Era mejor tener un fondo de capital con las concesiones de impuestos que otorgaba Jamaica, que pagar ningún dinero al Tío Sam, al Tío Fidel o al Tío Leoni en Venezuela. De manera que el trabajo de Scaramanga consistía en cegar a sus invitados con los placeres que les pondría delante y enviarlos medio ebrios de vuelta a sus sindicatos. ¿Funcionaría? Bond conocía a aquel tipo de gente y lo dudaba. Se irían a la cama borrachos con una bonita mulata, pero se despertarían sobrios. Si no fuese así, no conservarían sus puestos de trabajo, no los enviarían allí con sus discretos maletines.

Caminó más por detrás de la propiedad. Quería localizar su coche, y lo encontró en una zona desierta tras el ala oeste. Pronto le daría el sol donde estaba, así que lo movió más hacia delante, hasta la sombra de un ficus gigante. Comprobó el depósito de gasolina y se guardó las llaves. Nunca eran pocas las pequeñas precauciones que debía tomar.

En la zona de aparcamiento, el olor de los pantanos era muy fuerte. Decidió caminar algo más lejos, mientras aún se estuviera algo fresco. Pronto llegó al final de los jóvenes arbustos y del césped de guinea que el paisajista había plantado. Más allá, sólo había desolación: una gran extensión de arroyos lentos y tierras pantanosas a las que se había ganado el terreno para la construcción del hotel. Garcetas, alcaudones y garzas reales de Luisiana alzaban el vuelo y se posaban luego otra vez; se oía el sonido producido por insectos extraños y la llamada de las ranas y los dragones. Un arroyo más grande serpenteaba en dirección al mar en lo que, probablemente, era el límite de la propiedad. Sus fangosas orillas estaban horadadas por las madrigueras de los cangrejos y de las ratas acuáticas, y a medida que Bond se fue acercando, se escuchó el pesado chapoteo de un cocodrilo, del tamaño de un hombre, que abandonó la orilla y enseñó su morro antes de sumergirse. Bond sonrió para sus adentros. No había duda de que si el hotel se llevase a cabo, toda esta zona se convertiría en un fondo de inversión. Habría barqueros nativos, ataviados con la vestimenta adecuada como indios Arawac, un embarcadero y cómodas barcas con toldo, desde las cuales

los invitados disfrutarían de la «selva tropical» por un suplemento de diez dólares en su cuenta.

Bond echó una ojeada a su reloj y regresó dando un paseo. A la izquierda, todavía sin la protección que proporcionaría la sombra de las jóvenes adelfas y los ricinos que se habían plantado con ese propósito, se encontraban las cocinas y la lavandería, así como los alojamientos para el personal, los habituales cuartos traseros de un hotel de lujo. De aquella dirección le llegó música, un ritmo como un latido de calipso jamaicano, con toda probabilidad el conjunto de Kingston ensayando. Bond dobló la esquina y pasó bajo el pórtico, entrando en el vestíbulo principal. Scaramanga se encontraba en la recepción hablando con el director. Cuando oyó los pasos de Bond sobre el mármol, se volvió, lo miró y le dedicó una seca inclinación de cabeza. Vestía como el día anterior, y su alta corbata blanca combinaba con la elegancia del vestíbulo.

—De acuerdo, entonces —dijo al director; luego se dirigió a Bond—: Echemos un vistazo a la sala de reuniones.

Bond lo siguió a través de la puerta del restaurante y luego, pasando por otra puerta a la derecha, al interior de un vestíbulo, una de cuyas paredes estaba ocupada por un aparador con vasos y bandejas. Al fondo había otra puerta. Scaramanga abrió el camino hacia lo que algún día quizás sería un salón de juego o un salón de lectura. De momento, allí no había más que una mesa redonda, colocada en el centro de una alfombra de color rojo vino, y siete butacas blancas tapizadas con piel de imitación, con cuadernos y lápices delante de cada una. La butaca que se hallaba situada frente a la puerta, que debía de ser la de Scaramanga, tenía delante un teléfono blanco.

Bond dio una vuelta por la sala, examinó las ventanas y las cortinas y echó un atento vistazo a los apliques de luz de las paredes.

—Los apliques podrían estar intervenidos —dijo a Scaramanga—. Y, por supuesto…, el teléfono. ¿Quiere que lo revise?

Scaramanga miró a Bond con frialdad.

—No es necesario —contestó—. Ya está bien intervenido, por mí personalmente. Lo hago para tener una grabación de cuanto se habla.

—Entonces, de acuerdo —dijo Bond—. ¿Dónde quiere que me coloque?

—Al otro lado de la puerta, sentado, leyendo una revista o algo. Habrá una reunión general esta tarde, alrededor de las cuatro. Mañana tal vez tengamos una o dos reuniones pequeñas, conmigo y quizás uno de los chicos. No quiero que ninguna de esas reuniones se vea alterada por nada. ¿Vale?

—Parece bastante sencillo. Ahora, ¿no cree que ha llegado el momento de que me diga los nombres de esos hombres, a quiénes representan, más o menos, y si hay alguno de quien espera problemas?

—Coja una silla, papel y lápiz —dijo Scaramanga, paseándose arriba y abajo de la sala—. En primer lugar, está el señor Hendriks, holandés. Representa el dinero

europeo, suizo en su mayor parte. No tiene que preocuparse de él. No es del tipo problemático. Luego está Sam Binion, de Detroit.

—¿La Banda Púrpura?

Scaramanga se detuvo en su paseo y miró a Bond fijamente.

—Todos ellos son gente respetable, señor como se llame.

—Hazard es mi nombre.

—De acuerdo. Hazard, entonces. Pero son respetables, lo comprende. No vaya a sacar la idea de que serán los Apalaches. Todos ellos son sólidos hombres de negocios. ¿Me comprende? Ese Sam Binion, por ejemplo. Está metido en bienes inmobiliarios. Él y sus amigos valen tal vez veinte millones de dólares. ¿Ve lo que quiero decir? Luego está Leroy Gengere11a, de Miami. Es el propietario de Gengerella Enterprises. Peces gordos en el mundo del espectáculo. Éste puede que se ponga negro. Los muchachos en esa línea de negocios quieren beneficios de inmediato y un rápido volumen de operaciones. Y está Ruby Rotkopf, el hotelero de Las Vegas. Él hará todas las preguntas difíciles porque ya conoce la mayoría de las respuestas, por su experiencia. Y luego, Hal Garfinkel. de Chicago. Está en relaciones laborales, como yo. Representa una parte de los fondos de la Teamster Union. No debería suponer ningún problema. Esos sindicatos tienen tanto dinero que no saben dónde invertirlo. Con éste, ya son cinco. El último es Louis Paradise, de Phoenix, Atizona. Es propietario de Paradise Slots, los más grandes en el negocio de las máquinas tragaperras. También tiene intereses en casinos. No puedo imaginar por qué lado apostará él. Bien, éstos son los tíos.

—¿Y a quién representa usted, señor Scaramanga?

—Al dinero caribeño.

—¿Cubano?

—He dicho caribeño. Cuba está en el Caribe, ¿no es cierto?

—¿Castro o Batista?

El ceño reapareció en su frente. La mano derecha de Scaramanga se apretó en un puño.

—Ya le dije que no me sacara de quicio, caballero. Así que no siga fisgoneando en mis asuntos o saldrá malparado. Se lo aseguro.

Y como si le resultara difícil controlarse por más tiempo, el gran hombre dio media vuelta y salió bruscamente de la sala a grandes zancadas.

James Bond sonrió. Volvió sobre la lista que tenía delante. Un fuerte hedor a grandes pistoleros se alzaba desde el papel, pero el nombre en que estaba más interesado era el del señor Hendriks, que representaba «el dinero europeo». Si ése era su nombre real, y era holandés, reflexionó, James Bond también.

Arrancó tres hojas de papel para eliminar la impresión del lápiz y caminó hacia el vestíbulo. Un hombre grueso se estaba acercando en aquel momento a recepción. Sudaba a mares embutido en un inoportuno traje que parecía de lana. Podría ser cualquier cosa: un comerciante de diamantes de Amberes, un dentista alemán, un

director de banco suizo. Su pálido rostro de mentón cuadrado era de lo más anónimo. Colocó un pesado maletín sobre el mostrador y dijo con cerrado acento centroeuropeo:

—Soy el señor Hendriks. Creo que usted tiene una habitación para mí, ¿no es así?

# ¡Que pasen los canapés!

Los coches empezaron a llegar. Scaramanga se encontraba en lugar bien visible, dedicando cuidadosas sonrisas de bienvenida, como si un interruptor las encendiera y las apagara. No hubo apretones de manos. El anfitrión era saludado como «Pistola» o «Señor S», excepto por el señor Hendriks, que no se dirigió a él por ningún nombre.

Bond se mantuvo al alcance del oído, cerca del mostrador de recepción, para asociar los nombres con los rostros. En su aspecto general, se parecían mucho, rostros oscuros, bien afeitados, alrededor de 1,70 de estatura, miradas crueles por encima de bocas ligeramente sonrientes, y con un tono de voz muy desagradable al dirigirse al director del hotel. Todos mantuvieron sus maletines aferrados con tesón cuando los botones intentaron añadirlos a los equipajes de las carretillas. Se dispersaron en sus habitaciones, situadas en el ala oeste. Bond sacó su lista y añadió anotaciones aclaratorias a cada nombre, excepto al de Hendriks, de quien tenía un claro retrato en la memoria. Completó Gengerella con «de origen italiano, boca fruncida»; Rotkopf, con «cuello delgado, completamente calvo, judío»; Binion, con «orejas de murciélago, cicatriz a lo largo de la mejilla izquierda, cojo»; Garfinkel, con «el más gorila de todos, mala dentadura, pistola bajo la axila derecha»; y, por último, Paradise, con el comentario «del tipo showman, engreído, sonrisa falsa, anillo de diamante».

Scaramanga llegó hasta donde él se encontraba.

—¿Qué escribe?

—Simples notas con que recordarlos.

—Veamos. —Scaramanga tendió una mano exigente.

Bond le dio la lista.

Scaramanga la recorrió con la mirada y se la devolvió.

—Muy bien. Pero no hace falta que mencione la única pistola que ha notado. Todos ellos estarán protegidos, excepto Hendriks, supongo. Esta clase de chicos se ponen nerviosos cuando se mueven en el extranjero.

—¿Por qué?

Scaramanga se encogió de hombros.

—Tal vez por los nativos.

—Las últimas personas que se preocuparon a causa de los nativos fueron los soldados ingleses, hace quizás unos ciento cincuenta años.

—Y ¿a quién le importa eso? Lo veré en el bar alrededor de las doce. Lo presentaré como mi asistente personal.

—Está bien.

Scaramanga juntó las cejas en un gesto de duda, mientras Bond se alejaba en dirección a su dormitorio. Estaba dispuesto a provocar a aquel hombre y a seguir provocándole hasta que llegaran a una lucha. Por el momento, el otro lo aceptaba porque parecía necesitarle. Ya llegaría el momento, seguramente en alguna ocasión cuando hubiera testigos, en que su vanidad se vería atacada con tal virulencia que contraatacaría. Entonces, Bond tendría un pequeño margen, porque él habría arrojado el guante. La estrategia era brutal, pero a Bond no se le ocurría otra.

Verificó que su habitación había sido registrada en algún momento durante la mañana y por un experto. Siempre utilizaba una maquinilla de afeitar Hoffritz del tipo de las viejas *Gillette*. En una ocasión, su amigo norteamericano Félix Leiter le compró una en Nueva York para demostrarle que eran las mejores, y Bond había permanecido fiel a ellas. El mango de una maquinilla es un escondrijo bastante sofisticado como para guardar los pequeños útiles empleados en el espionaje (códigos, reveladores de micropunto, cianuro, y otras pildoras). Por la mañana, Bond había colocado la diminuta muesca del tornillo de la base en línea con la Z del nombre del fabricante, que estaba grabado en el mango. La muesca se encontraba ahora un milímetro a la derecha de la Z. Ninguna de sus otras pequeñas trampas —pañuelos con puntos imborrables en sitios concretos y dispuestos en un orden determinado, su maleta colocada en un ángulo preciso respecto a la pared del guardarropa, el forro semiextraído del bolsillo superior de su traje de repuesto, la especial simetría de algunos de los dientes dibujados en su tubo de dentífrico Macleans— había sido chapuceada o alterada. Debió de registrarlo todo un sirviente meticuloso, un camarero muy bien entrenado. Pero los trabajadores jamaicanos, a pesar de todo su encanto y voluntad, no son de ese calibre, en absoluto. Entre las nueve y las diez, cuando Bond hacía su recorrido bien alejado del hotel, su habitación había sido inspeccionada de arriba abajo por alguien que conocía su trabajo.

Bond se sintió encantado. Era bueno saber que la lucha estaba equiparada. Si encontraba la oportunidad para llevar a cabo una incursión en la habitación número 20, esperaba hacerlo aún mejor. Se dio una ducha. Después, mientras se cepillaba el cabello, se miró en el espejo, inquisitivo. Se sentía en forma al ciento por ciento, pero recordaba aquellos ojos apagados e inexpresivos que le devolvían la mirada cuando se afeitaba recién ingresado en The Park, la expresión tensa y preocupada de su rostro. Ahora los ojos azul grisáceos lo miraban desde un rostro bronceado, con el destello de la excitación contenida y la intensa concentración de los viejos tiempos. Sonrió irónico ante ese escrutinio introspectivo que muchas personas realizan antes de una carrera, una contienda entre dos inteligencias o una prueba de algún tipo. No tenía excusas. Estaba preparado.

El bar estaba al otro lado de una puerta tapizada con piel y tachonada con latón, frente al vestíbulo de la sala de reuniones. Era un bar ambientado como una taberna inglesa, a la moda y con accesorios de lujo. Sillas y bancos de madera lavada estaban

cubiertos con cojines de espuma forrados de piel roja. Tras la barra, las jarras eran de plata, o bañadas de plata, en lugar de aluminio. Los grabados que mostraban imágenes de caza, los cuernos de montería de cobre y latón, los mosquetes y cuernos para la pólvora, que colgaban de las paredes, todo podía proceder de las Galerías Parker, de Londres. En lugar de jarras de cerveza, en las mesas había botellas de champán colocadas en recipientes de anticuario para conservarlas en frío y, en lugar de patanes, allí estaban los pistoleros vestidos con lo que parecía el atuendo «tropical» de los Brooks Brothers. Sorbían sus bebidas plácidamente mientras «Mein Anfitrión» permanecía recostado sobre la barra de caoba pulimentada y hacía girar su pistola de oro una y otra vez en el primer dedo de su mano derecha, como un tramposo despreciable salido de un viejo *western*.

Cuando la puerta se hubo cerrado con un suspiro hidráulico a la espalda de Bond, la pistola de oro se detuvo a media vuelta y le apuntó al estómago.

—Colegas —dijo Scaramanga, simulando alborozo—, quiero presentaros a mi asistente personal, el señor Mark Hazard, de Londres, Inglaterra. Ha venido para supervisar que todo funcione como es debido este fin de semana. Mark, acércate y conoce a la pandilla, y pasa los canapés. —Bajó la pistola y la empujó por dentro del cinturón.

James Bond bordó en su rostro la sonrisa propia de un asistente personal eficaz y caminó hasta la barra. Quizás porque se trataba de un inglés, hubo una ronda de apretones de mano. El barman, que vestía americana roja, le preguntó qué iba a tomar.

—Un poco de ginebra rosa con mucho amargo —pidió Bond—. Que sea Beefeater.

A continuación siguió una charla inconexa acerca de los méritos hipotéticos de las ginebras. Todos los demás parecían estar bebiendo champán, excepto el señor Hendriks, que se mantuvo apartado del grupo y cuidaba una Schweppes de Limón Amargo. Bond se movió entre los hombres. Charlaron un poco sobre los vuelos que habían tenido, el tiempo en Estados Unidos y las bellezas de Jamaica. Bond quería identificar las voces con los nombres. Se dirigió hacia Hendriks:

—Parece que somos los dos únicos europeos aquí. Veo que usted es de Holanda. He pasado a menudo por allí, aunque nunca me he quedado mucho tiempo. Es un país precioso.

Los ojos de color azul muy pálido miraron a Bond sin entusiasmo.

—Gracias.

—¿De dónde es?

—De La Haya.

—¿Ha vivido mucho tiempo allí?

—Muchos, muchos años.

—Bonita ciudad.

—Gracias.

—¿Es ésta su primera visita a Jamaica?

—No.

—¿Le gusta?

—Es un lugar muy bello.

Bond casi le respondió «Gracias». Sonrió de forma alentadora a Hendriks, como si le dijera «Yo ya he roto el hielo, ahora di tú algo».

Hendriks miró por encima de la oreja derecha de Bond con expresión vacía. La presión del silencio fue creciendo. Hendriks trasladó el peso de su cuerpo de un pie a otro y por fin cedió. Sus ojos cambiaron de objetivo y miró pensativamente a Bond.

—Y usted… Es usted de Londres, ¿verdad?

—Sí. ¿Lo conoce?

—He estado allí, sí.

—¿Dónde suele alojarse?

Hubo una duda.

—Con amigos.

—Debe de ser muy cómodo.

—¿Disculpe?

—Quiero decir que es agradable tener amigos en una ciudad extranjera. Los hoteles se parecen todos mucho.

—Yo no lo creo así. Excúseme, por favor.

Con una inclinación de cabeza muy germánica, Hendriks abandonó decididamente a Bond y se dirigió hacia Scaramanga, quien aún estaba ganduleando en solitario esplendor en la barra. Hendriks le dijo algo y sus palabras tuvieron el efecto de una orden para él. Scaramanga se irguió y lo siguió hasta un alejado rincón de la sala. Le escuchaba de pie, con deferencia, mientras Hendriks hablaba deprisa en voz baja.

Bond, que permanecía con los otros, estaba interesado en lo que sucedía. Suponía que ningún otro hombre de la sala hubiese abordado a Scaramanga con tanta autoridad y observó que dirigían muchas miradas furtivas en dirección a la pareja. Bond hubiera apostado lo que fuera a que se trataba o de la Mafia o de la KGB. Quizás ni siquiera los otros cinco sabían de qué se trataba, pero con seguridad reconocían el secreto olor de La Máquina que Hendriks rezumaba con tanta intensidad.

Se anunció el almuerzo. El jefe de camareros rondaba entre dos mesas lujosamente preparadas. Había tarjetas de colocación y Bond vio que, mientras Scaramanga era el anfitrión en una de las mesas, él mismo estaba en la cabecera de la otra, entre el señor Paradise y el señor Rotkopf. Tal como esperaba, Paradise era el de más valor de los dos, y a medida que disfrutaban del convencional cóctel de gambas, el filete y la macedonia de frutas, típico menú de hotel americanizado en el extranjero, Bond se enzarzó en una alegre discusión sobre las probabilidades en la ruleta cuando hay un cero o dos. La única contribución de Rotkopf fue comentar, con

la boca llena de filete y patatas fritas, que en una ocasión había probado tres ceros en el Casino Black Cat de Miami, pero que el experimento había fracasado. Paradise le dijo que no podía ser de otro modo.

—Tienes que dejar que los bobos ganen alguna vez, Ruby, o no volverán más. Claro que puedes exprimirles el jugo, pero has de dejarles las pepitas. Sucede lo mismo con mis máquinas tragaperras. Yo siempre digo a mis clientes: «No seáis demasiado codiciosos, no las pongáis al treinta por ciento a favor de la casa, ponedlas al veinte». ¿Has oído alguna vez que el señor J. P. Morgan rechace un beneficio neto del veinte por ciento? ¡Diablos, no! Así pues, ¿por qué intentar ser más listo que tipos como ése?

—Tienes que hacer grandes beneficios para respaldar a un farsante como él —soltó Rotkopf en tono áspero. Hizo un ademán con la mano—. Si quieres saber lo que pienso —sostenía el tenedor en alto con un pedazo de filete—, en este preciso momento estás comiéndote el único dinero que vas a ver de todo este basurero.

Paradise se inclinó sobre la mesa.

—¿Es que sabes algo? —preguntó con suavidad.

—Siempre he apostado a que la hiedra se hará fuerte en este edificio —respondió Rotkopf—. Los malditos idiotas no han querido escucharme. ¡Y mira dónde estamos después de tres años! La segunda hipoteca casi ha vencido, y ¿qué tenemos? Tan sólo una planta construida. Lo que yo digo es…

La discusión se adentró en los reinos de las altas finanzas. En la mesa contigua no había tanta animación. Scaramanga era hombre de pocas palabras, y se veía que no tenía ninguna para las situaciones sociales. Frente a él, Hendriks exudaba un silencio tan grueso como el queso Gouda. Los tres pistoleros dirigían ocasionalmente una frase taciturna a cualquiera que quisiera escuchar. James Bond se preguntó cómo iba a conseguir Scaramanga que su poco prometedora compañía «pasara un buen rato».

El almuerzo finalizó y el grupo se dispersó, dirigiéndose a sus habitaciones. James Bond merodeó por la parte trasera del hotel y encontró una playa abandonada al otro lado de un basurero. Hacía un calor abrasador bajo el sol de la tarde, pero el viento del Doctor soplaba desde el mar. A pesar del aire acondicionado, había algo horrible en el impersonal blanco y gris de su dormitorio. Bond caminó por la orilla del mar, se quitó la americana y la corbata, y se sentó a la sombra de un arbusto de belcho. Mientras observaba a los cangrejos llevando a cabo su minucioso trabajo en la arena, cortó dos gruesas cuñas de cedro jamaicano. Luego cerró los ojos y pensó en Mary Goodnight. Ahora estaría durmiendo la siesta en algún chalé a las afueras de Kingston, probablemente en lo alto de las Montañas Azules, porque allí se estaba fresco. En la imaginación de Bond, ella estaría tumbada en su cama, bajo una mosquitera, y para mitigar el calor no llevaría nada puesto. Sólo se vería un contorno de marfil y oro bajo el tejido de red, pero sabía que había pequeñas perlas de sudor sobre su labio superior y entre sus senos, y que la raíz de su dorada cabellera estaba húmeda. Bond se desnudó, levantó la mosquitera y no quiso despertarla hasta que se

hubiera encajado contra sus muslos. Pero ella se volvió hacia él, medio dormida, y le tendió los brazos.

—James…

Bajo el arbusto de belcho, a doscientos kilómetros de la escena del sueño, James Bond se levantó de una sacudida. Echó una ojeada rápida a su reloj, sintiéndose culpable. Las tres treinta. Se dirigió a su habitación y se dio una ducha fría; luego verificó que las cuñas de cedro servirían para su propósito. Se fue paseando hasta el vestíbulo.

El director de traje y rostro pulcros salió de detrás del mostrador.

—Ejem… Señor Hazard. —Sí.

—Creo que no conoce a mi ayudante, el señor Travis.

—No, creo que no.

—¿Le importaría entrar en mi despacho un momento y saludarle?

—Quizás más tarde. Empezamos una reunión dentro de pocos minutos.

El hombre pulcro se acercó un paso más y le dijo, con un tono tranquilo:

—Él quiere conocerle, especialmente, señor… Bond.

Se maldijo interiormente. En este negocio suyo siempre pasaban cosas como aquélla. Mientras uno busca un escarabajo de alas rojas en la oscuridad, los ojos observando esa estructura particular en el tronco del árbol, no nota la polilla de color críptico que se agazapa tranquilamente en la cercanía, como si formase parte de la corteza, por sí misma igual de importante para el coleccionista. El campo de visión es demasiado reducido y la mente se halla demasiado concentrada. Cuando se utiliza una ampliación de 1:100, no se enfoca a 1:10. Bond miró al hombre con ese gesto que expresa reconocimiento, y que existe entre maleantes, homosexuales y agentes secretos. Es una mirada común entre personas que están unidas por un secreto, por un problema en común.

—Mejor que sea deprisa.

El hombre dio un paso detrás del mostrador y abrió una puerta. Bond entró y el otro cerró la puerta tras de sí. Un hombre alto y delgado estaba de pie junto a un archivador. Se volvió. Tenía el rostro enjuto y bronceado de un tejano, bajo una mata despeinada de cabello liso y rubio, y en lugar de mano derecha esgrimía un garfio de acero. Bond se detuvo. Su rostro se ensanchó con la sonrisa más amplia que tenía. ¿Cuánto hacía? ¿Tres o cuatro años?

—¡Tú, maldito y asqueroso animal! —exclamó—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Se acercó al hombre y le golpeó con fuerza en el bíceps del brazo izquierdo.

Su sonrisa estaba ligeramente más surcada de arrugas de lo que Bond recordaba, pero era igual de cordial e irónica.

—Soy el señor Travis —dijo—, aunque en realidad mi nombre es Leiter, señor Félix Leiter. Contable de préstamos cedido temporalmente por Morgan Guaranty Trust para el hotel Thunderbird. Estamos consultando su tipo de crédito, señor

Hazard. ¿Sería tan amable, para decirlo correctamente, de espabilarse y darnos alguna evidencia de que usted es quien dice ser?

# Acta de la reunión

James Bond, casi exultante de placer, recogió un manojo de literatura turística del mostrador de enfrente, saludó al señor Gengerella, que no le devolvió el saludo, y le siguió hasta el vestíbulo de la sala de reuniones. Ellos fueron los últimos en aparecer. Scaramanga, que esperaba junto a la puerta abierta de la sala de conferencias, miró el reloj intencionadamente y le dijo a Bond:

—Muy bien, compañero. Cierra la puerta con llave cuando nos hayamos colocado en nuestros sitios, y no dejes entrar a nadie, ni siquiera aunque el hotel arda en llamas.

Se volvió hacia el camarero que estaba tras la barra.

—Piérdete, Joe —le ordenó—. Te llamaré más tarde.

Luego se dirigió a los hombres que esperaban en el vestíbulo:

—Bien. Ya estamos todos a punto. Vamos allá.

Abrió el camino hacia la sala de reuniones y los seis hombres lo siguieron. Bond se quedó junto a la puerta y observó el orden en que se sentaban alrededor de la mesa. Cerró la puerta con llave y también, rápidamente, cerró la salida del vestíbulo. Luego cogió una copa de champán vacía del aparador, acercó una silla y se sentó muy pegado a la puerta de la sala. Colocó el cuenco de la copa lo más cerca posible de una bisagra y, sosteniéndola por el pie, puso su oído izquierdo contra la base. A través del tosco amplificador, lo que había sido un rumor de voces se convirtió en la voz del señor Hendriks hablando.

—… y así pues, seguidamente les informaré según instrucciones de mis superiores en Europa…

La voz se detuvo y Bond escuchó otro ruido, el crujido de una silla. Como un rayo, se retiró unos pasos hacia atrás, abrió uno de los folletos de viajes sobre su regazo y levantó la copa hacia sus labios. La puerta se abrió de repente y en el umbral apareció Scaramanga, haciendo girar la llave maestra que llevaba colgando de una cadena. Examinó a la inocente figura que descansaba en la silla y le dijo:

—Muy bien, compañero, tan sólo se trata de una comprobación.

Y cerró la puerta de un puntapié.

Bond echó la llave ruidosamente y ocupó de nuevo su lugar.

—Tengo un mensaje de la máxima importancia para nuestro presidente —dijo el señor Hendriks—. Viene de una fuente segura. Hay un hombre, llamado James Bond, que le busca en este territorio. Es del Servicio Secreto británico. No tengo más información ni descripciones suyas, pero parece que mis superiores le tienen en gran concepto. Señor Scaramanga, ¿ha oído hablar de ese hombre?

Scaramanga soltó un bufido.

—¡Diablos, no! —exclamó—. ¿Debería preocuparme por él? Me como uno de sus famosos agentes secretos para desayunar de vez en cuando. Hace sólo diez días, me deshice de uno de ellos que venía husmeando detrás de mí. Un hombre llamado Ross. Su cuerpo está pudriéndose ahora muy lentamente en el fondo de una laguna de pez en Trinidad oriental, un lugar llamado La Brea. La compañía petrolífera, la gente de la Trinidad Lake Asphalt, recogerá un interesante barril de crudo un día de éstos. Siguiente tema, por favor, señor Hendriks.

—En segundo lugar, deseo conocer la política del Grupo en el tema de los sabotajes de caña. En nuestra reunión de hace seis meses en La Habana, con mi voto minoritario en contra, se decidió, a cambio de ciertos favores, trabajar en beneficio de Fidel Castro y ayudarle a mantener, y de hecho aumentar, el precio mundial del azúcar para contrarrestar el daño causado por el huracán «Flora». Desde ese momento ha habido numerosos fuegos en los campos de caña de Jamaica y Trinidad. En relación con todo esto, ha llegado a los oídos de mis superiores que algunos miembros del Grupo, en especial —se escuchó el crujido de un papel— los señores Gengerella, Rotkopf y Binion, además de nuestro presidente, han iniciado una compra extensiva de los futuros azucareros del mes de julio, para exclusivo beneficio de sus ganancias individuales…

Se alzó un murmullo airado alrededor de la mesa. «¿Por qué no deberíamos…?». «¿Por qué no deberían…?». La voz de Gengerella dominó sobre las demás.

—¿Quién diablos ha dicho que no podamos hacer dinero? —preguntó a gritos—. ¿No es ése uno de los objetivos del Grupo? Le pregunto de nuevo, señor Hendriks, como ya le pregunté hace seis meses, ¿quién demonios entre los que usted llama sus superiores quiere mantener bajo el precio del azúcar? Apuesto que la parte más interesada en esta estrategia es la Unión Soviética. Ellos venden mercancías a Cuba, incluyendo, déjeme decirlo, el recientemente fracasado envío de misiles para atacar a mi país, a cambio de azúcar de caña. Son buenos negociadores, esos rojos. En su doble trato, ya sea con un amigo o con un aliado, ellos quieren más azúcar por menos mercancías, ¿no? —continuó la voz con sorna—. Señor Hendriks, ¿no estará, por casualidad, uno de sus superiores en el Kremlin?

La voz de Scaramanga se abrió paso entre el alboroto que siguió a esas palabras.

—Vamos, chicos, ¡basta ya!

Se hizo un silencio a regañadientes.

—Cuando creamos esta cooperativa, se acordó que el primer objetivo era cooperar los unos con los otros. De acuerdo, entonces, señor Hendriks. Déjeme que le explique mejor el panorama. En lo que se refiere a las finanzas totales del Grupo, se nos presenta una buena situación. Como grupo de inversión, tenemos apuestas buenas y apuestas malas. El azúcar es una de las buenas, y debemos jugarla, incluso aunque determinados miembros del Grupo hayan decidido no ir a favor de este caballo. ¿Me sigue? Ahora escúcheme con atención. Hay seis barcos controlados por el Grupo

anclados en este momento fuera del puerto de Nueva York y de otros puertos estadounidenses. Esos barcos están cargados con azúcar de caña, señor Hendriks, y no atracarán ni descargarán hasta que los futuros azucareros, los futuros del mes de julio, hayan subido otros diez centavos. En Washington, el Ministerio de Agricultura y el grupo de presión del azúcar lo saben. No ignoran que los tenemos cogidos por las pelotas. Mientras tanto, el grupo de presión del alcohol los amenaza, dejando Rusia aparte. El precio de las melazas sube con el del azúcar, y los magnates del ron están protestando airadamente porque quieren que nuestros barcos entren antes de que haya una escasez real y los precios se pongan por las nubes. Pero aún hay otro aspecto: tenemos que pagar a nuestras tripulaciones, los fletes, etcétera, y un barco parado es un barco muerto, una carga muerta. Así pues, tendrá que ocurrir algo. En el negocio, la situación que hemos creado se denomina el juego de la cosecha flotante: nuestros barcos a poca distancia, alineados contra el gobierno de Estados Unidos. Bien. De manera que ahora cuatro de nosotros ganarán o perderán diez millones de dólares, más o menos (nosotros y nuestros promotores). Y también tenemos este pequeño negocio del Thunderbird en el lado rojo de la página. Así pues, ¿qué opina, señor Hendriks? Por supuesto que quemamos las cosechas, siempre que podamos hacerlo impunemente. Tengo buena relación con los rastafaris, esa secta *beat* de aquí que se deja crecer la barba y fuma mana y en su mayoría vive en un pedazo de tierra a las afueras de Kingston llamado el Dungle, en Dunghill. Ellos creen que deben lealtad al rey de Etiopía, ese Rey Zog o como quieran llamarle, y defienden que éste es su hogar por derecho. Pues bien, tengo un hombre allí, un hombre que quiere mana para su gente, y yo le mantengo el suministro de la droga a cambio de muchos fuegos y muchos problemas en las plantaciones de caña. Así que, señor Hendriks, diga a sus superiores que lo que sube debe bajar, y que ese principio se aplica al precio del azúcar como a cualquier otra cosa. ¿De acuerdo?

El señor Hendriks le contestó:

—Comunicaré sus palabras, señor Scaramanga, pero no causarán satisfacción. A continuación, tenemos este negocio del hotel. ¿Cómo está la situación, si me hace el favor? Creo que todos deseamos conocer el verdadero estado de cosas, ¿no es así?

Se oyó un gruñido de aprobación.

Scaramanga se extendió en una larga disertación que sólo tenía interés superficial para Bond. En cualquier caso, Félix Leiter lo recogería todo en la cinta de la grabadora que tenía oculta en su archivador.

Ese aspecto había tranquilizado a Bond. El pulcro norteamericano, le había explicado Leiter, facilitándole los detalles esenciales, era en realidad un tal señor Nick Nicholson, de la CIA, cuyo interés particular se centraba en el señor Hendriks, quien, como Bond había sospechado, era un jefazo de la KGB. Esa organización favorecía el control indirecto: un hombre en Ginebra, que era el Director Residente para Italia, por ejemplo, y el señor Hendriks en La Haya, que era el Director Residente para el Caribe y estaba a cargo del centro de la organización en La Habana.

Leiter estaba trabajando aún para Pinkerton’s, pero también pertenecía a la reserva de la CIA, que le había enviado en especial a esa misión por su conocimiento de Jamaica, obtenido en el pasado, sobre todo junto a James Bond. Su trabajo consistía en lograr el fracaso del Grupo y averiguar qué tramaban. Todos ellos eran criminales famosos y normalmente habrían estado bajo la jurisdicción del FBI, pero Gengerella era un *Capo mafioso* y ésa era la primera ocasión en que se había detectado una asociación de la Mafia con la KGB, una sociedad de lo más inquietante que debía ser disuelta rápidamente a cualquier precio, incluso por eliminación física, si era necesario. Nick Nicholson (alias Stanley Jones) era experto en electrónica. Él había conectado el cable principal con el dispositivo de grabación de Scaramanga bajo el suelo de la sala de control central y había desviado un cable de micrófono hasta su propia grabadora en el interior del archivador. Así pues, Bond no tenía que preocuparse. Estaba escuchando para satisfacer su propia curiosidad y para estar al corriente de los detalles de cuanto se respirara más tarde en el vestíbulo, lejos del alcance del teléfono intervenido que estaba sobre la mesa de reuniones. Bond había explicado su presencia allí y Leiter había emitido un largo y suave silbido de respetuosa comprensión. Bond estaba de acuerdo en mantenerse apartado de los otros dos hombres y remar su propia barca, pero acordaron un punto de encuentro y un buzón de urgencia en el lavabo de hombres, aún sin acabar y *fuera de servicio*, del vestíbulo. Nicholson le proporcionó una llave maestra para acceder a aquel lugar y al resto de las habitaciones. Después tuvo que apresurarse para llegar a la reunión. Encontrar esos refuerzos inesperados tranquilizó a James Bond sobremanera. Había trabajado con Leiter en algunas de sus misiones más peligrosas, y nadie había como él cuando se presentaba un punto crítico. Aunque Leiter sólo disponía de un garfio de acero en lugar de brazo derecho —recuerdo de una de sus misiones[4]—, era uno de los mejores tiradores mancos y zurdos de Estados Unidos, y el garfio en sí mismo podía ser un arma devastadora en la lucha cuerpo a cuerpo.

Scaramanga había finalizado su exposición.

—Así que el resultado neto de todo ello, señores, es que necesitamos encontrar otros diez millones de dólares. Los intereses que represento, que son los intereses de la mayoría, sugieren que esta suma se facilite mediante emisión de pagarés, a un interés del diez por ciento y repagables a diez años, y teniendo dicha emisión prioridad sobre el resto de préstamos que…

La voz de Rotkopf le interrumpió airadamente:

—¡Y un cuerno! ¡En absoluto, caballero! ¿Qué hay de la segunda hipoteca al siete por ciento puesta sobre mí y mis amigos hace sólo un año? ¿Qué piensa que me encontraré si regreso a Las Vegas con esta clase de discurso? El clásico ¡ahora!, y en esto estoy siendo optimista.

—Los pobres no escogen, Ruby. O lo tomas o lo dejas. El resto de muchachos, ¿qué opináis?

—Un diez por ciento en un primer momento es un buen negocio —dijo Hendriks —. Mis amigos y yo tomamos un millón de dólares. Bien entendido, por supuesto, que las condiciones de la emisión son…, ¿cómo diría yo?, más sólidas y menos susceptibles de error que la segunda hipoteca del señor Rotkopf y sus amigos.

—Por supuesto. Y mis amigos y yo también asumimos un millón. ¿Sam?

—Vale…, vale —dijo Binion a regañadientes—, contad con lo mismo por nuestra parte. Pero, ¡caramba!, ésta tiene que ser la última mano.

—¿Señor Gengerella?

—Parece una buena apuesta. Tomaré el resto.

Las voces de Garfinkel y Paradise interrumpieron excitadas, con Garfinkel a la cabeza.

—¡De eso nada! Yo asumo un millón.

—¡Y yo otro! —gritó Paradise—. Cortad el pastel a partes iguales. Pero, ¡maldita sea!, seamos justos con Ruby. Tienes derecho a elegir, Ruby. ¿Cuánto quieres? Elige en primer lugar.

—No quiero un maldito centavo de vuestros billetes falsos.

Tan pronto como regrese, contrataré a los mejores malditos abogados de Estados Unidos, a todos ellos. ¡Si os creéis que podéis barrer una hipoteca con sólo decirlo, estáis todos equivocados!

Se hizo el silencio. La voz de Scaramanga sonó suave y mortal.

—Estás cometiendo un grave error, Ruby. Tú mismo has conseguido una bonita y pingüe reducción de impuestos para contrarrestar tus intereses en Las Vegas. Y no olvides que cuando creamos este Grupo, todos prestamos un juramento: ninguno de nosotros operaría jamás contra los intereses del resto. ¿Es ésta tu última palabra?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Te ayudaría esto a cambiar de idea? En Cuba tienen un eslogan para ello: *¡Rápido! ¡Seguro! ¡Económico!*[5] Así es cómo funciona el sistema.

El grito de terror y la explosión fueron simultáneos. Una silla crujió y cayó al suelo. Después de un momento de silencio, alguien tosió con nerviosismo.

—Creo que ésta —dijo Gengerella con calma— era la solución más adecuada para un embarazoso conflicto de intereses. A los amigos de Ruby en Las Vegas les gusta la vida tranquila. Dudo siquiera que lo lamenten. Es mejor ser el propietario de unos buenos billetes vivo, que el poseedor de una segunda hipoteca muerto. Asígnales un millón, *Pistola*. Creo que has actuado con rapidez y rectitud. Pero, ahora, ¿cómo limpiarás todo esto?

—Muy fácil. —La voz de Scaramanga sonaba relajada y feliz—. Ruby nos ha dejado para regresar a Las Vegas, y nadie ha vuelto a saber de él. No sabemos nada. Tengo unos cocodrilos hambrientos ahí abajo, en el río. Ellos serán su transporte gratuito adonde va… y de su equipaje, si es de piel de calidad. Necesitaré ayuda esta noche. ¿Qué tal tú, Sam? ¿Y tú, Louie?

—Déjame fuera de esto, *Pistola* —suplicó la voz de Paradise—. Soy un buen católico.

—Yo ocuparé su lugar —dijo Hendriks—. No soy religioso.

—Me parece bien. Compañeros, ¿algún otro tema? De no ser así, levantaremos la reunión y tomaremos una copa.

Sólo Hal Garfinkel señaló con nerviosismo:

—Un momento, *Pistola*. ¿Qué ocurrirá con el muchacho de ahí fuera? ¿Ese tipo inglés? ¿Qué dirá de la explosión y de todo lo demás?

La risa entre dientes de Scaramanga sonó como el chillido seco de un dragón.

—No marees tu cabecita con ese inglés, Hal. Nos encargaremos de él cuando acabe el fin de semana. Lo recogí en un burdel de un pueblo cercano, un lugar donde voy a buscar la hierba y mujeres. Aquí sólo hay personal contratado temporalmente para hacer que vosotros, muchachos, lo paséis bien durante este fin de semana, y él es el más temporal de todos. Esos cocodrilos tienen buen apetito. Ruby será el primer plato, pero necesitarán un postre, así que dejádmelo a mí. Por lo que sé, podría tratarse de ese tal James Bond de quien nos ha hablado el señor Hendriks, y debería preocuparme. No me gustan los ingleses. Como dijo un buen yanqui en una ocasión: «Por cada británico que muere, hay una canción en mi corazón». ¿Recordáis al tipo que lo dijo? Fue durante la guerra de Israel contra los ingleses. Yo suscribo ese punto de vista. Son unos bastardos presumidos, unos estirados. Cuando llegue el momento, le sacaré el relleno a ése. Dejádmelo a mí… O mejor, digamos, dejádselo a ésta.

Bond esbozó una ligera sonrisa. Se imaginó a Scaramanga sacando la pistola de oro y haciéndola girar en su dedo, para volverla de nuevo a la cintura de su pantalón. Se levantó y apartó la silla de la puerta. Se echó champán en la copa, que le había resultado de tanta utilidad, y se apoyó contra la barra, haciendo ver que estudiaba el último folleto de la Oficina de Turismo de Jamaica.

La llave maestra de Scaramanga sonó en la cerradura. Éste miró a Bond desde el umbral y se pasó un dedo por el pequeño bigote.

—Muy bien, chico. Creo que ya está bien de beber champán por cuenta de la casa. Esfúmate y ve a comunicar al director que el señor Ruby Rotkopf se irá de aquí esta noche. Ya arreglaré los detalles. Dile que durante la reunión se ha quemado un fusible y que voy a sellar esta habitación y a averiguar por qué tenemos tan mala mano de obra. ¿De acuerdo? Que sirvan unas copas y la cena, y haz venir a las bailarinas, ¿te ha quedado claro?

James Bond asintió. Se tambaleó levemente, dirigiéndose hacia la puerta del vestíbulo. Abrió y salió. Salvo error u omisión, como dicen los folletos financieros, pensaba que, en efecto, ahora «lo tenía claro». Y se trataba de una copia en blanco y negro, sin borrones, excepcionalmente clara.

# 10

## Lengüetazos en el ombligo, etc.

En la oficina trasera, James Bond repasó rápidamente los aspectos más interesantes de la reunión. Nick Nicholson y Félix Leiter estuvieron de acuerdo en que había suficiente en la cinta, apoyado con la declaración de Bond, para enviar a Scaramanga a la silla eléctrica. Por la noche, uno de ellos fisgonearía mientras estuvieran deshaciéndose del cuerpo de Rotkopf e intentaría conseguir pruebas suficientes para acusar de cómplices a Garfinkel y, mejor aún, a Hendriks. Pero no les gustaba en absoluto la perspectiva que James Bond tenía ante sí.

—A partir de ahora —le ordenó Félix— no te muevas en absoluto sin ese viejo ecualizador tuyo. No queremos tener que leer otra vez una necrológica tuya en *The Times*. Toda esa mierda sobre el gran tipo que eres casi me hizo vomitar cuando lo vi en nuestros diarios. Me faltó poco para enviar una maldita carta al *Trib*, diciéndoles que pusieran en orden la información de sus archivos.

Bond se echó a reír a carcajadas.

—Eres un buen amigo, Félix… —dijo—, ¡Cuando pienso en la cantidad de problemas de los que me has sacado todos estos años…!

Se dirigió a su habitación, se tomó dos tragos de *bourbon* y se dio una ducha fría. Se tumbó boca arriba en la cama hasta que fueron las 8:30, hora de la cena. El menú era menos pesado que el del almuerzo. Todos parecían satisfechos de cómo habían transcurrido los asuntos del día, y, excepto Scaramanga y Hendriks, habían tomado ya muchas copas. Durante la cena, Bond se encontró con que era excluido de las charlas, las miradas evitaban la suya y respondían con monosílabos a sus intentos de conversación. Él era una mala noticia: el jefe le había dado el pasaporte y, obviamente, no valía la pena hacerse amigo suyo.

La cena —la convencional cena lujosa de un crucero— era tan fácil de predecir como suelen serlo esas cosas. Los camareros les sirvieron el salmón ahumado con un dedal de pequeñas huevas negras de caviar, filetes de un pescado local de nombre impronunciable (con toda probabilidad, pez seda), acompañado de una salsa cremosa, una *poulet suprime* (un pollo mal asado acompañado de una salsa espesa) y la *bombe surprise*. Y mientras la cena discurría perezosamente, el comedor fue transformándose en una selva tropical con la ayuda de unas plantas en tiestos, montones de naranjas y cocos, y algún tallo de plátanos: era el decorado para la banda de calipso, que, ataviados sus componentes con camisas de color rojo vino con volantes, hizo su aparición en el momento adecuado y empezó a interpretar *Linstead Market* a un volumen demasiado fuerte. La canción tocó a su fin. Después salió una bailarina con un tocado que simulaba una falsa piña. La chica era aceptable, pero

llevaba demasiada ropa encima, y cuando empezó a cantar *Lengüetazos en el ombligo,* lo hizo con las palabras más decentes. Bond vio cómo ante él se extendía una velada típica de «crucero». Decidió que era o demasiado viejo o demasiado joven para la peor tortura de todas: el aburrimiento. Así pues, se levantó y se dirigió a la cabecera de la mesa.

—Tengo dolor de cabeza —dijo a Scaramanga—. Me voy a la cama.

Scaramanga le dirigió una mirada con los ojos entornados, como los párpados de un lagarto.

—No —replicó—; si se te antoja que la noche no está siendo divertida, haz que mejore. Para eso se te paga. Actúas como si conocieras Jamaica; pues muy bien, saca a esta gente de la somnolencia.

Hacía muchos años que James Bond no aceptaba un reto. Sintió todos los ojos del Grupo clavados en él. La bebida que había tomado le ayudó a comportarse con descuido, quizás queriendo darse importancia, como el hombre que en una fiesta insiste en tocar los tambores. De manera estúpida, quiso afirmar su personalidad delante de aquel manojo de gorilas que lo consideraban insignificante. No se detuvo a pensar que ésa era una mala estrategia, que estaría más cómodo si continuaba siendo el inútil inglés.

—Muy bien, señor Scaramanga. Deme un billete de cien dólares y su pistola.

Scaramanga no se movió, pero miró a Bond sorprendido, con expresión de controlada incertidumbre.

—¡Vamos, *Pistola*! —gritó Louie Paradise con voz ronca—. ¡Tengamos algo de acción! Quizás el tipo puede hacerlo.

Scaramanga buscó en el bolsillo del pantalón, cogió su cartera y con un dedo sacó un billete. A continuación se llevó la mano a la cintura y agarró la pistola. La luz tenue que iluminaba el escenario donde se encontraba la chica brilló sobre el oro. Dejó los dos objetos sobre la mesa, uno junto al otro. James Bond, de espaldas al «cabaret», cogió el arma y la sopesó, dejó caer el percusor hacia atrás y giró el cilindro con un movimiento rápido de sus manos para verificar que estaba cargada. Luego, de repente, se volvió, cayó sobre una rodilla, de tal manera que su objetivo quedara por encima de los músicos, que estaban al fondo, en la sombra, y con el brazo completamente extendido disparó. La explosión resultó ensordecedora en el reducido espacio del comedor. La música enmudeció. Hubo un silencio tenso. Los restos de la falsa piña golpearon con un ruido sordo contra algo en el fondo oscuro. La chica se quedó donde estaba, se llevó las manos al rostro y, lentamente, se plegó hasta el suelo, como un grácil personaje sacado de *El lago de los cisnes*. El maitre salió corriendo de entre las sombras.

Enseguida se reanudó la charla entre los hombres del Grupo. James Bond cogió el billete de cien dólares y se dirigió al círculo de luz. Se inclinó, levantó a la chica por un brazo y empujó el billete hacia el interior del escote mientras le decía:

—Ha sido un buen número el que hemos hecho juntos, querida. No te preocupes, no estabas en peligro, apunté a la mitad superior de la piña. Ahora vete volando y prepárate para el próximo número.

Hizo que se volviera y le dio una palmadita seca en el trasero. Ella lo miró con expresión horrorizada y se escabulló entre las sombras.

Bond se acercó tranquilamente a la banda de música.

—¿Quién está al mando aquí? ¿Quién dirige el *show*?

El guitarrista, un negro alto y flaco, se puso en pie con lentitud. Se veía el blanco de sus ojos y echaba miradas furtivas a la pistola de oro que Bond sostenía en la mano.

—Yo, señor —dijo, indeciso, como si estuviera firmando su propia sentencia de muerte.

—¿Cuál es tu nombre?

—King Tiger, señor.

—Muy bien, King, de acuerdo. Ahora escúchame. Esto no es una cena del Ejército de Salvación. Los amigos del señor Scaramanga quieren acción…, también algo caliente. Haré que os traigan mucho ron para relajar las cosas, y fumad yerba, si queréis. Aquí estamos en privado, nadie os delatará. Y haz que esa bonita chica vuelva, pero sólo con la mitad de la ropa, y dile que se acerque más al público y que cante *Lengüetazos en el ombligo* con mucha claridad y con las palabras guarras. Y, al final del espectáculo, ella y las otras chicas tienen que acabar desnudas. ¿Entendido? Ahora ponte manos a la obra, o la noche se doblará, y cuando acabe no habrá propinas. ¿Vale? Entonces, vamos allá.

Risas nerviosas y susurros exhortaron a King Tiger desde el conjunto de seis instrumentos que lo acompañaban. King Tiger mostró una amplia sonrisa.

—Vale, capitán, señor. Sólo estábamos esperando a que la fiesta se calentara un poco.

Se volvió hacia sus chicos.

—Tocad *Iron Bar*, pero con pasión. Iré a caldear las cosas con Daisy y sus amigas.

Se fue con grandes zancadas por la salida de servicio y la banda estalló redoblando sus esfuerzos.

Bond regresó a la mesa y dejó la pistola delante de Scaramanga, quien le dirigió una larga e inquisitiva mirada. Mientras colocaba la pistola en su cintura, le dijo con tono monótono:

—Hemos de hacer un concurso de tiro un día de estos, caballero. ¿Qué le parece? ¿Veinte pasos y sin heridas?

—Gracias —dijo Bond—, pero mi madre no lo aprobaría. ¿Podría hacer que den ron a los chicos de la banda? Esa gente no puede tocar con el gaznate seco.

Volvió a su asiento y pasó totalmente desapercibido. Los cinco hombres, o mejor los cuatro, porque Hendriks permaneció sentado con actitud impasible toda la noche,

aguzaban sus oídos para captar mejor las obscenas palabras de la versión de *Iron Bar* de Fanny Hill, que la solista cantaba con toda claridad. Cuatro chicas, pequeñas y rollizas, con mucho pecho y sin nada encima, aparte de unas tiras blancas de lentejuelas en forma de G, salieron y avanzaron hacia los espectadores, ante quienes bailaron una magnífica danza del vientre que hizo brotar el sudor de las sienes de Louie Paradise y de Hal Garfinkel. El número acabó en medio de aplausos, y las chicas se alejaron corriendo mientras las luces se apagaban, dejando sólo un punto circular en mitad del escenario.

El batería, en su cajón de calipso, inició un ritmo rápido como un pulso acelerado. La puerta de servicio se abrió y se cerró, y un objeto curioso rodó hasta el círculo de luz. Se trataba de una mano enorme, de casi dos metros en su punto más alto, tapizada con piel de color negro. Estaba medio abierta en la amplia base, con el pulgar y los dedos extendidos como si estuvieran preparados para coger algo. El tambor apresuró su ritmo y la puerta de servicio se abrió de nuevo con un susurro. Una silueta brillante se deslizó por ella y, después de detenerse en la oscuridad, avanzó hasta el haz de luz, contoneándose alrededor de la mano con sacudidas del vientre y de sus miembros. La joven tenía sangre china y su cuerpo, completamente desnudo, que brillaba con el aceite de palma, era casi blanco en contraste con el negro de la mano. Bailaba acariciando con sus manos y sus brazos los dedos estirados. Luego, con movimientos espasmódicos bien interpretados, se subió a la palma de la mano y procedió a realizar lánguidos pero explícitos e ingeniosos actos de pasión con cada uno de los dedos. Toda la escena —la mano negra, brillando ahora con el aceite del cuerpo de la chica, parecía agarrar el cuerpo blanco que se retorcía entre sus dedos— era de una increíble obscenidad, y Bond, también él estimulado, observó que incluso Scaramanga miraba fijamente, con los ojos convertidos en dos estrechas rajas. El tambor había empezado a preparar ya su *crescendo*. La chica, con éxtasis bien simulado, montó en el pulgar y terminó lentamente sobre él, y por fin, con una última sacudida de su trasero, se deslizó por el pulgar y se desvaneció hacia la salida. El número había terminado. Se encendieron las luces y todos, incluidos los chicos de la banda, aplaudieron con fuerza. Los hombres salieron de su trance animal y Scaramanga dio una palmada para llamar al jefe de la banda. Sacó un billete de su cartera, diciéndole algo inaudible al mismo tiempo. Bond supuso que ¡había elegido a su chica para pasar la noche!

Después de aquella pieza inspirada de mudo crambo sexual, el resto del cabaré fue un anticlímax. Una de las chicas, después de que el jefe del conjunto le hubiera rasgado con un machete las tiras en forma de G, se retorció pasando por debajo de una estaca de bambú que se encontraba en equilibrio a medio metro del suelo, sobre dos botellas de cerveza. La primera chica, que había actuado como piña inconsciente en el número de Guillermo Tell de Bond, salió de nuevo y combinó un aceptable *striptease* con una versión de *Lengüetazos en el vientre* que hizo que el público aguzara otra vez sus oídos. Y luego, todas las chicas del equipo, excepto la belleza

china, se acercaron a los espectadores y los invitaron a bailar. Scaramanga y Hendriks rehusaron con la debida cortesía. Bond sostuvo las copas de champán a las dos chicas que quedaban y se enteró de que se llamaban Mabel y Perla. Mientras, las otras cuatro mujeres se doblaban prácticamente por la mitad bajo los abrazos de oso de los cuatro *gangsters* sudorosos. Intentaban torpemente bailar el cha-cha-cha por la sala, al ritmo de la bulliciosa música que tocaban los chicos de la banda, ya medio borrachos. El climax de lo que se podía calificar sin lugar a dudas como orgía estaba a la vista. Bond dijo a sus dos chicas que debía ir al servicio y se escabulló, aprovechando que Scaramanga miraba en otra dirección. Pero cuando se iba notó la mirada de Hendriks, fría como si la película que estaba viendo le resultara indiferente, clavada en él mientras se escapaba.

Cuando Bond llegó a su habitación era medianoche. Habían cerrado las ventanas y el aire acondicionado estaba funcionando. Lo apagó y abrió las ventanas hasta la mitad; luego, con sincero alivio, se dio una ducha y se fue a la cama. De momento se preocupó por haber presumido con la pistola, pero había sido un acto de locura que ya no podía deshacer, así que pronto se quedó dormido. Soñó que tres hombres cubiertos con capas negras arrastraban un bulto informe, bajo la luz de la luna que iluminaba el terreno moteado, en dirección a las aguas oscuras donde se veían brillantes puntos rojos. Los dientes blancos rechinaban y los huesos crujían. Pero después este sonido se diluyó en un ruido persistente, como el que se produce al escarbar, que lo despertó de repente. Miró la esfera luminosa de su reloj. Marcaba las 3:30. El rumor se convirtió en un leve golpecito detrás de las cortinas. Bond abandonó en silencio la cama, cogió la pistola de debajo de la almohada y se deslizó a lo largo de la pared, hasta el filo de las cortinas. Las apartó con un movimiento brusco, y una cabellera dorada brilló bajo la luz de la luna.

—¡Rápido, James! —susurró con urgencia Mary Goodnight—. ¡Ayúdame a entrar!

Bond se maldijo suavemente. ¿Qué demonios significaba aquello? Dejó la pistola sobre la alfombra, tendió las manos hacia ella y prácticamente la arrastró por encima del alféizar. En el último momento, el tacón de su zapato se enganchó en el marco de la ventana y éste se cerró con un estruendo que sonó como el disparo de una pistola. Bond maldijo de nuevo suavemente, pero con fluidez, en voz baja.

—Lo siento muchísimo, James —susurró ella, compungida.

Bond hizo un gesto para que se callara de inmediato. Recogió su pistola y la puso de nuevo bajo la almohada, y guió a Mary a través de la habitación, hasta el baño. Encendió la luz y como precaución, abrió la ducha. Ante el sofocado grito de ella, recordó que estaba desnudo.

—Lo siento, Goodnight.

Alcanzó una toalla, que se enrolló en la cintura, se sentó en el borde de la bañera e indicó con gestos a la chica que se sentara sobre la tapadera del váter.

—¿Qué diablos haces aquí, Mary? —preguntó, con tono fríamente controlado.

La voz de la joven sonó desesperada:

—Tenía que venir. Debía encontrarte como fuera. Supe donde parabas mediante la chica de aquel… espantoso lugar. He dejado el coche entre los árboles, al final de la avenida, y he andado husmeando por ahí. Había luces encendidas en algunas de las habitaciones y he estado escuchando, pero… —Se sonrojó—. Bien, deduje que no podías estar en ninguna de ellas… Y luego vi tu ventana, y de alguna manera supe que tú serías el único capaz de dormir con la ventana abierta. Así que tenía que probar suerte.

—Bien, hemos de sacarte de aquí tan rápido como podamos. De todas formas, ¿cuál es el problema?

—Un mensaje «Muy Urgente» llegó esta tarde por Triple X. Quiero decir, ayer por la tarde. Tenía que transmitirse a cualquier precio. El Cuartel General piensa que estás en La Habana. El mensaje dice que uno de los jefazos de la KGB, que se mueve bajo el nombre de Hendriks, está en la zona y se piensa que va a visitar este hotel. Tienes que mantenerte alejado de él, porque se han enterado por «Una Fuente Delicada Pero Segura». —Bond sonrió ante el viejo eufemismo que se utilizaba para referirse a los códigos descifrados— que entre sus otros asuntos está encontrarte y…, bueno, matarte. Así que sumé dos y dos, y contigo en esta parte de la isla, y teniendo en cuenta las preguntas que me hiciste, supuse que tú debías estar ya sobre su pista, pero pensé que podías caer en una especie de emboscada, quiero decir, al no saber que, mientras tú le perseguías, él iba detrás de ti.

Tendió una mano indecisa, como buscando que la tranquilizara respecto a si había hecho lo correcto. Bond la cogió entre las suyas y se la acarició con gesto distraído, mientras su cabeza daba vueltas a esa nueva complicación.

—Ese hombre está aquí —repuso él—, y también un pistolero llamado Scaramanga. Debes saber, Mary, que Scaramanga ha matado a Ross, en Trinidad.

Ella se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—Informa de ello de mi parte. Si puedo sacarte de aquí, estaré tranquilo. En cuanto a Hendriks, sí, se encuentra en este hotel, pero no me ha identificado con seguridad. ¿Dijo el Cuartel General si tenía mi descripción?

—Te habían descrito sólo como «el notable agente secreto James Bond». Pero esto no pareció significar mucho para Hendriks porque pidió detalles. Esto fue hace dos días, de manera que puede conseguirlos por cable o por teléfono aquí, en cualquier momento. ¿Te das cuenta de por qué he venido, James?

—Sí, por supuesto, gracias, Mary. Ahora debo sacarte por esa misma ventana; luego tú tienes que seguir tu camino. No te preocupes por mí; creo que seré capaz de manejar bien la situación. Además, tengo ayuda. —Le habló acerca de Félix Leiter y Nicholson—. Tan sólo di al Cuartel General que has entregado el mensaje y que estoy aquí. Respecto a los otros dos hombres, el Cuartel General puede conseguir los datos de la CIA, directamente en Washington. ¿De acuerdo?

Se puso en pie. Ella se levantó también y lo miró.

—Pero, ¿irás con cuidado?

—Claro, claro. —Le acarició el hombro con gesto tranquilizador. Cerró la ducha, abrió la puerta del cuarto de baño y susurró—: Ahora, vamos. Recemos para tener suerte.

Una voz sedosa sonó en la oscuridad, al pie de la cama.

—Vaya, vaya…, el Santo Espíritu no juega hoy a tu favor, caballero. Un paso adelante los dos y con las manos detrás de la cabeza.

# 17

## Válvula de retención y otras averías

Scaramanga caminó hasta la puerta y encendió las luces. Estaba desnudo, sólo con los calzoncillos y la pistolera colocada bajo su brazo izquierdo. La pistola de oro permaneció apuntando a Bond todo el tiempo, mientras él se movía por la habitación.

Bond lo miró, incrédulo; luego trasladó la mirada a la alfombra, a la altura de la puerta. Las cuñas estaban aún allí, intactas. Indudablemente no había entrado por la ventana sin ayuda. Pero, entonces, vio que su armario ropero estaba abierto y que la luz penetraba en la habitación de al lado. Se trataba de una puerta secreta, de la máxima sencillez: todo el fondo del armario era una puerta, imposible de detectar desde el lado de Bond, y, al otro lado, era probable que tan sólo tuviera la apariencia de una puerta de comunicación cerrada.

Scaramanga regresó al centro de la habitación y se quedó mirándolos. Su boca y sus ojos mostraban una expresión burlona.

—No he visto a este bombón entre las chicas —comentó—. ¿Dónde la guardabas, colega? Y ¿por qué tienes que esconderla en el baño? ¿Te gusta hacerlo bajo la ducha?

—Estamos prometidos para casarnos —contestó Bond—. Ella trabaja en la Oficina del Alto Comisionado Británico en Kingston, como administrativa, y averiguó dónde me alojaba en el burdel donde usted y yo nos conocimos. Su nombre es Mary Goodnight. Ha venido a avisarme de que mi madre está ingresada en el hospital, en Londres, por una mala caída. ¿Qué hay de malo en todo esto? ¿Y qué significa irrumpir así en mi habitación en medio de la noche, blandiendo una pistola? Y, además, guárdese amablemente su sucia lengua para usted.

Bond estaba encantado con su fanfarronería y decidió dar el paso siguiente hacia la libertad de Mary Goodnight. Bajó las manos y se volvió hacia la joven.

—Baja las manos, Mary. El señor Scaramanga debe de haber pensado que había ladrones por aquí al oír el golpe de la ventana. Ahora me pondré algo de ropa y te acompañaré hasta el coche… Tienes un largo camino de vuelta hasta Kingston. ¿Seguro que no preferirías quedarte aquí por esta noche? Estoy convencido de que el señor Scaramanga nos encontraría una habitación libre. —Se volvió hacia Scaramanga—. Claro está, señor Scaramanga, que pagaré por la habitación.

Mary Goodnight le interrumpió. Había bajado ya las manos. Cogió su pequeño bolso de encima de la cama, donde lo había dejado, lo abrió y empezó a ocuparse de su cabello con ademanes nerviosos, muy femeninos. Al mismo tiempo inició un

parloteo que combinaba a la perfección con la elegante escena de «hete aquí mi masculinidad» de estilo muy británico que Bond acababa de interpretar.

—No, de verdad, querido. Creo que es mejor que me vaya. Tendría un grave problema si llegara tarde a la oficina. Además, el primer ministro, *sir* Alexander Bustamante, ¿sabes?, celebra mañana su ochenta cumpleaños. Pues bien, va a venir a comer, y ya sabes que Su Excelencia siempre quiere que arregle yo las flores y prepare las tarjetas de colocación de los comensales en la mesa. —Se volvió encantadora hacia Scaramanga—. De hecho, será un día muy especial para mí, porque en la fiesta iban a ser trece, así que Su Excelencia me pidió que yo fuera la número catorce. ¿No es maravilloso? Pero sólo Dios sabe qué voy a parecer después de esta noche. Las carreteras son terribles de verdad, en algunas zonas, ¿no es cierto… señor… Scramble? Pero, ahí está. Y de veras que lamento causarle todas estas molestias y sacarle de su primer sueño.

Se dirigió hacia él como lo haría la Reina Madre abriendo un bazar, con su mano tendida.

—Y ahora, regrese de nuevo corriendo a la cama, y mi prometido. —(¡Gracias a Dios no había dicho James! ¡La chica estaba inspirada!)— me acompañará a salvo fuera del edificio. Adiós, señor…

James Bond estaba orgulloso de ella. Su interpretación pertenecía casi al más puro estilo Joyce Grenfell. Pero Scaramanga no iba a dejarse embaucar por palabras falsas, ni por el inglés, ni por cualquier otra cosa. La joven casi cubría el cuerpo de Bond. Scaramanga se movió rápidamente a un lado.

—Espera, damisela —dijo—. Y tú, caballero, quédate donde estás.

Mary Goodnight dejó caer su mano y observó a Scaramanga con mirada inquisitiva, como si acabara de rechazar los emparedados de pepino. ¡Vaya con aquellos norteamericanos! El *Pistola de Oro* no estaba para charlas de cortesía. El arma seguía firmemente sujeta entre ellos dos.

—De acuerdo —dijo Scaramanga a Bond—. Sácala de nuevo por la ventana; luego tengo algo que decirte. —Agitó su pistola en dirección a la muchacha—. Muy bien, bombón, empieza a pasar. Y no vuelvas a entrar sin permiso en tierras de otros, ¿vale? Y puedes decirle a Su Fastidiosa Excelencia dónde tiene que meterse sus tarjetas de colocación. Sus órdenes no afectan al Thunderbird, las mías sí lo hacen, ¿te ha quedado claro? Vigila, no te rompas el corsé al salir por la ventana.

—Muy bien, señor —contestó Mary Goodnight con tono glacial—. Entregaré su mensaje, y estoy segura de que el Alto Comisionado tomará más cuidadosa nota de cuanto la ha tomado hasta ahora de su presencia en esta isla. Y el gobierno jamaicano, también.

Bond tendió la mano y cogió a Mary por el brazo, viendo que ella estaba a punto de sobreinterpretar su papel.

—Vamos, Mary, te ayudaré. Y, por favor, di a mamá que habré terminado aquí en un día o dos y que le telefonearé desde Kingston.

Guió a la joven hasta la ventana y la ayudó a salir, o mejor, la empujó con apresuramiento a través de la ventana. Vio como ella se despedía agitando la mano y cruzaba el césped a la carrera. Bond se apartó de la ventana con considerable alivio: llegados a ese punto, ya no esperaba que el fatal lío se solucionara sin más lamentaciones.

Se acercó a la cama y se sentó sobre la almohada. Le tranquilizaba sentir el rígido contorno de su pistola bajo los muslos. Miró a Scaramanga. El hombre había metido el arma en la pistolera y se apoyaba contra el guardarropa. Se pasó un dedo por la línea negra de su bigote, reflexionando.

—La Oficina del Alto Comisionado… —dijo— también alberga al representante local de tu famoso Servicio Secreto británico. ¿Supongo, Hazard, que tu nombre real no será James Bond? Nos has hecho una perfecta demostración de velocidad con la pistola, esta noche, y creo haber leído en algún sitio que ese tipo, Bond, presume con las armas. También tengo información inequívoca de que ese hombre se encuentra en algún lugar del Caribe y que va tras de mí. Curiosa coincidencia, ¿no?

Bond se echó a reír con despreocupación.

—Creía que el Servicio Secreto había liado el petate cuando acabó la guerra. De todas maneras, me temo que no puedo cambiar mi identidad porque a usted le convenga. Llame mañana, a primera hora, a Frome, pregunte por el señor Tony Hugill, el jefe allí, y comprobará mi historia. Además, ¿puede explicarme cómo ese tipo, Bond, iba a seguirle hasta un burdel en Sav' La Mar? Y de todas formas, ¿qué quiere de usted?

Scaramanga le contempló en silencio durante un momento. Luego dijo:

—Supongo que debe estar buscando una lección de tiro, y me encantará complacerle. Pero tienes razón en lo del tres y medio de Love Lane. Eso es lo que pensé cuando te contraté, pero la coincidencia no tiene esa magnitud. Claro que tal vez debería haberlo pensado mejor. Desde un principio dije que olías a poli. La chica puede ser tu prometida, y puede no serlo, pero esa artimaña de la ducha es un viejo truco de *gangsters*. Y, probablemente, también del Servicio Secreto, excepto, claro está, que estuvieras tirándotela.

Bond arqueó una ceja.

—Y lo estaba. ¿Hay algo malo en ello? ¿Qué ha estado usted haciendo con la joven china? ¿Jugando al mahjongg[6]?

Bond se levantó y en su rostro apareció una expresión de impaciencia y de ultraje, a partes iguales.

—Y ahora, óigame bien, señor Scaramanga. Ya he tenido suficiente. ¡Deje de amenazarme! Va por ahí agitando esa condenada pistola suya y actuando como si fuera Dios Todopoderoso, e insinuando un montón de tonterías acerca del Servicio Secreto. ¡Y usted espera que yo me arrodille y le lama las botas! Pues bien, amigo mío, ha venido a la dirección equivocada, y si no está satisfecho con el trabajo que hago, deme los mil dólares y seguiré mi camino.

Scaramanga esbozó una sonrisa que dibujó una mueca cruel en su rostro.

—Te darás cuenta de ello más pronto de lo que crees. —Se encogió de hombros —. Esta bien, pero recuerda esto, caballero: si resulta que no eres quien dices ser, te haré pedazos. ¿Me has oído? Y empezaré por los pequeños y seguiré con los más grandes, para que así te parezca una eternidad, ¿de acuerdo? Ahora es mejor que te acuestes… Tengo una reunión con el señor Hendriks a las diez, en la sala de reuniones, y no quiero que nadie nos moleste. Después de eso, todo el grupo saldrá de excursión en el ferrocarril del que te hablé, y tu trabajo será controlar que todo esté en orden. En primer lugar habla con el director, ¿vale? De acuerdo, pues.

Scaramanga entró en el ropero, sin molestarse en apartar el traje de Bond que estaba colgado, y desapareció. Se escuchó el tajante sonido de la puerta al cerrarse, en la habitación contigua. Bond se puso en pie y, con una exclamación —«¡Caramba!»— en voz bien alta, se metió en la ducha para limpiar las dos últimas horas bajo el agua.

Se despertó a las seis y media, por virtud de ese curioso despertador extrasensorial que algunas personas tienen en la cabeza, que siempre parece avisarles a la hora exacta. Se puso el bañador y salió en dirección a la playa a hacer sus largos, una vez más. A las siete y cuarto regresó a la orilla cuando vio que Scaramanga salía del ala oeste, seguido por el chico que le llevaba la toalla. Esperó a oír el sordo ruido de la cama elástica y entonces, manteniéndose bien apartado de la vista, volvió al hotel por la entrada principal y se dirigió con rapidez a su habitación. Escuchó por la ventana para asegurarse de que el hombre seguía haciendo sus ejercicios y luego cogió la llave maestra que le había dado Nick Nicholson. Se deslizó por el pasillo hasta la habitación número 20 y entró apresuradamente, cerrando la puerta con el pestillo. Sí, allí estaba su objetivo, descansando sobre el tocador. Cruzó la habitación con pasos largos, cogió la pistola, y del cilindro sacó la bala que se dispararía al apretar el gatillo. Dejó la pistola como la había encontrado, regresó a la puerta y prestó atención a cualquier tipo de ruido. Entonces salió y cruzó el pasillo para regresar a su habitación. Volvió a acercarse a la ventana y escuchó. Sí, Scaramanga aún seguía con los ejercicios. El que acababa de ejecutar Bond era un truco *amateur*, pero le daría una ventaja de una fracción de segundo que —lo sentía en sus huesos— sería la diferencia entre la vida o la muerte para él en las próximas veinticuatro horas. En su cabeza percibía esa ligera nube de humo que indicaba que su tapadera empezaba a consumirse poco a poco. En cualquier momento, Mark Hazard, de la Transworld Consortium, ardería en llamas, como una tosca efigie en la noche de Guy Fawkes, y James Bond quedaría al descubierto, sin nada entre él y la potencia de los otros seis pistoleros, aparte de su propia rapidez y la Walther PPK: así que cada granito de ventaja que pudiera poner de su parte sobre el tablero valdría la pena. Impávido ante esas perspectivas, bastante excitado por todo ello en realidad, pidió un gran desayuno, que saboreó con placer. Cuando hubo acabado, sacó la clavija de conexión de la válvula de retención de su inodoro y se dirigió a la oficina del director.

Félix Leiter, que estaba a cargo de la recepción en aquel momento, le dirigió una sutil sonrisa de director de hotel.

—Buenos días, señor Hazard —le dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

Los ojos de Leiter miraban por encima de Bond, más allá de su hombro derecho. Hendriks se materializó junto al mostrador antes de que Bond pudiera responder.

—Buenos días —le saludó Bond.

Hendriks le respondió con su ligera y germánica inclinación de cabeza.

—La operadora —dijo a Leiter— me ha avisado de que tengo una conferencia, de mi oficina en La Habana. ¿Cuál es el lugar más privado donde puedo atender la llamada, por favor?

—¿En su dormitorio no, señor?

—No es lo bastante privado.

Bond supuso que también él había descubierto el micrófono oculto en el teléfono.

Leiter, con actitud solícita, salió de detrás del mostrador.

—Justo ahí, señor —dijo, señalándole el teléfono del vestíbulo—. La cabina está insonorizada.

Hendriks lo miró con aspereza.

—Y el aparato, ¿también está insonorizado?

Leiter se mostró cortésmente perplejo.

—Me temo que no le comprendo, señor. El aparato tiene conexión directa con la centralita.

—No importa. Acompáñeme, por favor.

Hendriks siguió a Leiter hasta el rincón más alejado del vestíbulo y éste le indicó que pasara dentro de la cabina. Hendriks cerró cuidadosamente la puerta acolchada, levantó el auricular y empezó a hablar. Luego se detuvo, esperando que Leiter regresara a su sitio.

Éste cruzó el vestíbulo de mármol y se dirigió con deferencia a Bond.

—¿Me decía, señor?

—Algo le pasa al inodoro de mi dormitorio, la válvula no funciona. ¿Hay algún otro sitio que pueda utilizar?

—Lamento las molestias, señor. Haré que el personal de mantenimiento lo revise enseguida. Por supuesto, tenemos el lavabo del vestíbulo. Aún no se ha completado la decoración y no se halla en servicio, pero está en perfecto buen funcionamiento. —Bajó la voz—. Y también hay una puerta que comunica con mi oficina. Dame diez minutos mientras rebobino la cinta para ver qué está diciendo ese hijo de puta. Escuché cuando entraba la llamada y no me gustó cómo sonaba. Tal vez te traiga problemas. —Le hizo una ligera seña, indicándole la mesa central con revistas—. Si toma asiento un instante, señor, enseguida me ocupo de usted.

Bond inclinó la cabeza a su vez, expresando su conformidad, y giró sobre sus talones. Hendriks seguía hablando en la cabina, con la mirada clavada en Bond, observándole con terrible intensidad. Bond sintió que la piel se le encogía en la base

del estómago. ¡Aquélla era la llamada que estaba esperando! Se sentó y cogió un viejo *Wall Street Journal*. Arrancó furtivamente un pedazo nuy pequeño del centro de la primera página —aunque podía haberlo arrancado del doblez— y sostuvo el diario abierto por la segunda página, observando a Hendriks a través del agujero.

Hendriks, que miraba con intensidad la contraportada del diario, hablaba y escuchaba. De pronto soltó el auricular y salió de la cabina. Su rostro brillaba de sudor. Sacó un pañuelo limpio y se lo pasó por el rostro y el cuello, mientras avanzaba por el corredor a paso ligero.

Nick Nicholson, pulcro como una patena, cruzó el vestíbulo y, con una sonrisa atenta y una inclinación de cabeza en dirección a Bond, ocupó su lugar tras el mostrador. Eran las 8:30. Cinco minutos después, Félix Leiter salió del despacho, dijo algo a Nicholson y se acercó a Bond.

—Y ahora —dijo, pálido como la nieve— si quiere seguirme, señor.

Le precedió a través del vestíbulo y abrió con llave la puerta del servicio de caballeros. Siguió a Bond al interior y cerró la puerta con llave. Permanecieron entre los útiles de carpintería que había junto a los lavabos.

—Creo que ya está, James —dijo Leiter con mucha tensión en la voz—. Hablaban en ruso, pero tu nombre y tu número afloraban una y otra vez. Lo mejor será que salgas de aquí lo más deprisa que ese viejo armatoste tuyo pueda llevarte.

Bond esbozó una ligera sonrisa.

—Hombre prevenido vale por dos, Félix. Me imagino que Hendriks tiene que liquidarme. Nuestro viejo amigo en la central de la KGB, Semichastny, lo ha enviado contra mí, ya te diré el porqué un día de éstos.

Luego explicó a Leiter el episodio sucedido con Mary Goodnight unas horas antes. Leiter escuchaba con aire de pesimismo mientras Bond hablaba.

—Así que no tengo necesidad de huir ahora. Oiremos toda la información (y tal vez también sus planes para mí) en esa reunión de las diez. Y cuando hayan acabado, saldrán de excursión. Personalmente, creo que el concurso de tiro tendrá lugar en algún lugar del campo, donde no haya testigos. Ahora bien, si tú y Nick ideáis algo que dé al traste con los actos organizados por el Comité de Despedida, yo me responsabilizaré del lanzamiento.

Leiter se quedó pensativo y una nube pareció alzarse de su rostro cuando dijo:

—Conozco los planes para esta tarde. Una salida en ese tren en miniatura a través de las plantaciones de caña, la merienda en el campo y luego una excursión en el barco que sale de la bahía de Green Island, para hacer pesca submarina y todo lo demás. He hecho un reconocimiento de toda la ruta. —Se llevó el pulgar de la mano izquierda al extremo del garfio de acero mientras meditaba—. Ssssí. Eso supondrá un poco de acción rápida, y necesitaremos un montón de suerte. Tendré que ser endemoniadamente rápido para que me dé tiempo de llegar a Frome, recoger el material que nos facilite tu amigo Hugill y regresar. ¿Crees que nos prestará algo de equipo si voy con tu autorización? De acuerdo entonces. Entra en mi despacho y

escríbele una nota. Sólo hay media hora en coche. Nick se hará cargo de la recepción durante ese tiempo. Rápido.

Abrió la puerta lateral y entró en el despacho. Hizo señas a Bond para que le siguiera y cerrara la puerta tras de sí. Bond dirigió la nota que Leiter le dictaba al director de las propiedades azucareras WISCO. Luego salió y se dirigió a su habitación. Se tomó un buen trago de *bourbon* sin hielo y se sentó en el borde de la cama. Tenía la mirada perdida, vagando más allá del césped, en dirección al horizonte sobre el mar. De vez en cuando, su mano derecha se contraía de manera involuntaria, como le sucede a un sabueso que caza conejos en sueños, o a los espectadores de un encuentro de atletismo, que levantan la pierna ayudando al saltador de altura a superar el listón. Con su ojo mental, y en una diversidad de circunstancias imaginables, su mano buscaba la culata de la pistola.

El tiempo iba pasando y James Bond continuaba allí sentado. De vez en cuando encendía un Royal Blend que fumaba a medias para aplastarlo después con gesto distraído en el cenicero de la mesilla de noche. Ningún observador hubiera imaginado lo que Bond pensaba en esos momentos, o la intensidad de su concentración. Aunque daba señales de tensión —el pulso de su sien izquierda latía a un ritmo un poco más acelerado y tenía los labios ligeramente fruncidos—, sus ojos azul grisáceo, fijos en la nada con expresión meditabunda, estaban relajados, casi somnolientos. Era imposible adivinar que James Bond estaba contemplando la probabilidad de su propia muerte, más tarde durante ese día. Sentía las balas de punta flexible penetrando en su cuerpo y se veía a sí mismo retorciéndose por el suelo mientras gritaba. Desde luego, ésos eran una parte de sus pensamientos, pero la mano derecha contrayéndose evidenciaba que, a pesar del zumbido de la película que pasaba por su mente, el fuego enemigo no iba a quedar sin respuesta, quizás incluso sería anticipado.

James Bond lanzó un profundo y relajado suspiro. Sus ojos fijaron de nuevo la mirada. Miró el reloj, que marcaba las 9:50. Se levantó, se frotó con ambas manos el delgado rostro y salió al pasillo para dirigirse a la sala de reuniones.

# 1F 2F

## Con una venda en los ojos

El plan era el mismo que el del día anterior. La literatura de viajes se encontraba sobre la barra del bar, donde Bond la había dejado. Entró en la sala de reuniones, que ya había sido limpiada, aunque sólo superficialmente. Era probable que Scaramanga hubiese dado órdenes de que no entrara nadie del personal. Las sillas estaban más o menos bien colocadas, pero los ceniceros no habían sido vaciados. A pesar de que no había manchas de sangre en la alfombra, ésta no mostraba signos de haber sido lavada. Habría sido un único disparo en el corazón, y las balas de punta explosiva de Scaramanga producían un daño interno devastador, pero los fragmentos permanecían en el cuerpo sin ocasionar hemorragia exterior. Bond rodeó la mesa, colocando ostensiblemente las sillas con más precisión, e identificó la que Ruby Rotkopf debió ocupar en el lado opuesto a Scaramanga, porque tenía una pata rota. Con actitud disciplinada, examinó las ventanas y miró detrás de las cortinas, realizando su trabajo a conciencia. Scaramanga entró en la sala, seguido de Hendriks.

—Muy bien, Hazard —dijo con un tono áspero—, cierra las dos puertas, como ayer. No tiene que entrar nadie, ¿de acuerdo?

—Sí. —Al pasar junto a Hendriks, Bond le saludó alegremente—. Buenos días, señor Hendriks. ¿Se divirtió en la fiesta anoche?

Hendriks le dirigió su habitual inclinación de cabeza con sequedad. Pero no le contestó. Su mirada era pétrea como el mármol.

Bond salió, cerró la puerta con llave y ocupó su posición, con los folletos en una mano y la copa de champán en la otra. De inmediato, Hendriks empezó a hablar, con tono de urgencia, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Señor S., debo comunicarle malas noticias. Esta mañana me han llamado de mi central en La Habana. Lo han confirmado directamente con Moscú. Ese hombre —y debió de hacer un gesto señalando la puerta— es el agente secreto británico, el tal Bond. No hay duda, me han dado su descripción exacta. Cuando fue a nadar esta mañana, aproveché la oportunidad para examinar su cuerpo con unos prismáticos. Se aprecian con toda claridad las heridas de su cuerpo, y la cicatriz a lo largo de la mejilla derecha no deja lugar a dudas. ¡Y el disparo de anoche…! Ese imbécil se sentirá orgulloso de su demostración. ¡Me gustaría ver a un miembro de mi organización comportándose de una manera tan estúpida! Haría que lo liquidaran al instante.

Hubo una pausa. Al tono alterado del hombre, se añadió un matiz algo amenazador. Su objetivo pasó a ser Scaramanga.

—Pero, señor S., ¿cómo ha podido suceder esto? ¿Cómo ha dejado usted que sucediera? Mi central está estupefacta con este error. Ese hombre nos hubiera hecho mucho daño, si no fuese por la vigilancia de mis superiores. Expliqúese, por favor, señor S., porque tengo que realizar un informe completo sobre este asunto. ¿Cómo se encontró con ese hombre? ¿Cómo lo metió incluso en el seno del Grupo? Los detalles, por favor, señor S., todas las explicaciones. Mis superiores mostrarán una aguda crítica ante esta falta de vigilancia frente al enemigo.

Bond oyó el ruido de una cerilla al frotarla contra la cajetilla. En su mente vio a Scaramanga recostado en la silla y fumando según su costumbre. Su voz sonó decidida, sin vacilación.

—Señor Hendriks, aprecio la preocupación de su organización en todo esto y les felicito por sus fuentes de información. Pero comunique a su central lo siguiente: Me encontré con este hombre por casualidad, o al menos así lo creí en aquel momento, y ya no vale la pena preocuparse de cómo sucedió. No era fácil organizar esta reunión, y yo necesitaba ayuda. Deprisa y corriendo, tuve que buscar en Nueva York dos directores para que manejaran al personal del hotel, y están haciendo un buen trabajo, ¿no es cierto? El personal de planta y todo lo demás lo conseguí en Kingston. Pero lo que de verdad necesitaba era una especie de asistente personal que se asegurara de que todo funcionara como tenía que ser. Me resultaba imposible ocuparme personalmente de todos los detalles, así que ese tipo me vino como caído del cielo; me pareció bien y lo contraté. Pero no soy un estúpido. Ya sabía que cuando este espectáculo terminara, tendría que deshacerme de él, aunque sólo fuera por que quizás hubiera tenido conocimiento de algo que no debiera. Y ahora usted me dice que es un miembro del Servicio Secreto. Ya le dije al principio de estas reuniones que me como a esa gente para desayunar cuando me da la gana. Lo que usted me ha contado sólo cambia una cosa: morirá hoy en vez de mañana. Esto es lo que ocurrirá.

En ese momento, Scaramanga bajó la voz y Bond sólo captó algunas palabras sueltas. El sudor corría por su mejilla al apretar la oreja contra la base de la copa de champán.

—Nuestra excursión en tren… ratas en las cañas… un accidente desafortunado… antes de que lo haga… será un sobresalto de mil demonios… los detalles me los deja para mí… le prometo que pasará un buen rato. —Scaramanga debió de recostarse de nuevo en la silla porque su voz sonó con normalidad—. Así que puede estar tranquilo. Esta noche no quedará nada de ese tío, ¿vale? Acabaría con todo esto ahora mismo, con sólo abrir la puerta; pero dos fusibles quemados en dos días daría que hablar por aquí. Y de esta otra forma habrá mucha diversión para todos durante la merienda en el campo.

La voz de Hendriks sonó monótona, sin emoción. Él había dado ya sus instrucciones, y la acción estaba a punto de ser ejecutada, una acción definitiva. No tenía quejas por el retraso en el cumplimiento de las órdenes, de manera que contestó:

—Sí, lo que propone será satisfactorio. Disfrutaré de la función con mucho gusto. Y ahora ocupémonos de otros asuntos. Plan Orange: mis superiores quieren saber cómo van las cosas.

—Todo está como debe en Metales Reynolds, Bauxita Kaiser y Aluminios de Jamaica. Pero su sustancia es, ¿cómo diríamos?, muy volátil. Tiene que ser sustituida en las cámaras de derribo cada cinco años. —Se escuchó una risita cruel—. Me reí a gusto cuando vi que las etiquetas de instrucciones de los bidones estaban en algunos de esos idiomas africanos, además del inglés. ¿Listos para la gran sublevación negra? Será mejor que me avise cuando llegue ese día… Tengo algunas acciones bastante vulnerables en Wall Street.

—Entonces perderá mucho dinero —dijo Hendriks sin interés—. No se me informa de fechas. Y no me importa. Yo no poseo acciones. Sería más inteligente que convirtiera su dinero en oro o en diamantes, o en sellos raros. Y ahora, el siguiente tema. Es del interés de mis superiores proveerse de gran cantidad de narcóticos. Usted tiene una fuente de abastecimiento de maría, o marihuana, como la llamamos nosotros. Ahora usted recibe sus entregas pesadas en libras, y yo le ruego que estimule a sus proveedores para que le proporcionen la hierba en quintales. Se le sugiere que usted remita después los envíos a Cayo Pedro, ya que mis amigos pueden organizarse para recogerlos allí.

Hubo un breve silencio. Scaramanga debía de estar fumando su delgado puro. Enseguida le contestó.

—Sí, creo que se podría arreglar. Pero acaban de sacar los dientes con nuevas leyes sobre la maría y sentencias de prisión realmente duras, ¿sabe? Por ello ahora está por las nubes. El precio de partida actual es de dieciséis libras la onza, así que un quintal de hierba costaría miles de libras. Y, además, cantidades como ésas son demasiado abultadas y mi barca de pesca probablemente transportaría sólo un quintal por vez. De todas maneras, ¿adónde va? Tendrá suerte si consigue que desembarquen esas cantidades, porque una libra o dos ya resulta bastante difícil.

—No se me informa de los destinos, pero asumo que es para Norteamérica. Tengo la impresión de que son los mayores consumidores. Ya se han llevado a cabo preparativos para recibir inicialmente este y otros envíos en la costa de Georgia. Me han dicho que esa zona se encuentra llena de pequeñas islas y marismas, y que actualmente está muy favorecida por los contrabandistas. El dinero no importa. Tengo instrucciones de hacer un desembolso inicial de un millón de dólares, pero a un precio de mercado competitivo. Usted recibirá su comisión habitual del diez por ciento. ¿Le interesa?

—Yo siempre estoy interesado en cien mil dólares. Habré de ponerme en contacto con mis cosechadores. Tienen sus plantaciones en el condado de Maroon, en el centro de la isla, lo cual significa que me llevará un tiempo. Le proporcionaré un presupuesto en unas dos semanas, con un quintal de la hierba franco a bordo en Cayo Pedro, ¿correcto?

—Y la fecha. Los cayos son muy planos, y no es material que sea fácil dejar por ahí de cualquier manera, ¿verdad?

—Claro, claro. Muy bien, ¿algún otro tema? ¿No? de acuerdo. Bien, yo tengo algo que quisiera comentar. El asunto de los casinos. Ésta es la situación: el gobierno se siente tentado. Piensa que así estimularía la industria turística. Pero los chicos duros (los que fueron expulsados de La Habana, la maquinaria de Las Vegas, los tíos de Miami, y de Chicago, todas las organizaciones) no le tomaron la medida a la gente de aquí antes de presionarlos. Y asumieron un riesgo injustificado con demasiado sentimentalismo: pusieron demasiado dinero en las manos equivocadas. Creo que les hubiera ido mejor si hubieran utilizado una organización de relaciones públicas. Como Jamaica se ve pequeña en el mapa, los sindicatos pensaron que podían acelerar una operación pequeña y limpia, como el trabajo de Nassau. Pero el partido de la oposición se dio cuenta, y la Iglesia, y las ancianas ricas, y se habló de que la Mafia estaba tomando posesión de Jamaica, la vieja Cosa Nostra, y toda esa mierda, y los chicos fueron eliminados.

»¿Se acuerda cuando nos ofrecieron participar hace dos años? Eso fue cuando vieron que habría una quiebra y quisieron descargar algún gasto de promoción, un par de millones de dólares, en el Grupo. Recuerde que entonces aconsejé que no y expuse mis motivos. Bien. Dijimos no. Pero ahora las cosas han cambiado: hay otro partido en el poder, un poco de crisis turística el pasado año y cierto ministro que se ha puesto en contacto conmigo. Dice que el clima es distinto, que ha llegado la independencia, y ya han salido de debajo de las faldas de Tía Inglaterra. Quieren demostrar que Jamaica está al día, desean promocionar un atractivo sexual y todo eso. Por ello este amigo mío dice que ahora se puede sacudir la somnolencia que hay aquí en materia de juego. Me ha dicho cómo hacerlo, y tiene sentido. Si antes dije que nos quedáramos fuera, ahora digo que entremos. Pero costará dinero, cada uno de nosotros tendrá que entrar con cien mil dólares, para estimular la inversión local. Miami será el agente y tendrá los derechos. El trato es que nos harán entrar con el cinco por ciento, pero los primeros. ¿Me sigue? Con esas cifras, y no están engrosadas, obtendremos nuestro jugo en dieciocho meses. Después de eso, todo será beneficio. ¿Lo ve? Pero sus… amigos no parecen muy entusiasmados con… digamos… estas empresas capitalistas. ¿Cómo lo ve? ¿Contribuirán? No me gusta que salgamos fuera del país a buscar las ganancias. Y ayer perdimos un accionista… Pensemos en ello porque tenemos que considerar eso también. ¿A quién vamos a persuadir para que sea el Número Siete, ahora que andamos cortos…?

James Bond se enjugó la oreja y limpió la base de la copa con su pañuelo. Era casi insoportable. Había escuchado su propia sentencia de muerte; había oído con detalle la implicación de la KGB con Scaramanga en el Caribe, al igual que otros asuntos de menor calibre, como el sabotaje de la industria de bauxita, el contrabando masivo de droga en Estados Unidos y, además, los pormenores de la relación de los políticos con el juego. Era una batida magnífica para el área de Inteligencia de la

zona. ¡Y él tenía la pelota en las manos! ¿Viviría para ponerla en juego? «¡Dios mío, lo qué daría por un trago ahora mismo!». Volvió a acercar su oído a la recalentada base de la copa.

Silencio. Cuando se oyó de nuevo, la voz de Hendriks sonaba prudente, con algo de indecisión. Obviamente, él habría querido decir «Yo paso», con el corolario de «hasta que haya hablado con mi central», claro.

En vez de ello, dijo:

—Señor S., es un negocio difícil, ¿me comprende? Mis superiores no rechazan las intervenciones rentables; pero, como usted sabe, prefieren los negocios que tienen un objetivo político. Bajo esas condiciones me dieron la instrucción de aliarme con su Grupo. El dinero no es problema. Pero ¿cómo les explico el objetivo político de abrir casinos en Jamaica? En eso estoy pensando.

—Casi con seguridad, todo eso conllevará problemas. Los nativos querrán jugar en los casinos, porque aquí son grandes jugadores. Habrá incidentes cuando vean que se les prohibe la entrada, por un motivo u otro. Luego el partido de la oposición se agarrará a eso e iniciará una campaña sobre la discriminación racial, etcétera. Con tanto dinero de por medio, los sindicatos subirán los salarios por las nubes. Todo contribuirá a hacer tufo. El ambiente es demasiado pacífico por aquí, y ésta será una forma barata de iniciar una revuelta. ¿No es eso lo que quiere su gente, dar a las islas un poco de marcha, una después de otra?

Siguió otro silencio breve. Era obvio que a Hendriks no le gustaba la idea. Y así lo dijo, pero de manera indirecta.

—Lo que explica, señor S., resulta muy interesante, pero ¿no es verdad que esos problemas que prevé pondrán en peligro también nuestro dinero?… Sin embargo, transmitiré su sugerencia y le informaré enseguida. Es posible que mis superiores lo aprueben. ¿Quién sabe?… Ahora pensemos en ese asunto de un nuevo Número Siete. ¿Tiene a alguien en mente?

—Creo que necesitamos a un buen hombre en Sudamérica, alguien que supervise nuestras operaciones en la Guayana Británica. Y tendríamos que mejorar nuestra posición en Venezuela. ¿Por qué no hemos ido más lejos en esa gran estrategia para bloquear el estrecho de Maracaibo? Es como robar a un ciego, y además teniendo el acorazado adecuado. La simple amenaza haría que las compañías petrolíferas desembolsaran y que siguieran desembolsando dinero, a modo de protección. Y, además, si ese negocio de los narcóticos va a ser importante, no prescindamos de México. ¿Qué tal el señor Arosio, de Ciudad de México?

—No conozco a ese caballero.

—¿Rosy? Oh, es un gran tipo. Dirige el Sistema de Transporte Green Light. Drogas y chicas en Los Angeles. Aún no le han pillado nunca. Es un agente de confianza, que no tiene afiliados. En su organización ya saben de él. ¿Por qué no lo verifica con ellos y luego lo exponemos a los demás? Aprobarán nuestra decisión.

—De acuerdo. Y ahora, señor S., ¿tiene algo que informar en relación a su propio jefe? En una reciente visita a Moscú, creo que expresó su satisfacción por los esfuerzos que usted está realizando en la zona. Es motivo de elogio que haya una cooperación tan estrecha entre los esfuerzos subversivos de su jefe y los nuestros propios. Nuestros respectivos superiores esperan mucho en un futuro de nuestra unión con la Mafia, aunque yo, personalmente, desconfío. El señor Gengerella es una conexión muy valiosa, pero tengo la impresión de que esa gente sólo se mueve por dinero. ¿Qué piensa usted?

—Usted lo ha dicho, señor Hendriks. En la opinión de mi jefe, la primera y única consideración de la Mafia es la propia Mafia. Siempre ha sido así y siempre lo será. Mi «señor C.» no espera grandes resultados en Estados Unidos, ya que ni siquiera la Mafia puede derrotar el sentimiento anticubano que hay. Sin embargo, cree que se conseguirá mucho en el Caribe, encargándoles algunos trabajos, pues son muy efectivos. Seguramente suavizaría las cosas aún más si su gente utilizara a la Mafia para la distribución en ese asunto de los narcóticos. Convertirían su inversión de un millón de dólares en diez. Por supuesto, se apropiarían de nueve; pero la cosa iría en serio y eso los ligaría a ustedes. ¿Cree que podría arreglarlo? Daré a Leroy G. una buena noticia para que informe cuando vuelva a casa. En cuanto al señor C., parece que le va bien. «Flora» ha supuesto un golpe para su estructura; pero, en esencia, gracias a los norteamericanos que amenazan a Cuba de la manera que lo hacen, ha logrado mantener el país unido. Si alguna vez Estados Unidos manejara su propaganda con menos rigor y dejara de provocar o incluso, quizás, hiciera algún gesto amistoso que otro, el hombrecillo se desinflaría. No lo veo demasiado a menudo porque me deja a mi aire. Supongo que quiere tener las manos limpias. Pero, a cambio, tengo toda la cooperación que necesito de la DSS. Bien, vamos a ver si los chicos están listos para marchar. Son las once y media y la *Belle de Bloody Boy* tiene que estar en marcha a las doce. Creo que va a ser un día de diversión muy completo. Lástima que nuestros jefes no puedan ver cómo acabaremos con el inglés…

—¡Ja! —exclamó Hendriks, sin comprometerse.

James Bond se apartó de la puerta. Escuchó el ruido de la llave maestra de Scaramanga en la cerradura, levantó la vista y bostezó.

Scaramanga y Hendriks lo miraron. La expresión de ambos era vagamente interesada y reflexiva, como si se tratara de un trozo de bistec y estuvieran pensando si lo querían poco hecho o no.

# 13

## ¡Escuchad el silbato del tren!

A las doce en punto se reunieron todos en el vestíbulo. Scaramanga había añadido a su inmaculado atuendo tropical un Stetson blanco de ala ancha. Parecía el propietario más elegante de una plantación del sur. Hendriks llevaba su habitual traje grueso, coronado ahora con un Homburg gris. Bond pensó que, para una imagen perfecta, debería usar también guantes de piel gris y una sombrilla. Los cuatro pistoleros llevaban camisas de estilo calipso por fuera de sus bermudas. Bond estaba encantado. Si llevaban pistolas a la cintura, las camisas les dificultarían mucho a la hora de sacar el arma. Los coches esperaban fuera, y el Thunderbird de Scaramanga estaba el primero. Scaramanga se acercó al mostrador de recepción, donde Nick Nicholson estaba de pie, frotándose las manos con invisible jabón y con su habitual disposición solícita.

—¿Está todo listo? —le preguntó Scaramanga—. ¿Se ha cargado todo en el tren? ¿Han avisado a Green Island? Entonces, de acuerdo. ¿Dónde está ese compañero suyo, ese tal Travis? No lo he visto hoy por aquí.

Nick Nicholson se puso serio.

—Tenía un flemón en una encía, señor. Se encontraba muy mal, así que tuve que enviarle a Sav' La Mar al dentista. Supongo que esta tarde estará mejor.

—Peor para él, descuéntele la paga de medio día. No hay sitio para dormilones en esta empresa, con la falta de personal que tenemos. ¿Por qué no hizo que le revisaran la jeta antes de aceptar el trabajo?

—De acuerdo, señor Scaramanga. Hablaré con él.

Scaramanga se volvió hacia el grupo que lo esperaba.

—Muy bien, muchachos, haremos lo siguiente: iremos en coche un par de kilómetros, hasta la estación. Allí subiremos al pequeño tren, que ya veréis que es una máquina perfecta. Un tipo, llamado Lucius Beebe, hizo para la compañía Thunderbird una copia de la máquina y del material móvil del viejo Denver, de la línea South Park y Pacífico. Avanzaremos por el borde de los campos de caña durante unos treinta kilómetros, hasta llegar a la bahía de Green Island. Hay muchas aves, ratas de monte y cocodrilos en los ríos. Tal vez encontremos un poco de caza y os divirtáis con las armas. ¿Todos lleváis vuestras pistolas encima? Bien, bien. Almorzaremos con champán en Green Island, donde ya estarán las chicas y la música para hacernos pasar un rato agradable. Después del almuerzo embarcaremos en el *Thunder Bird* y haremos una travesía hasta Lucea, un pequeño pueblo de la costa, donde intentaremos pescar algo para la cena. Los que no quieran pescar, pueden

montar a caballo. ¿De acuerdo? Luego, regresaremos y tomaremos unas copas, ¿vale? ¿Todos satisfechos? ¿Alguna sugerencia? Entonces, pongámonos en marcha.

Dijeron a Bond que se instalara en el asiento posterior del coche y partieron. ¡De nuevo se le ofrecía aquella nuca! ¡Estaba chiflado si no atacaba en ese momento! Pero se hallaban en campo abierto, no se podría cubrir y llevaba cinco pistolas detrás: la ventaja no era del todo buena. ¿Cuál sería el plan para quitarle de en medio? Supuso que tendría lugar durante la «cacería». James Bond sonrió inexorable para sus adentros. Se sentía feliz, aunque habría sido incapaz de describir la emoción: tenía los nervios de punta y se sentía aprisionado, simultáneamente. Era el momento en que, después de pasar veinte veces, en el póquer consigues una mano, y aunque eso no signifique necesariamente que vayas a ganar, sí puedes apostar. Había ido tras aquel hombre durante seis semanas, y ese día, esa mañana quizás, iba a llegar el momento decisivo, aquel que tenía orden de conseguir. Era ganar o perder. ¿Su ventaja? La prevención jugaba a su favor, ya que estaba más prevenido de lo que el enemigo imaginaba. Pero el enemigo tenía a los grandes batallones de su lado, ellos eran más y, aun considerando sólo a Scaramanga, de más talento quizás. ¿En cuanto a las armas? De nuevo dejando a los otros aparte, Scaramanga tenía la ventaja. El Colt 45 de cañón largo era más lento al sacar por una fracción, pero su longitud daba mayor precisión que la Walther automática. ¿En velocidad de tiro? La Walther llevaba la ventaja (y la primera recámara vacía de la pistola de Scaramanga, si no había sido descubierta aún, era un plus adicional). Y la mano firme, el cerebro frío, el fuerte deseo de matar… ¿cómo se calibraban? Probablemente la balanza no se decantaría en cuanto a los dos primeros atributos. Bond estaba ligeramente más dispuesto que el otro a apretar el gatillo, por cualquier motivo, por necesidad. Tenía que vigilar eso. Debía descargar el tiro en el vientre y necesitaba ser más frío que el hielo. En cuanto al deseo de matar, quizás en Bond era más fuerte, claro. Él luchaba por su vida, mientras que el otro sólo se estaba divirtiendo y proporcionado diversión a sus amigos, mostrándoles su poder, en definitiva, presumiendo. ¡Eso estaba bien! ¡Podía ser decisivo! Bond se dijo que debía contribuir a aumentar la inconsciencia del otro, su despreocupada confianza, su falta de prudencia. Él tenía que comportarse como el inglés P. G. Wodehouse, el inglés de los dibujos animados, tenía que parecer necio. La adrenalina circuló por las venas de James Bond a toda velocidad y su ritmo de pulsaciones empezó a aumentar de manera imperceptible, aunque lo sentía en su muñeca. Realizó una lenta y profunda inspiración para reducir las pulsaciones. Se dio cuenta que estaba sentado con el cuerpo echado hacia delante, muy tenso, y se recostó e intentó relajarse. Todo él se relajó, excepto su mano derecha, que estaba bajo el control de otro ser. Apoyada sobre el muslo, la mano aún se contraía de vez en cuando, como la pata de un perro que caza conejos mientras duerme.

Se metió la mano en el bolsillo de la americana mientras observaba un cuervo que volaba en círculos a unos trescientos metros de altura. Se metió en la mente del pájaro, que buscaba un sapo aplastado o una rata de monte. El cuervo, planeando,

había localizado su botín. Bajó más y más, y Bond le deseó *bon appétit*. El depredador que llevaba en él deseó al carroñero una buena comida. Sonrió ante aquella comparación entre ellos dos: ambos seguían un rastro, pero la principal diferencia consistía en que el cuervo era un ave protegida, a la cual nadie dispararía cuando hiciera su última zambullida. Entretenido con esos pensamientos, Bond sacó la mano derecha del bolsillo y, tranquila y mansamente, encendió un cigarrillo. La mano había dejado de cazar conejos por su cuenta.

La estación del tren era una brillante maqueta de la época del Colorado de vía estrecha: un edificio bajo, con tejado de listones descoloridos, pintado de rojo a lo largo de los aleros. El nombre, Apeadero de Thunderbird, estaba escrito en gruesas letras ornamentales de estilo antiguo. Los anuncios recomendaban *Masque pétalo de rosa recogido con esmero, el mejor pétalo de virginia garantizado, los trenes se detienen en todas las comidas, no se aceptan cheques*. La máquina, brillante, barnizada en negro y amarillo y con los metales pulidos, era una joya. Jadeaba débilmente bajo el sol, y un jirón de humo negro se enroscaba desde la alta chimenea situada detrás del gran faro de latón. El nombre de la máquina, *The Belle*, destacaba en una ufana placa de metal colocada sobre el reluciente tonel negro, y su número, el 1, se indicaba en una placa similar, bajo el faro. Tenía un único vagón de pasajeros, que era un espacio abierto, con asientos cubiertos con cojines, entoldado con lona de color amarillo narciso que lo aislaba del sol. Al final estaba el vagón del freno, también de colores negro y amarillo, con una resplandeciente butaca dorada detrás de la convencional rueda de freno. Todo el tren era un juguete maravilloso, incluso el antiguo silbato que ahora daba su toque de aviso.

Scaramanga se encontraba exultante, en plena forma.

—¡Escuchad el silbato del tren, amigos! ¡Todos a bordo!

Y a continuación el anticlímax: para consternación de Bond, el otro sacó su pistola de oro, apuntó al cielo y apretó el gatillo. Vaciló sólo un momento y tiró de nuevo. El profundo estruendo del disparo resonó en la pared del apeadero, y el jefe de estación, engalanado con su resplandeciente uniforme de época, se llenó de nerviosismo. Se metió en el bolsillo el gran reloj de plata en forma de nabo que había estado sosteniendo y se apartó con actitud deferente, dejando caer a un lado la bandera verde. Scaramanga comprobó su pistola y miró a Bond pensativo.

—Muy bien, amigo —le dijo—. Ahora sube delante, al lado del conductor.

Bond sonrió dichoso.

—¡Gracias! Siempre he querido hacerlo, desde que era un chiquillo. ¡Qué divertido!

—Tú lo has dicho —repuso Scaramanga. Se volvió hacia los demás—. Y usted, señor Hendriks, en el primer asiento detrás del ténder del carbón, por favor. Luego Sam y Leroy. Después Hal y Louie. Yo subiré detrás, en el vagón del freno. Es un buen lugar para vigilar la jugada, ¿de acuerdo?

Todos ocuparon sus respectivos puestos. El jefe de estación había recuperado su temple y prosiguió con su actuación, con el reloj y la bandera. La máquina soltó un silbido triunfante y, después de una serie de resoplidos aminorados, se puso en marcha. Empezaron a rodar por la vía de noventa centímetros de ancho, que se perdía, recta como una flecha, en el reflejo plateado que bailaba al sol.

Bond miró el indicador de velocidad. Marcaba treinta y dos. Por primera vez prestó atención al conductor. Se trataba de un rastafari, de aspecto infame, con un mono sucio caqui y una banda alrededor de la cabeza que le absorbía el sudor. Un cigarrillo colgaba entre el fino bigote y la desaliñada barba. Olía muy mal.

—Mi nombre es Mark Hazard —dijo Bond—. ¿Cómo se llama usted?

—¡Déjalo, tío! No hablo con blancos.

Se expresó con coloquialismos jamaicanos de carácter grosero.

—Creía que un mandamiento de su religión era el de amar al prójimo —dijo Bond con afabilidad.

El rasta le dio un tirón al cordel del silbato. Cuando el chillido se extinguió, dijo sencillamente «¡Mierda!», abrió la puerta del horno de una patada y empezó a echar carbón.

Bond miró furtivamente a su alrededor, examinando el interior de la cabina. Sí, ¡allí estaba el largo machete jamaicano! Una afilada hoja de dos centímetros y medio de ancha, con una punta mortal, descansaba sobre una estantería junto al hombre, muy a mano. ¿Se suponía que así ocurriría todo? Bond lo dudaba. Scaramanga lo querría llevar a cabo de una oportuna forma dramática, de manera que le proporcionara una coartada. El segundo verdugo sería Hendriks. Bond miró hacia atrás, por encima del ténder del carbón, y los ojos de Hendriks, suaves e indiferentes, se encontraron con los suyos. Bond gritó, por encima del estruendo metálico de la máquina:

—¡Qué divertido!, ¿no?

Los ojos de Hendriks se desviaron y luego volvieron a Bond. Éste se encorvó, de manera que podía ver por debajo el toldo. Los cuatro hombres restantes estaban sentados, inmóviles también, con la mirada puesta en Bond. Éste saludó alegremente con la mano, pero no hubo respuesta. ¡Así que ya se lo habían explicado! Bond era un espía entre ellos, y ése sería su último paseo. En el argot de los pistoleros, él iba a ser *el blanco*. Se sentía incómodo con aquellos diez ojos enemigos puestos sobre él, como diez cañones de escopeta. Bond se irguió. Ahora, la mitad superior de su cuerpo sobresalía por encima del tejadillo de lona, como el «hombre» de hierro en una galería de tiro, y miraba hacia la amarilla superficie plana donde Scaramanga, sentado en su trono solitario, a unas decenas de metros, permanecía con todo el cuerpo a la vista. Él también miraba en dirección a la cabeza del pequeño tren, hacia Bond, como el último doliente en el cortejo fúnebre que seguía al cadáver, que era James Bond. Éste agitó de nuevo una mano alegremente y se volvió. Se abrió la americana y buscó un momento de calma en el contacto con la fría culata de su

pistola. Tanteó el bolsillo del pantalón. Tres cargadores más. ¡Bien! Gastaría con él tantos como pudiera. De un manotazo bajó el asiento del copiloto y se sentó. No valía la pena que actuara como blanco, hasta que tuviera que serlo por fuerza. El rasta dio un golpecito al cigarrillo echándolo a un lado y se encendió otro. La máquina se conducía sola. Se recostó contra la pared de la cabina y su vista se perdió en la nada.

Bond había hecho bien sus deberes y se había estudiado el mapa de reconocimiento de las colonias a escala 1:50.000 que Mary le había proporcionado. Conocía con tada exactitud la ruta que tomaba la pequeña vía a lo largo de las cañas. Primero había ocho kilómetros de plantaciones de caña, entre cuyas altas paredes de color verde circulaban en ese momento. Luego llegarían al río Middle, al que seguiría una amplia extensión de pantanos, que en la actualidad estaban siendo lentamente recuperados, pero que aún figuraban en el mapa como *el gran pantano*. Después alcanzarían el río Orange, que desembocaba en la bahía de Orange, y luego más azúcar, y una extensión de territorio donde se mezclaba el bosque y los pequeños cultivos, hasta llegar al pequeño caserío de Green Island, en la punta del espléndido fondeadero que era la bahía de Green Island.

Cien metros por delante, un águila ratonera levantó el vuelo junto a la vía y, después de unos cuantos aletazos pesados, se dejó llevar por la brisa de la orilla y remontó alejándose a mucha altura. Entonces sonó un estampido, con su origen en la pistola de Scaramanga. Una pluma de la gran ala derecha de la enorme ave cayó a la deriva. El águila se desvió bruscamente y remontó el vuelo a mayor altura. Sonó un segundo disparo. Esa vez el pájaro se tambaleó y empezó a caer aleteando confusamente. Sufrió una nueva sacudida al golpearle una tercera bala, antes de que se estrellara entre las cañas. Bajo el toldo amarillo estallaron los aplausos. Bond se inclinó hacia fuera y gritó a Scaramanga:

—¡Eso le costará cinco libras, a no ser que haya sobornado al rasta! Es la multa por matar un águila.

Una bala pasó silbando junto a la cabeza de Bond y Scaramanga se echó a reír.

—Lo siento, me ha parecido ver una rata. —Y luego añadió—: Vamos, señor Hazard, enséñenos algo de su habilidad en el tiro. Allí hay ganado pastando junto a la vía. Veamos si es capaz de dar a una vaca a diez pasos.

Los pistoleros se rieron a carcajadas. Bond sacó de nuevo la cabeza. La pistola de Scaramanga descansaba en su regazo. Por el rabillo del ojo vio a Hendriks, a unos treinta metros detrás de él, con la mano derecha en el bolsillo de la americana.

—Nunca cazo lo que no me he de comer —gritó Bond—. Si usted se come la vaca entera, dispararé para usted.

La pistola destelló y retumbó una vez más al tiempo que Bond sacudía la cabeza y se protegía con el ténder del carbón. Scaramanga se rió con crueldad.

—Cierra el pico, inglés, o lo perderás.

Los pistoleros estallaron de nuevo en risotadas.

Junto a Bond, el rasta soltó una maldición y estiró con fuerza del mango del silbato. Bond dirigió la mirada a la vía. A lo lejos, entre los rieles, se veía algo de color rosa. Sin soltar el silbato, el conductor atrajo hacia sí una palanca e, inmediatamente, el tubo de escape soltó vapor y la máquina empezó a ir más despacio. Se oyeron dos disparos. Las balas rebotaron con ruido metálico contra el techo de hierro que había sobre sus cabezas.

—¡Mantén la velocidad, maldita sea! —gritó Scaramanga, colérico.

Rápidamente, el rasta empujó la palanca y el tren recuperó su velocidad a treinta y dos kilómetros por hora. Se encogió de hombros y, mirando a Bond, se humedeció los labios.

—Hay carne blanca atravesada en la vía. Debe de ser algún amigo del jefe.

Bond aguzó la vista. ¡Sí! ¡Era un cuerpo desnudo, de piel rosada y rubia cabellera dorada! ¡El cuerpo de una chica!

La voz de Scaramanga sonó entonces con estruendo contra el viento.

—Chicos. Ésta es una pequeña sorpresa para todos vosotros. Algo sacado de las viejas películas del Oeste. Hay una chica en la vía. Está atada sobre ella, atravesándola. ¡Echad una mirada! Y ¿sabéis qué? Es la novia de cierto hombre llamado James Bond, del que hemos oído hablar. ¿Os lo podéis creer? Su nombre es Goodnight, Mary Goodnight. ¡Y tanto que va a tener buenas noches![7] Si ese tipo, Bond, estuviera ahora a bordo, creo que le oiríamos gritar, pidiendo clemencia.

# 14

## El Gran Pantano

James Bond saltó hacia la palanca del acelerador y la arrancó de su sitio, echándola hacia atrás. La máquina soltó mucho vapor, pero sólo faltaban unos cien metros para alcanzar a la chica. Ahora lo único que podía salvarla eran los frenos, que estaban bajo el control de Scaramanga en el vagón trasero. El rasta ya tenía su machete en la mano, y las llamas del horno resplandecieron sobre la hoja. Pero el temor a la pistola que Bond sostenía en la mano le hizo retroceder como un animal acorralado, con los ojos rojos a causa de la maría. ¡Nada podía salvar a la chica! Bond, a sabiendas de que Scaramanga estaría esperándole por la derecha del ténder, saltó por la izquierda. Hendriks había sacado ya la pistola, pero antes de que pudiera ladearse, Bond le metió una bala entre los gélidos ojos. La cabeza dio una sacudida brusca hacia atrás y, por un instante, la abierta boca mostró sus muelas con fundas de acero. Luego el sombrero de fieltro gris cayó y la cabeza muerta se desplomó. La pistola de oro ladró dos veces. Una bala chocó contra el interior de la cabina y el rasta gritó y se derrumbó en el suelo, agarrándose la garganta. Su mano aún sujetaba con fuerza la palanca del silbato, y el pequeño tren fue soltando su lúgubre aullido de advertencia. ¡Faltaban cincuenta metros! La dorada cabellera colgaba desamparada hacia delante, ocultando el rostro, y se veían con claridad las cuerdas en sus muñecas y tobillos. Los senos se ofrecían impúdicos a la máquina, que avanzaba ensordecedora. Bond rechinó los dientes, cerrando su cerebro al horroroso impacto que tendría lugar en breves momentos. Saltó hacia la izquierda de nuevo, esquivando tres disparos. Por un instante, creyó que dos de ellos habían hecho blanco, pero entonces algo le golpeó en el músculo del hombro izquierdo con tal fuerza que le hizo rodar por la cabina, chocar contra el suelo de hierro y sacar el rostro por fuera de la plataforma del maquinista. Y en esa posición, a tan sólo unos centímetros de distancia, vio como las ruedas delanteras aplastaban el cuerpo que había en la vía, la cabeza rubia se separaba del cuerpo y los azules ojos de porcelana le dirigían una última mirada inexpresiva. Los fragmentos de un maniquí de escaparate se desintegraron con un agudo crujido de plástico, y las astillas de color rosa se precipitaron por el terraplén.

James Bond sofocó la náusea que le subía desde el estómago hacia la garganta. Tambaleándose, se incorporó, aunque se mantuvo agachado. Alcanzó la palanca del acelerador y la empujó hacia arriba. Una batalla campal con el tren parado aumentaría su desventaja. Casi no sentía el dolor del hombro. Rodeó el lado derecho del ténder, pero las cuatro pistolas dispararon. Se lanzó de cabeza para ponerse a cubierto. Ahora los pistoleros disparaban, pero no podían apuntar debido al

entorpecimiento que suponía la cubierta de lona. Bond, sin embargo, había tenido tiempo de vislumbrar una escena gloriosa. En el vagón del freno, Scaramanga había resbalado de su trono y, de rodillas, balanceaba la cabeza como un animal herido. ¿Dónde demonios le había dado Bond? Y ahora ¿qué? ¿Cómo se las iba a arreglar con los cuatro pistoleros que se encontraban tan a cubierto de él como él lo estaba de ellos?

Pero entonces, al fondo del tren —sólo podía ser desde el vagón del freno—, la voz de Félix Leiter se elevó por encima del chillido agudo que emitía el silbato de la máquina:

—¡Muy bien, muchachos! ¡Tirad las pistolas al suelo! ¡Ahora! ¡Rápido!

Sonó un disparo.

—He dicho rápido. Aquí tenemos al señor Gengerella, que va a reunirse con su Hacedor. Muy bien. Y ahora las manos detrás de la cabeza. Así está mejor. Bien, muy bien. James, ya se ha terminado. ¿Estás bien? Si es así, déjate ver. Aún falta el acto final y hemos de movernos de prisa.

Bond se incorporó con mucho cuidado. ¡Le pareció increíble! Leiter tenía que haber viajado todo el tiempo sobre los parachoques traseros del vagón del freno, y no había salido antes por miedo a los disparos de Bond. ¡Sí! ¡Allí estaba!, con su rubio cabello despeinado al viento, la pistola de cañón largo apoyada sobre su garfio levantado, de pie, con las piernas abiertas por encima del cuerpo de Scaramanga, que se encontraba en posición supina junto a la rueda de freno. A Bond. El hombro comenzó a dolerle de modo infernal.

—¡Maldita sea, Leiter! —gritó indignado, pero con un tremendo alivio—. ¿Por qué no te has dejado ver antes? Podían haberme hecho daño.

Leiter se echó a reír a carcajadas.

—¡Ya llegará el gran día, ya! Ahora escucha, farsante. Prepárate para saltar, porque cuanto más tardes, más tendrás que caminar de regreso hasta casa. Yo me quedaré un rato con estos muchachos para entregarlos a la justicia de Green Island. —Hizo un gesto con la cabeza para indicarle que estaba mintiendo—. Ahora empieza a pasar. Estamos en El Pantano, así que el aterrizaje será suave, aunque apeste un poco, pero te echaremos agua de colonia cuando llegues a casa, ¿de acuerdo, James?

El tren estaba pasando sobre la reja de una pequeña alcantarilla, y la canción de las ruedas se convirtió en un estruendo profundo. Bond miró al frente. En la distancia se veía la telaraña de hierro que formaba el puente sobre el río Orange. El tren seguía chillando mientras perdía vapor. El indicador marcaba treinta. Bond miró al rasta que yacía muerto en el suelo, y pensó que su rostro era tan horrible como lo había sido en vida. Su mala dentadura, deteriorada por mascar caña de azúcar desde la infancia, había quedado al descubierto en una mueca congelada. Bond echó una rápida ojeada bajo el toldo. El cuerpo desplomado de Hendriks se mecía con el traqueteo del tren y sus pastosas mejillas aún brillaban por el sudor del día. Ni siquiera como cadáver despertaba compasión. En el asiento siguiente, la bala de Leiter había destrozado la

tapa de los sesos a Gengerella, volándole la mayor parte del rostro. Los tres pistoleros que quedaban contemplaban a James Bond con ojos borrosos. Nunca hubieran imaginado que nada de aquello pudiera suceder. Iba a ser una fiesta, así lo indicaban sus camisas de estilo tropical. Scaramanga, el invicto, el invencible, así lo dijo, y hasta pocos minutos antes, su pistola de oro respaldó sus palabras. Pero, de pronto, todo era diferente. Como dicen los musulmanes cuando un gran jeque se va y su protección los abandona: «¡Ahora ya no había sombra donde resguardarse!». Había pistolas amenazándoles por delante y por detrás. El tren proseguía su avance hacia algún lugar del cual nunca habían oído hablar. El silbato gimió. El sol los abatía y el espantoso hedor de El Gran Pantano ofendía su olfato. Estaban en un lugar extranjero, y todo aquello era una mala noticia, realmente mala. El Director de la Excursión les había dejado y tenían que apañárselas por su cuenta. Dos de ellos habían muerto y, ahora, incluso se habían quedado sin sus armas. Los rostros abotagados como lunas llenas de aquellos gorilas contemplaban a Bond con ojos suplicantes. La voz de Louie Paradise sonó cascada y ronca por el terror.

—Un millón de dólares, señor, si nos saca de esto. Se lo juro por mi madre, ¡un millón!

Los rostros de Sam Binion y de Hal Garfinkel se iluminaron. ¡Había una esperanza!

—Y otro millón.

—¡Y otro más! ¡Por la cabeza de mi hijito!

La voz de Félix Leiter rugió con cólera. Había una nota de pánico en ella.

—Salta, ¡maldita sea, James! ¡Salta!

Bond estaba de pie en la máquina, sin escuchar las voces suplicantes que le gritaban desde el toldo amarillo. Aquellos hombres habían querido verle muerto, y ellos mismos se habían preparado para asesinarle. ¿Cuántos cadáveres tendrían en su haber? Bond bajó al escalón de la cabina, eligió el momento oportuno y se lanzó, lo más alejado que pudo de la grava de las vías, al suave y apestoso abrazo del estanque del manglar.

Su descarga en el barro liberó un hedor de todos los demonios. Las grandes burbujas de gas de las marismas oscilaban hacia la superficie y estallaban pegajosas. Un pájaro chirrió y se movió ruidosamente entre el follaje. James Bond vadeó el pantano hasta que llegó al borde del terraplén. Escaló por él, aunque el hombro le dolía de veras, y luego se dejó caer de rodillas. Estaba mareado como una sopa.

Cuando alzó la cabeza, vio como Leiter se arrojaba del vagón del freno, que se encontraba ya a unos buenos doscientos metros de distancia. Al parecer, había aterrizado mal y no se movía. A continuación, a falta de unos pocos metros para alcanzar el largo puente de hierro sobre el perezoso río, otra figura saltó del tren sobre un arbusto de manglar. Era una silueta alta, completamente revestida de chocolate, pero ¡no había duda! ¡Se trataba de Scaramanga! Bond profirió una débil maldición. ¿Por qué demonios no le había metido Leiter una última bala en la cabeza? Ahora, el

trabajo no estaba terminado aún. Las cartas tan sólo se habían barajado de nuevo. ¡Quedaba una última mano por jugar!

El tren, sin maquinista, avanzaba con un chillido incesante que se convirtió en un rugido a medida que la vía entró en los caballetes del largo puente. Bond lo veía todo con imprecisión, preguntándose cuándo se quedaría el tren sin vapor. ¿Qué harían los tres pistoleros? ¿Tirarían hacia las colinas? ¿Controlarían el tren y se dirigirían a la Bahía de Green Island en un intento de llegar a Cuba en el *Thunderbird*? ¡No tardó en llegarle la respuesta! A la mitad de su recorrido, mientras cruzaba el puente, la máquina se levantó de pronto como un semental. Al mismo tiempo se oyó un estruendo y una gran pantalla de llamas se alzó; seguidamente, el puente se dobló hacia abajo por el centro, como una pierna que se plegaba. Pedazos de hierro salieron disparados en todas direcciones, y el choque de astillas resonó cuando los puntales cedieron y se inclinaron lentamente hacia el agua. Por la abertura que quedaba, la hermosa *Belle*, un juguete hecho pedazos, se partió en dos y, con un derrumbe gigante de hierro y carpintería, cayó al río con estrépito, en medio de un volcán de vapor y espuma.

Luego se hizo un silencio ensordecedor. En algún punto detrás de Bond, una rana que acababa de despertar croaba indecisa. Cuatro garcetas blancas descendieron sobre el desastre, con los cuellos estirados inquisitivamente. En la distancia, puntos negros aparecieron en lo alto del cielo y se acercaron perezosos volando en círculos. El sexto sentido de las águilas les advertía que la lejana explosión era una catástrofe que quizás les proporcionara alimento. El sol martilleaba sobre los rieles plateados y a unos metros de Bond, un grupo de mariposas amarillas bailó en el resplandor. Bond se puso en pie con lentitud y, apartando las mariposas, empezó a caminar por las vías despacio, pero con paso decidido, en dirección al puente. Primero tenía que ver a Félix Leiter y después ir tras el grandullón que se había escapado.

Leiter yacía en el apestoso fango. Su pierna izquierda presentaba un ángulo horrible. Bond se inclinó sobre él, llevándose un dedo a los labios. Luego se arrodilló a su lado y le dijo con suavidad:

—No hay mucho que yo pueda hacer por ahora, colega. Te daré una bala para morder y te dejaré a la sombra. No tardará mucho en llegar gente. Tengo que ir tras ese hijo de puta. Está en algún lugar cerca del puente. ¿Qué te hizo pensar que estaba muerto?

Leiter gruñó, más de rabia contra sí mismo que de dolor.

—Había sangre por todas partes. —Su voz fue un susurro vacilante entre los dientes apretados—. Tenía la camisa empapada y los ojos cerrados. Pensé que si aún no estaba frito, acabaría en el puente como los demás. —Esbozó una débil sonrisa—. ¿Cómo ha salido la escena del río Kwai? ¿Ha resultado bien?

Bond levantó el pulgar.

—Un cuatro de julio. Los cocodrilos ya deben de estar sentados a la mesa. ¡Pero ese maldito maniquí…! ¡Me ha puesto enfermo! ¿Lo dejaste tú allí?

—Claro. Lo siento, chico. Scaramanga me ordenó que lo hiciera y eso me sirvió de excusa para minar el puente esta mañana. No tenía ni idea de que tu amiga era rubia ni de que caerías en la trampa.

—Supongo que estoy hecho un maldito idiota. He pensado que la tenía retenida desde anoche. De todas formas, ya está hecho. Aquí tienes tu bala, muérdela. Las historias cuentan que eso ayuda. Ahora te va a doler, pero tengo que ponerte a cubierto y bajo una sombra.

Bond le pasó las manos por debajo de los brazos y, con toda la delicadeza que le fue posible, lo arrastró hasta un rincón seco, bajo un gran manglar, por encima del nivel del pantano. El dolor hacía que el sudor le resbalara por el rostro. Cuando Bond lo aseguró entre las raíces del arbusto, Leiter soltó un gruñido y dejó caer la cabeza hacia atrás. Bond lo miró pensativo. Un desmayo era lo mejor que le podía pasar. Sacó la pistola de Leiter de la cinturilla del pantalón y la puso junto a su única mano, la izquierda. Bond sabía que aún podía meterse en graves problemas; si eso sucedía, Scaramanga iría después a por Félix.

Bond se arrastró a lo largo de la línea de manglares hacia el puente. A partir de ese momento tendría que mantenerse más o menos a descubierto. Rogó que el pantano, cerca del río, diera paso a tierras más secas, porque así podría dirigirse hacia el mar y luego acortar de nuevo en dirección a la corriente, donde esperaba interceptar el rastro del hombre.

Era la una en punto de la tarde y el sol estaba muy alto. James Bond se sentía cansado y sediento, la herida del hombro le latía con su pulso y él empezaba a sentirse febril. Se sueña igual de día que de noche, y ahora que iba al acecho de su presa descubrió con ironía que buena parte de su mente estaba sometida a la visualización de un aparador con champán que los esperaba a todos, a los vivos y a los muertos, en Green Island. Por el momento, se permitió el lujo de la ensoñación. El bufet estaba montado bajo unos árboles, tal como lo veía él, adyacentes a la estación del tren, que se encontraba probablemente en las mismas vías que el Apeadero Thunderbird. Había largas mesas sobre caballetes, con manteles inmaculados, y sobre ellas hileras de copas, bandejas, cubiertos y grandes platos con ensalada de langosta fría, y con lonchas de fiambres. También había montones de fruta —piñas y otras similares— para hacer que el decorado pareciera más jamaicano y exótico. Tal vez hubiera algún plato caliente, pensó, algo como lechón relleno asado con guarnición de arroz y guisantes, demasiado caliente para la temperatura del día, decidió Bond, pero todo un banquete para la mayoría de la población de Green Island, que lo disfrutaría cuando los turistas ricos se hubiesen ido. ¡Y había bebida! El champán estaba en recipientes de plata helados; había ponche de ron, Tom Collins; licor de *whisky* y, por supuesto, no podían faltar grandes jarras de agua helada, que acababan de llenar cuando el tren anunció su entrada en la pequeña y vistosa estación. Bond podía verlo todo, cada detalle, bajo la sombra de los grandes ficus. Los camareros uniformados, con guantes blancos, le persuadían para que tomara más y más; a lo

lejos, las danzarinas aguas del puerto enmarcaban la escena; y de fondo sonaba la hipnótica vibración de la banda de calipso, y le seducían los dulces y tentadores ojos de las chicas. Dirigiéndolo todo, estaba la alta y atractiva figura del gentil anfitrión, con un delgado cigarro puro entre los labios y el Stetson blanco de ala ancha inclinado sobre una ceja, ofreciéndole al menos una copa más de champán helado.

James Bond dio un traspié con una raíz de manglar y tendió la mano derecha para agarrarse al arbusto. Pero como no se sujetó bien, tropezó de nuevo y cayó pesadamente al suelo. Permaneció echado durante un momento, intentando medir el ruido producido. No habría sido demasiado, ya que el viento del mar que soplaba en la orilla aislaba las marismas; además, a unos cien metros, el río añadía su suave murmullo de perezosa turbulencia. Se oía el sonido de pájaros y grillos. Bond se arrodilló y acabó de ponerse en pie. ¿En qué demonios estaba pensando? «¡Vamos, maldito idiota!». ¡Tenía trabajo que hacer! Sacudió la cabeza para despejarse. ¡Un gentil anfitrión! ¡Él mataría también a aquel gentil anfitrión! ¿Copas de champán helado? ¡Ya llegaría el día, ya! Sacudió la cabeza, colérico, y respiró varias veces lenta y profundamente. Conocía los síntomas, lo que le ocurría era sólo un agotamiento nervioso agudo —y se permitió a sí mismo ese margen de indulgencia— con algo de fiebre añadida. Todo lo que tenía que hacer era mantener su cerebro y sus ojos bien alertas. ¡Por Dios, no más fantasías! Con valor renovado, rechazó los espejismos de su imaginación y miró alrededor.

Faltaban unos cien metros para llegar al puente. A la izquierda de Bond, los manglares eran más escasos y el barro negro estaba seco y agrietado, pero aún había zonas blandas.

Bond se levantó el cuello de la americana para ocultar la camisa blanca y recorrió otros veinte metros junto a las vías. Luego se desvió hacia la izquierda entre los manglares. Comprobó que si se mantenía cerca de las raíces de los arbustos, el caminar le resultaría menos dificultoso, y al menos no había ramas y hojas secas que crujieran bajo sus pies. Intentó andar lo más paralelo posible al río, pero las anchas zonas con arbustos le obligaban a dar pequeños rodeos, y tenía que calcular la dirección correcta observando la sequedad del barro y la ligera subida del terreno hacia la orilla del río. Sus oídos se aguzaban como los de un animal para captar el menor sonido, mientras sus ojos miraban con atención entre la espesura que tenía delante. El barro estaba horadado a causa de las madrigueras de los cangrejos y, de vez en cuando, encontraba los caparazones de aquéllos, víctimas de las grandes aves o de las mangostas. Empezaron a atacarle los mosquitos y las pulgas, pero temiendo hacer ruido, sólo osó apartarlos ligeramente con su pañuelo, que pronto estuvo empapado del sudor y la sangre que le habían chupado, lo que les atraía del hombre blanco.

Bond calculó que ya debía haber penetrado unos doscientos metros hacia el interior del pantano, cuando escuchó una tos, aislada y controlada.

# 15

## Carne de cangrejo

La tos sonó a unos veinte metros, hacia el río. Bond se dejó caer sobre una rodilla, con los sentidos tan expectantes como las antenas de un insecto. Esperó durante cinco largos minutos. Cuando la tos no se repitió, se arrastró silenciosamente hacia delante con manos y rodillas, llevando la pistola entre los dientes.

Lo vio en un pequeño claro de barro seco y agrietado. Bond se detuvo e intentó relajar la respiración.

Scaramanga estaba tendido, con la espalda apoyada contra una gran mata de raíces de manglar. Sombrero y corbatín habían desaparecido; todo el lado derecho del traje estaba oscurecido por la sangre en que se revolcaban y atiborraban los insectos. Pero los ojos, en aquel rostro tenso, aún seguían muy vivos y, a intervalos regulares, barrían el claro escudriñándolo. Las manos de Scaramanga permanecían sobre las raíces, junto a su cuerpo. Bond no vio rastro de la pistola.

El rostro de Scaramanga se aguzó de pronto como el de un perro perdiguero, y el errante escrutinio se detuvo. Bond no alcanzaba a ver qué había captado su atención; pero entonces lo que parecía una sombra moteada en el límite del claro se puso en movimiento: una larga serpiente, con bellas manchas de color marrón claro y oscuro, zigzagueó decidida a través del barro negro en dirección al hombre.

Bond observaba la escena, fascinado. Suponía que se trataba de una boa de la familia de Epícrates, atraída por el olor de la sangre. Debía medir un metro y medio de largo y era bastante inofensiva para el hombre. Bond se preguntó si Scaramanga lo sabría; de inmediato salió de dudas. La expresión del criminal no se había alterado, pero su mano derecha se movió con lentitud a lo largo del pantalón, se subió la pernera y sacó un cuchillo tan delgado como un estilete de un lado de su bota tejana. Luego esperó, con el cuchillo descansando sobre su estómago. No lo agarraba como un puñal, sino que apuntaba con él como si fuera una navaja. La serpiente se detuvo por un instante a unos metros del hombre y alzó la cabeza para hacerle una última inspección. Proyectó la bífida lengua inquisitivamente una y otra vez, y después, aún con la cabeza erguida, se movió lentamente hacia delante.

Ni un músculo se movió en el rostro de Scaramanga. Sólo sus ojos eran dos hendiduras vigilantes, mortalmente fijas en la serpiente. El reptil se arrastró por la sombra del pantalón, moviéndose lentamente hacia arriba, en dirección a la camisa, brillante de sangre. De pronto, la lengua de acero que permanecía atravesada sobre el estómago de Scaramanga cobró vida. Traspasó la cabeza de la serpiente en el centro exacto del cerebro, clavándola en el suelo y fijándola allí, mientras el poderoso cuerpo se sacudía violentamente, buscando un asidero en las raíces del manglar, en el

brazo de Scaramanga… Pero cuando ya había encontrado dónde agarrarse, sus convulsiones aflojaron los anillos, que seguían azotando en otra dirección.

La lucha con la muerte se hizo más lenta y luego cesó. La serpiente estaba inmóvil. Cuidadosamente, Scaramanga pasó su mano por toda la longitud de la serpiente. Sólo la punta de la cola se agitaba un poco. Scaramanga extrajo el cuchillo de la cabeza de la serpiente, se la rebanó con un único golpe seco y la lanzó con mucha atención, después de pensarlo un momento, en el agujero de los cangrejos. Esperó, observando, que alguno saliera a buscarla, pero no apareció ninguno. El ruido sordo que hizo al caer la cabeza de la serpiente debió de retener a cualquier cangrejo bajo tierra durante unos minutos, a pesar de lo tentador que podía ser el olor de lo que había ocasionado aquel golpe.

James Bond, arrodillado junto al arbusto, observaba los matices de todo aquello con la máxima atención. Cada una de las acciones de Scaramanga, cada expresión fugaz en su rostro, constituía una indicación de la vitalidad que tenía aquel hombre. El episodio de la serpiente era tan revelador como un gráfico de temperaturas o un detector de mentiras. A juicio de Bond, Scaramanga, a pesar de la pérdida de sangre y de las heridas internas, aún estaba muy vivo, todavía era un hombre formidable y peligroso.

Scaramanga, satisfecho de su faena, cambió poco a poco de postura y de nuevo llevó a cabo un examen penetrante de los arbustos que lo rodeaban.

Luego su mirada barrió la zona donde se encontraba Bond, sin dar muestras de verlo. Este bendijo el color oscuro de su traje, que era una mancha en la sombra, entre tantas otras. Estaba bien camuflado en el contrastado claroscuro del mediodía.

Scaramanga cogió complacido el fláccido cuerpo de la serpiente, se lo puso sobre su estómago y meticulosamente lo rajó de arriba abajo, por el vientre, hasta el orificio anal. Luego lo limpió y con incisiones cuidadosas separó la piel de la carne enrojecida con la precisión de un cirujano. Lanzaba cada pedazo desechado del reptil hacia los agujeros de los cangrejos; a cada impulso de su brazo, una expresión de enojo cruzaba su pétreo rostro porque nadie acudía a recoger las migajas de la mesa del rico. Cuando la comida estuvo lista, reconoció de nuevo los arbustos, y entonces, con sumo cuidado, tosió y escupió en la mano para examinar el resultado. Sacudió la mano y en el suelo negro quedó un esputo como un garabato de color rosa brillante. La tos no le ocasionó dolor ni demasiado esfuerzo. Bond supuso que su bala le había herido en el costado derecho y que no le había dado en el pulmón por muy poco. Scaramanga tenía una hemorragia y era un caso digno de hospital, pero la camisa ensangrentada no decía toda la verdad.

Después de inspeccionar de nuevo el entorno, Scaramanga hincó el diente al cuerpo del reptil y, hambriento y sediento como estaba, quedó de inmediato absorto en la sangre y los jugos de la serpiente, como un perro con su comida.

Bond tenía la impresión de que si en ese momento salía de su escondite, Scaramanga le enseñaría los dientes igual que un perro, con un gruñido furioso. Se

levantó poco a poco, empuñó la pistola y, con los ojos fijos en las manos de Scaramanga, se acercó hasta el centro del pequeño claro.

Se equivocaba. Scaramanga no gruñó; se limtó a mirarle, sosteniendo la amputada serpiente con las dos manos, y, con la boca llena de carne, le dijo:

—Has tardado mucho en llegar. ¿Quieres compartir mi comida?

—No, gracias. Yo prefiero la serpiente asada con salsa de mantequilla caliente. Continúa comiendo, por favor; me gusta verte las dos manos ocupadas.

Scaramanga hizo una mueca burlona y se señaló la camisa manchada de sangre.

—¿Estás asustado de un hombre moribundo? Vosotros, los ingleses, sois bastante blandos.

—El hombre moribundo se las ha arreglado muy bien con esa serpiente. ¿Tienes más armas encima?

Scaramanga se movió e hizo el ademán de abrirse la americana.

—¡Despacio! Sin movimientos rápidos. Enséñame tu cinturón…, las axilas, y pásate la mano por dentro y por fuera de los muslos. Lo haría yo mismo, pero no me ha gustado lo ocurrido a la serpiente… Pero antes aparta el cuchillo entre los árboles. Apártalo, no lo lances, si no te importa. Mi dedo en el gatillo está un poco inquieto hoy. Parece que quiere hacer su trabajo él solito, y no me gustaría que asumiera él la responsabilidad. Pero así es.

Scaramanga, con un ligero golpe de muñeca, lanzó el cuchillo al aire y la hoja de acero giró como una rueda bajo la luz del sol. Bond tuvo que apartarse. El cuchillo se clavó en el barro, justo donde Bond había estado. Scaramanga soltó una carcajada cruel, pero su risa se convirtió en tos y contrajo el rostro en un gesto de dolor. ¿Mucho dolor, quizás? Scaramanga escupió sangre, aunque no demasiada. Debía de tener una ligera hemorragia, quizás una costilla rota o dos, pero Scaramanga saldría del hospital en un par de semanas. Soltó la serpiente e hizo exactamente lo que Bond le había ordenado, aunque sin dejar de mirarle con su frialdad y arrogancia habituales. Acabado el examen, recogió el trozo de serpiente y empezó de nuevo a roerlo. Levantó la mirada.

—¿Satisfecho?

—Es suficiente.

Bond se sentó en cuclillas, sosteniendo la pistola con relajación, sin apuntar, a medio camino entre ellos dos.

—Ahora hablemos. Me temo que no tienes mucho tiempo, Scaramanga; éste es el final del camino. Has asesinado a demasiados amigos míos. Tengo licencia para matarte y la usaré. Lo haré deprisa, no como tú con Margesson. ¿Le recuerdas? Le disparaste en las rodillas y en los codos; luego hiciste que se arrastrara y te besara las botas. Pero fuiste lo bastante necio como para jactarte de ello con tus amigos en Cuba, y la información volvió a nosotros. Sólo por curiosidad, ¿a cuántos hombres has matado en tu vida?

—Contigo, serán cincuenta. —Scaramanga había roído y dado cuenta del último fragmento del espinazo. Se lo tiró hacia Bond—. Cómete eso, canalla, y métete en tus cosas. No me sacarás ningún secreto, si eso es lo que quieres. Y no lo olvides: aunque me han disparado auténticos expertos sigo vivo. Quizás no estoy coleando precisamente, pero nunca he oído que ningún inglés disparara a un hombre malherido e indefenso. No tienen agallas. Así pues, nos quedaremos los dos aquí sentados, renegando, hasta que llegue el equipo de rescate; luego estaré contento de ir a juicio. Cuánto me echarán, ¿eh?

—Bueno, para empezar, tenemos al agradable señor Rotkopf, que flota en el río, detrás del hotel, con una de tus famosas balas de plata en la cabeza.

—Eso coincide también con el agradable señor Hendriks, con una de tus balas en algún punto de su rostro. Tal vez pasemos algún tiempo juntos en la cárcel. Estaría bien, ¿no? Dicen que la prisión de Spanish Town tiene todas las comodidades. ¿Qué te parece eso, inglés? Allí te encontrarán un día en el taller con una astilla clavada en la espalda. A propósito, ¿cómo sabes lo de Rotkopf?

—Tu reunión estaba intervenida. Parece que sufres una tendencia a los errores estos días, Scaramanga. Contrataste a los hombres de seguridad equivocados. Los dos directores de tu hotel son hombres de la CIA. La cinta ya debe de estar camino de Washington en este momento. También va en ella el asesinato de Ross. ¿Ves lo que quiero decir? Te vienen por todas partes.

—Las grabaciones no son admitidas como prueba en un tribunal estadounidense. Pero veo lo que quieres decir, farsante. Estoy pagando por mis errores. —Scaramanga hizo un amplio gesto con la mano—. Bien, coge un millón de dólares y hagamos las paces.

—Me han ofrecido tres millones en el tren.

—Los doblo.

—No, lo siento.

Bond se incorporó. Su mano izquierda, a la espalda, estaba apretada en un puño, horrorizada con lo que estaba a punto de hacer. Se obligó a sí mismo a pensar qué aspecto debía tener el cuerpo roto de Margesson, a pensar en los demás hombres que aquel tipo había matado, en los que mataría si él flaqueaba. Era, con toda probabilidad, el pistolero sin banda más eficaz del mundo. James Bond lo había cogido y tenía instrucciones de matarlo. Debía hacerlo aunque estuviera tumbado malherido o en cualquier otra posición. Bond simuló despreocupación e intentó mostrar la misma frialdad que su enemigo.

—¿Algún mensaje para alguien, Scaramanga? ¿Alguna instrucción? ¿Alguien que quieras que se encargue de ti? Me ocuparé de ello, si es personal. Me encargaré yo mismo.

Scaramanga soltó una carcajada cruel, pero con cuidado, porque la risa no se convirtiera en una tos sanguinolenta.

—¡Vaya con el pequeño caballero inglés! Tal como he dicho… supongo que no querrás entregarme tu pistola y dejarme a solas durante cinco minutos, como dicen los libros. Bien, ¡tienes razón, hijito! Me arrastraría tras de ti y te volaría la tapa de los sesos.

Su mirada aún taladraba los ojos de Bond con arrogante superioridad, con aquella actitud de superhombre calculador que le había convertido en el mayor pistolero del mundo, sin bebida ni droga; el hombre del gatillo impersonal que mataba por dinero y, a veces, para divertirse.

Bond lo examinó con atención. ¿Cómo no se dejaba abatir, sabiendo que iba a morir al cabo de unos minutos? ¿Guardaría algún as en la manga? ¿Un arma oculta? Pero el hombre estaba allí, en apariencia relajado, sosteniéndose contra las raíces del manglar, con el pecho agitándose rítmicamente, el pétreo rostro sin desmoronarse, ni siquiera imperceptiblemente, en la derrota. Por su frente no corría tanto sudor como por la de Bond. Scaramanga estaba tumbado a la sombra, mientras que James Bond llevaba diez minutos en medio del claro, bajo la abrasadora luz del sol. De pronto sintió que su vitalidad se agotaba, se le escapaba por los pies hacia el barro negro, y con ella se iba su resolución. Escuchó su propia voz que hablaba con aspereza:

—Muy bien, Scaramanga, ya está. —Levantó su pistola y la sostuvo con las dos manos apuntando al blanco—. Lo haré tan rápido como pueda.

Scaramanga levantó una mano y, por primera vez, su rostro mostró algo de emoción.

—De acuerdo, colega. —Su voz sonaba, milagrosamente, suplicante—. Soy católico, ¿sabes? Déjame decir mi última oración, ¿vale? No tardaré mucho. Luego ya puedes disparar. Todos tenemos que morir algún día. Tú eres un gran tipo, y así es el juego. Si mi bala hubiese ido unos centímetros más a la derecha, tú estarías en mi lugar. ¿De acuerdo? ¿Me permites decir mi oración, caballero?

James Bond bajó el arma. Le daría unos minutos. Sabía que no podía concederle más. Dolor y calor, extenuación y sed. No pasaría mucho tiempo antes de que él mismo se echara a descansar sobre el negro barro agrietado. Si alguien quería matarle, podría hacerlo.

—Adelante, Scaramanga, pero sólo un minuto —le contestó, y las palabras le salieron lentas, pesadas.

—Gracias, compañero.

Scaramanga se llevó las manos al rostro y se cubrió los ojos. Empezó a escucharse un monótono zumbido en latín. Bond se quedó allí, de pie, al sol, con la pistola apuntando al suelo. Aunque miraba a Scaramanga, no le veía bien porque sus sentidos estaban embotados debido al dolor y al calor, a la letanía hipnótica que le llegaba desde aquel rostro cubierto, y por el horror que le causaba lo que iba a hacer al cabo de unos minutos.

Los dedos de la mano derecha de Scaramanga habían ido moviéndose de manera imperceptible, milímetro a milímetro, centímetro a centímetro hasta que alcanzaron la

oreja y se detuvieron. Pero el zumbido de la oración en latín no cesó en su ritmo, lento y adormecedor.

Entonces, con un impulso de la mano por detrás de la cabeza, la pequeña Derringer de oro rugió con estruendo y James Bond cayó violentamente al suelo, como si hubiese recibido un derechazo.

Al instante, Scaramanga se puso en pie y avanzó tan veloz como un gato. Cogió el cuchillo del suelo y lo sostuvo, amenazando a Bond con su filo plateado.

Pero James Bond se retorció en el suelo como un animal moribundo, y el pavonado e irrefrenable metal chasqueó en su mano una vez y otra —hasta cinco veces—. Luego Bond soltó la pistola y se llevó la mano al lado derecho de su abdomen, dejándola allí para amortiguar el terrible dolor.

El hombretón permaneció de pie un momento y dirigió su mirada al inmenso cielo azul. El cuchillo cayó al suelo cuando sus dedos se abrieron en un espasmo. Su corazón atravesado balbució, renqueó y se detuvo. Como si le hubiesen dado un empujón, Scaramanga cayó hacia atrás, cuan largo era, con los brazos abiertos.

Los cangrejos no tardaron en salir de sus agujeros y empezaron a husmear los restos de serpiente. Los despojos más grandes podían esperar hasta la noche.

# 16

## El envoltorio

Un elegante policía, de la brigada que había acudido al siniestro del ferrocarril, bajó por la orilla del río con el paso normal y solemne de los policías jamaicanos cuando hacen su ronda. Ninguno de ellos echa jamás a correr, ya que se les ha enseñado que eso denota falta de autoridad. Félix Leiter, antes de caer bajo los efectos de la morfina que el doctor le había administrado, les explicó que uno de los buenos perseguía a uno de los malos en el pantano y que podía haber un tiroteo. Félix Leiter no fue más claro, pero cuando dijo que era del FBI —un eufemismo legítimo —, de Washington, el policía buscó ayuda en la brigada para que alguien fuera con él. Al no conseguirlo, se acercó él solo con toda precaución, balanceando su bastón con garbo.

El estruendo de las pistolas y los chillidos de las aves del pantano le dieron una idea de dónde se encontraban. Había nacido cerca de allí, en Negril, y de chico utilizó a menudo sus trampas y hondas en aquellas marismas, por ello no le daban miedo. Cuando llegó al punto aproximado sobre la orilla del río, dobló a la izquierda entre los manglares. Consciente de que su uniforme azul y negro era demasiado llamativo, avanzó de mata en mata acechando con prudencia y penetró en el pantano. No llevaba más protección que su porra y el conocimiento de que matar a un policía era una pena capital sin remisión, de manera que sólo podía desear que el bueno y el malo también lo supieran.

Los pájaros habían huido. El silencio era mortal. El policía observó que, a su alrededor, las huellas de las ratas de monte y de otros pequeños animales parecían proceder de la misma zona, la que él andaba buscando. Después oyó el ruido que hacen los cangrejos moviéndose a gran velocidad. Luego vio clarear, detrás de una gruesa mata de manglar, la camisa de Scaramanga. Observó y escuchó con atención. No se apreciaba movimiento ni sonido algunos. Con porte protocolario, se acercó al centro del claro, vio los dos cuerpos y las pistolas, y a continuación sacó su silbato de níquel de reglamento y tocó tres pitidos largos. Una vez hecho esto, se sentó a la sombra de un arbusto, sacó su cuaderno de incidencias, humedeció el lápiz con saliva y empezó a escribir laboriosamente.

Una semana más tarde, James Bond recuperó la conciencia. Se encontraba en una habitación de paredes verdes. Estaba bajo el agua. El ventilador que giraba con lentitud en el techo era la hélice de un barco que estaba a punto de hundirle en el fondo. Nadaba por su vida, pero no se encontraba en buenas condiciones. Se hallaba amarrado, anclado al fondo del mar. Gritó con toda la potencia de sus pulmones, aunque la enfermera que había al pie de la cama sólo oyó un susurro de queja. En el

acto se acercó a su lado, le puso una mano fría en la frente y le tomó el pulso. James Bond la vislumbró con su mirada turbia. ¡De manera que así eran las sirenas!

—Eres bonita —murmuró, y, agradecido, se hundió de nuevo entre sus brazos.

La enfermera anotó la temperatura en la hoja de datos y llamó a la jefa de enfermeras. Luego se miró en el espejo deslustrado y se arregló el cabello, preparándose para la llegada del OMR[8] que estaba a cargo de aquel paciente de apariencia VIP.

El oficial médico residente, un joven jamaicano graduado en Edimburgo, llegó con la enfermera jefe, una fiera amablemente cedida por el King Edward VII. Escuchó el informe de la auxiliar, se acercó a la cama y levantó suavemente los párpados de Bond. Le deslizó un termómetro bajo la axila y luego le tomó el pulso con una mano, mientras lo comprobaba en su cronómetro con la otra. La pequeña habitación estaba en silencio. Afuera, el tráfico circulaba a toda prisa por las calles de Kingston.

El médico soltó la muñeca de Bond y se metió el cronómetro en el bolsillo del pantalón, bajo la bata blanca. Lo anotó todo en el historial. La enfermera esperó con la puerta abierta hasta que los tres salieron al pasillo. El doctor se dirigió a la enfermera jefe y le permitieron que escuchara.

—Se pondrá bien. La temperatura ha bajado y el pulso es un poco rápido, aunque eso puede ser el resultado de despertarse. Disminuyan las dosis de antibióticos. Hablaré de ello más tarde con la enfermera de planta. Mantengan la vía intravenosa. El doctor Macdonald llegará más tarde para cambiarle los vendajes. Se despertará de nuevo. Si pide algo de beber, denle zumos. Pronto le pondremos una dieta blanda. ¡Ha sido un milagro, de veras! No le llegó a tocar las vísceras abdominales, ni siquiera le rozó un riñón, sólo músculo. Esa bala estaba empapada con suficiente veneno para matar a un caballo. Gracias a Dios, ese hombre de Sav' La Mar reconoció los síntomas y le administró inyecciones masivas del antídoto contra la picadura de serpiente. Recuérdeme que le escriba, enfermera jefe. Él salvó la vida de este hombre. De momento, nada de visitas, por supuesto, al menos durante una semana. Diga a la policía y al Alto Comisionado que está mejorando. No sé quién es, pero parece ser que Londres sigue interesándose por él. Algo en relación con el Ministerio de Defensa… De ahora en adelante, diríjalos, a ellos y a todos los que pregunten por él, a la oficina del Alto Comisionado. Ellos creen que son responsables de él. —Se detuvo—. Por cierto, ¿cómo va su amigo de la número doce? El paciente por quien se han interesado el embajador estadounidense y Washington. No está en mi lista, pero sigue pidiendo ver al señor Bond.

—Fractura múltiple de tibia —dijo la enfermera jefe—. Sin complicaciones. —Y sonrió, al añadir—: Excepto que es un poco fresco con las enfermeras. En diez días estará caminando con muletas. Ya lo ha interrogado la policía. Supongo que todo tiene que ver con esa historia del *Gleaner* sobre unos turistas norteamericanos muertos al derrumbarse el puente del río Orange, pero el Comisionado lo está

llevando todo personalmente. Y la historia que apareció en el *Gleaner* es muy confusa.

El doctor sonrió.

—Nadie me cuenta nada… Aunque tanto mejor, porque no tengo tiempo para escucharlos. Bien, gracias, enfermera jefe. Debo irme. Ha habido una colisión múltiple en Halfway Tree, y las ambulancias llegarán en cualquier momento. —Se alejó a toda prisa.

La enfermera jefe volvió a sus tareas. La auxiliar, emocionada con aquella charla de alto nivel, regresó apaciblemente a la habitación de paredes verdes. Arregló la sábana que el doctor había retirado, cubrió de nuevo el hombro derecho del paciente y se acomodó en su silla, a los pies de la cama, con su novela *Ebony*[9].

Diez días más tarde, la pequeña habitación estaba atestada de gente. James Bond, descansando entre almohadones, se divertía con la galaxia de oficialidad que se había reunido allí. A su izquierda se encontraba el comisario de policía, resplandeciente en su uniforme negro con insignias de plata; a su derecha tenía a un juez de la Corte Suprema, con todos sus emblemas y su peluca, acompañado por un administrativo de actitud deferente. Félix Leiter, todavía con muletas, presentó al corpulento personaje a quien trataba con mucho respeto como coronel Bannister, de Washington. El jefe de la Estación C, un tranquilo funcionario llamado Alee Hill, a quien habían enviado desde Londres, se quedó cerca de la puerta contemplando con firme mirada de aprecio a Bond. Mary Goodnight estaba allí para escribir el acta; pero también, siguiendo las estrictas instrucciones de la enfermera jefe, para vigilar cualquier síntoma de fatiga en James Bond. Tenía autoridad absoluta para dar por finalizada la reunión si él mostraba signos de agotamiento. Solemne, se sentó junto a la cama, con un cuaderno de taquigrafía sobre las rodillas. Pero James Bond no se sentía fatigado en absoluto. Al contrario, estaba encantado al ver a toda aquella gente, porque eso suponía que por fin había regresado de nuevo al gran mundo. Lo único que le preocupaba era, por un lado, que no le permitieran ver a Félix Leiter antes de la reunión, para ponerse de acuerdo en sus declaraciones; por otro, que la oficina del Alto Comisionado le informó con bastante sequedad de que no sería necesaria la representación legal.

El comisario de policía se aclaró la garganta.

—Comandante Bond —dijo, solemne—, nuestra reunión de hoy aquí es esencialmente una formalidad que tiene lugar siguiendo instrucciones del primer ministro y con la aprobación de su médico. Hay muchos rumores dentro y fuera de la isla, rumores que *sir* Alexander Bustamante está ansioso de que queden disipados, en nombre de la justicia y de la buena reputación del país. De manera que esta reunión tiene naturaleza de encuesta judicial con categoría presidencial. Deseamos vivamente que, si las conclusiones son satisfactorias, no haya necesidad de más procedimientos legales de ningún tipo. ¿Me comprende?

—Sí —respondió Bond sin comprender.

—Bien —prosiguió el comisario, dándose importancia—. Éstos son los hechos reseñados: Recientemente ha tenido lugar en el hotel Thunderbird, en la parroquia de Westmoreland, una reunión de los que sólo pueden ser calificados como pistoleros extranjeros de notoriedad sobresaliente, que incluían a un representante del Servicio Secreto soviético, a la Mafia y a la policía secreta cubana. Los objetivos de esa reunión eran, *ínter alia*, sabotear las instalaciones jamaicanas de la industria de caña, estimular el cultivo ilícito de marihuana en la isla y comprar la cosecha para la exportación, sobornar a un alto cargo jamaicano con el objeto de instalar casinos de juego dirigidos por *gangsters*, y varias otras acciones ilegales, perjudiciales para la ley y el orden jamaicanos y para su prestigio internacional. ¿Estoy en lo cierto, comandante?

—Sí —dijo Bond, esta vez con plena conciencia.

—Bien. —El comisario siguió hablando con mayor énfasis aún—. El Departamento de Investigación Criminal de la Policía de Jamaica tuvo conocimiento de las intenciones de este grupo subversivo y yo mismo expuse ante el primer ministro la perspectiva de la reunión. Naturalmente, se observó la mayor confidencialidad y hubo que tomar una decisión en relación a cómo infiltrarnos entre ellos y tenerlos bajo vigilancia para, de esa manera, conocer sus intenciones. Dado que estaban implicadas naciones amigas, incluyendo Gran Bretaña y Estados Unidos, mantuvimos conversaciones secretas con los representantes del Ministerio de Defensa británico y con la Agencia Central de Inteligencia estadounidense. Como resultado, se puso generosamente a nuestra disposición personal experto, constituido por usted, el señor Nicholson y el señor Leiter, sin coste alguno para nuestro gobierno, que ayudaría a descubrir las maquinaciones secretas contra este país que se iban a fraguar en nuestro propio territorio.

El comisario hizo una pausa y miró a su alrededor, confirmando que había expuesto la situación correctamente. Bond observó que, al igual que los demás, Félix Leiter asentía con vigorosos movimientos de cabeza, pero que dirigía sus gestos hacia él.

Bond sonrió. Por fin, había comprendido el mensaje. Entonces también mostró su conformidad.

—De acuerdo con esto —continuó el comisario—, y con la estrecha colaboración y dirección de la Brigada de Investigación Criminal jamaicana, los señores Bond, Nicholson y Leiter llevaron a cabo sus obligaciones de forma ejemplar. Se revelaron las verdaderas intenciones de los *gangsters*; pero he aquí que, durante el proceso, esa gentuza descubrió la identidad de al menos uno de los agentes controlados por Jamaica y se desarrolló una batalla campal. Durante el transcurso de ésta, y gracias a las distinguidas habilidades del comandante Bond con el arma, los siguientes agente enemigos (aquí irá una lista) fueron eliminados. Y también, gracias a la pericia del señor Leiter y su uso de los explosivos sobre el puente del río Orange, los siguientes (otra lista) perdieron la vida. Por desgracia, dos de los agentes controlados por

Jamaica sufrieron heridas, de las que se están recuperando en el Memorial Hospital. Sólo queda mencionar los nombres del sargento Percival Sampson, de la comisaría de Negril, que llegó el primero al escenario del desenlace, y del doctor Lister Smith, de Savannah La Mar, que prestó los primeros auxilios al comandante Bond y al señor Leiter. Siguiendo instrucciones del primer ministro, *sir* Alexander Bustamante, esta encuesta judicial ha tenido lugar a día de hoy junto a la cama del comandante Bond y en presencia del señor Félix Leiter, para confirmar los hechos arriba descritos, los cuales por la presente y en presencia del juez Morris Cargill, de la Corte Suprema, quedan corroborados.

El comisario, que estaba indiscutiblemente encantado de su versión del galimatías, sonrió a Bond.

—Sólo queda —dijo, entregando a Bond un paquete sellado, otro similar a Félix Leiter y otro más al coronel Bannister— conceder al comandante Bond, de Gran Bretaña, al señor Félix Leiter, de Estados Unidos, y, en ausencia, al señor Nicholas Nicholson, de Estados Unidos, la condecoración inmediata con la Medalla de la Policía de Jamaica, por los valerosos y meritorios servicios prestados al Estado Independiente de Jamaica.

Hubo tímidos aplausos. Mary Goodnight prolongó su ovación después de que los demás ya hubieran parado. Se dio cuenta de pronto y, enrojeciendo violentamente, dejó de aplaudir.

James Bond y Félix Leiter balbucearon algunas palabras de agradecimiento. Después el juez Cargill se levantó.

—¿Es éste un informe veraz y correcto de lo que sucedió entre las fechas señaladas? —les preguntó en tono solemne.

—Sí, lo es —dijo Bond.

—Doy fe que así es, señor juez —aseguró Félix Leiter con ardor.

El juez saludó y todos, excepto Bond, se levantaron y saludaron a su vez con una inclinación de cabeza. Bond sólo inclinó la cabeza.

—En ese caso, declaro esta encuesta concluida. —El juez se volvió hacia la señorita Goodnight—. ¿Será tan amable de obtener todas las firmas, con las de los debidos testigos, y enviármelas a mi despacho? Muchas gracias. —Hizo una pausa y sonrió al añadir—: Y la copia de papel carbón, si no le importa.

—Por supuesto, señor juez —contestó Mary Goodnight. Miró a Bond y dijo—: Y ahora, si me perdonan, creo que el paciente necesita descansar. La enfermera jefe ha insistido mucho…

Todos se despidieron. Pero Bond llamó a Leiter a su lado. Mary Goodnight, que olió secretos particulares, les previno:

—¡Sólo un minuto! —Salió y cerró la puerta.

Leiter se apoyó en los pies de la cama.

—¡Pero, qué puñeta, James! —exclamó con su sonrisa más burlona—. Ha sido el mejor trabajo de encubrimiento que he tenido que falsear. Incluso nos han dado una

medalla.

Había empezado a hablar con los músculos del estómago, y las heridas comenzaban a dolerle, pero sonrió, sin demostrar el dolor. Leiter tenía que partir aquella tarde y Bond no quería despedirse, ya que apreciaba de verdad a sus amigos y Félix Leiter era uno de los mejores.

—Scaramanga era una buena pieza —comentó Bond—, Tendrían que haberle cogido vivo. Después de todo, quizás Tiffy le hizo un maleficio con la ayuda de la obá Edna. No abundan muchos como él.

Leiter no mostró compasión.

—Ésa es la forma en que vosotros, los ingleses, habláis de Rommel, de Dónitz o de Guderian. Dejando aparte a Napoleón. Cuando los habéis vencido, hacéis unos héroes de ellos. Eso no tiene sentido para mí. En mis cuentas, un enemigo es un enemigo. ¿Te gustaría que volviera Scaramanga? ¿Que se encontrara ahora en esta habitación, con su famosa pistola de oro? (¿la larga o la corta?) ¿apuntándote? ¿Qué tal de pie, donde estoy yo? Apuesto lo que quieras que no te gustaría. Así que no seas bobo, James, porque hiciste un buen trabajo. Yo lo llamo control de plagas, y alguien tiene que hacerlo. ¿Quieres volver a ello cuando te has quedado sin jugo?

Félix se mofaba de él.

—Claro que sí, cerebro de mosquito —prosiguió Leiter—. Es para lo que has venido al mundo. Control de plagas, como yo digo. Lo único que debes pensar es cómo controlarlas mejor, porque las plagas estarán siempre ahí. Dios hizo a los perros, pero también a las pulgas. No le des más vueltas a tu cabecita, ¿vale?

Leiter vio sudor en la frente de James Bond. Se fue cojeando hacia la puerta y la abrió. Hizo un leve gesto con su única mano. Ellos nunca se habían dado un apretón de manos. Leiter se asomó al pasillo.

—De acuerdo, señorita Goodnight —le dijo—. Diga a la enfermera jefe que puede quitarlo de la lista de cuidados intensivos. Y a él, ordénele que se mantenga alejado de mí durante una semana o dos, porque cada vez que estoy con él, me rompo algo, y ¡no me creo el Hombre Invisible!

De nuevo levantó su única mano saludando a Bond y salió cojeando.

—¡Espera, hijo de puta! —gritó Bond.

Pero cuando Leiter regresó a la habitación, el británico ya estaba inconsciente, sin más fuerza para disparar la descarga de palabrotas que iban a ser la única respuesta a su amigo.

Mary Goodnight echó de la habitación al compungido Leiter y corrió por el pasillo en busca de la enfermera de planta.

# 17

## Fin

Después de otra semana, James Bond estaba sentado en una silla, con una toalla alrededor de la cintura, leyendo *El Oficio de la Inteligencia*, de Alien Dulles, maldiciendo su suerte. El hospital había obrado milagros en él, y las enfermeras eran muy agradables, en especial La Sirena —como la llamaba él—, pero quería largarse de allí. Miró su reloj. Marcaba las cuatro en punto, la hora de visita. Mary Goodnight no tardaría en llegar, con lo cual él descargaría sobre la joven todo el vapor que tenía reprimido. Quizás era injusto, pero ya había puesto como un trapo a todo el que podía en el hospital, y si era Mary quien se ponía a tiro, pues ¡peor para ella!

Mary Goodnight entró en la habitación. A pesar del calor jamaicano, su aspecto era fresco como el de una rosa. ¡Maldición! Cargaba con algo parecido a una máquina de escribir, pero Bond lo reconoció como la máquina de códigos Triple X. ¿Qué ocurría ahora?

A las preguntas sobre su salud, Bond respondió con gruñidos de malhumor.

—¿Para qué demonios es eso? —preguntó a continuación.

—Hay un mensaje «Sólo para tus Ojos», personal de M —le dijo ella con mucha agitación—. De unos treinta grupos.

—¡Treinta grupos! ¿Es que ese viejo hijo de puta no sabe que sólo me funciona un brazo? Vamos, Mary, manos a la obra. Me pondré a ello, si parece realmente excitante.

Mary Goodnight estaba impresionada. «Sólo para tus Ojos» era un prefijo sagrado, de reserva absoluta, pero la palabrería de Bond resultaba peligrosamente exagerada. No era buen día para discutir con él. Se sentó en el borde de la cama, abrió la máquina y cogió un impreso de cable de su bolso. Dejó su cuaderno de taquigrafía junto al aparato y se rascó la cabeza con el lápiz mientras establecía la clave para el día: una complicada suma que contenía la fecha y la hora de envío del cable. Ajustó la clave en el cilindro central y empezó a dar vueltas a la manivela. Registró en su libreta cada palabra completa que apareció en el pequeño visor que había en la base de la máquina.

James Bond observaba su expresión. Ella se mostraba encantada. Después de unos minutos, leyó en voz alta:

«SÓLO PARA TUS OJOS PERSONAL DE M PARA CERO CERO SIETE —*stop*— RECIBIDO SU INFORME E IDEM DE LOS AMIGOS MUY IMPORTANTES [un eufemismo que significaba la CIA] —*stop*— HA DESARROLLADO Y

EJECUTADO BIEN UNA OPERACIÓN DIFÍCIL Y ARRIESGADA PARA MI TOTAL REPITO TOTAL SATISFACCIÓN —*stop*— CONFÍO EN QUE SU SALUD ESTÉ INTACTA [Bond soltó un bufido colérico] —*stop*— CUÁNDO INFORMARÁ DE MÁS INTERROGANTES SOBRE LA MISIÓN».

Mary Goodnight sonreía encantada.

—¡Nunca le había visto tan complaciente! ¿Y tú, James? ¡Esa forma de repetir *total*! ¡Es genial!

Observaba a Bond esperanzada para ver si su rostro se despejaba de nubarrones.

De hecho, Bond estaba secretamente satisfecho. Comprendía en el mensaje algo que Mary no podía captar: M le decía que se había distinguido de nuevo con todos los honores. Pero, con seguridad, no le pensaba mostrar su placer a Mary Goodnight. En aquel momento, ella era una de las guardianas que le tenían confinado, y por eso le habló de mala gana.

—No está mal —comentó— para venir del viejo. Pero lo único que quiere es hacer que vuelva a aquel maldito despacho. De todas formas, hasta ahora, todo eso es un montón de palabras tontas. ¿Qué más hay?

Pasó las páginas de su libro, simulando no estar interesado, mientras la pequeña máquina zumbaba y daba golpecitos secos.

—¡Oh, James! —estalló Mary Goodnight, emocionada—. Espera, casi he terminado. ¡Es fabuloso!

—Lo sé —comentó Bond con tono áspero—. Unos vales para comer gratis cada dos viernes, la llave del lavabo personal de M, un traje nuevo para sustituir el que, no se sabe cómo, está hecho un colador…

A pesar de sus palabras, tenía la mirada clavada en los dedos femeninos, que volaban, contagiados por la excitación de Mary Goodnight. ¿Por qué demonios estaba tan eufórica? ¡Y todo por él! La examinó con aprobación. Sentada allí, inmaculada, con la camisa blanca y la ajustada falda de color *beige*, un pie enroscado alrededor del otro tobillo, el rostro de piel dorada bajo la melena rubia incandescente expresando complacencia, ella era, pensó Bond, una chica para tener siempre cerca. ¿Como secretaria? ¿Como qué? Mary Goodnight se volvió a mirarle, con ojos brillantes, y la pregunta quedó de nuevo sin respuesta.

—Ahora, escucha esto, James. —Sacudió la libreta ante él—. Y, por todos los cielos, deja de actuar de esta forma tan miserable.

Sus palabras le hicieron sonreír.

—Muy bien, Mary, de acuerdo. Vacía el calcetín de Santa Claus en el suelo. Y cuando lo hagas, espero que no estallen los problemas. —Soltó el libro en el regazo.

El rostro de Mary Goodnight era una maravilla.

—¡Escucha esto! —dijo con gran seriedad.

Y leyó con mucho cuidado:

«EN VISTA DE LA NOTABLE NATURALEZA DE LOS SERVICIOS REFERIDOS MÁS ARRIBA Y SU AYUDA A LA CAUSA ALIADA QUE ES QUIZÁS MÁS SIGNIFICATIVA DE LO QUE USTED SE IMAGINA EL PRIMER MINISTRO PROPONE RECOMENDAR A SU MAJESTAD LA REINA ELIZABETH LA INMEDIATA CONCESIÓN DEL TÍTULO DE CABALLERO QUE SE EXPRESARÁ MEDIANTE LA ADICIÓN DE UNA KATIE COMO PREFIJO A SU CHARLIE MICHAEL GEORGE».

James Bond soltó una carcajada defensiva y embarazosa a la vez.

—Los viejos eufemismos de siempre. No se les ocurrirá poner simplemente KCMG[10]. ¡Es mucho más fácil! Sigue, Mary. ¡Esto está bien!

«ES PRÁCTICA COMÚN PREGUNTAR AL RECEPTOR QUE SE PROPONE SI ACEPTA ESTE ALTO HONOR ANTES DE QUE SU MAJESTAD PONGA EL SELLO —*stop*— A LA CONFIRMACIÓN POR CABLE DEBE SEGUIR UNA CARTA POR ESCRITO DE ACEPTACIÓN —párrafo *stop*— ESTA CONDECORACIÓN NATURALMENTE TIENE MI APOYO Y MI TOTAL APROBACIÓN Y LE ENVÍO MI FELICITACIÓN PERSONAL —fin— MANO DURA».

James Bond se ocultó de nuevo tras las críticas.

—¿Por qué diablos tiene que firmar siempre como Mano Dura en lugar de M? Es una palabra correcta. Eme. Es una medida usada por los impresores. Pero, por supuesto, no resulta lo bastante conmovedora para el jefe, un completo romántico (como todos los pobres idiotas que se lían con el Servicio Secreto).

Mary Goodnight bajó los párpados. Sabía que la reacción de Bond estaba ocultando el orgullo que sentía, un orgullo que, por su vida, jamás demostraría. ¿Quién no se sentiría orgulloso? Mary adoptó una actitud de la más pura eficacia.

—Bien, ¿quieres que te prepare un borrador? Volveré con él a las seis…, me dejarán entrar. Puedo consultar con el personal del Alto Comisionado la fórmula correcta. Sé que comienza con un «Presento mis humildes respetos a Su Majestad…». He tenido que ayudar en los honores jamaicanos de Año Nuevo y para su aniversario. Y todo el mundo parece que necesita conocer la fórmula.

James Bond se secó la frente con el pañuelo. ¡Por supuesto que estaba contento! Pero por encima de todo se sentía orgulloso de la recomendación de M. El resto, él lo sabía, no pertenecía a su firmamento. Nunca había sido una figura pública, y no quería convertirse en una de ellas. No tenía prejuicio alguno contra las letras —antes o después del nombre—, pero había algo que apreciaba por encima de todo: su privacidad, su anonimato. Le ponía enfermo la idea de convertirse en persona pública; en alguien, como decían en Inglaterra o en cualquier otro país, con

esnobismo, a la que convocarían a la inauguración de actos, a la colocación de primeras piedras, a hacer discursos después de las comidas. Le gustaba ¡James Bond! Sin otras letras por en medio, sin guiones, un nombre anónimo, tranquilo y monótono. Cierto que era comandante de la Rama Especial del RNVR[11], pero casi nunca utilizaba ese rango, como tampoco el de CMG. Lo lucía una vez al año, junto con sus dos filas de condecoraciones, en la cena de los Veteranos (la fraternidad de ex agentes del Servicio Secreto, que recibía el nombre de Club de las Serpientes Gemelas), una horrible reunión que tenía lugar en el salón de banquetes de Blades y que proporcionaba un enorme placer a muchas personas que en su día se habían comportado con valentía e ingenio, pero que ahora sufrían las enfermedades de la vejez y se dedicaban a hablar de unos triunfos y unas tragedias ya cubiertos de polvo. Los suyos eran relatos que, como nunca formarían parte de los libros de historia, debían explicarse de nuevo aquella noche, bajo los efectos del Cockburn'12 años —como aquel sobre «La Reina», cuando se emborrachó—, a cualquier vecino de mesa, como James Bond, que sólo estaba interesado en lo que iba a suceder al día siguiente. En aquella ocasión, lucía sus medallas y el CMG bajo la corbata negra, para agradar y tranquilizar a los Entrañables Veteranos en su fiesta anual. Durante el resto del año, las medallas cogían polvo en algún secreto depósito donde May las guardaba, hasta que le tocaba limpiarlas.

Así pues, James Bond, evitando su mirada, dijo a Mary Goodnight:

—Mary, esto es una orden. Toma nota de lo que sigue y envíalo esta tarde. ¿De acuerdo? Bien, empieza:

«SÓLO PARA TUS OJOS —punto— PARA MANO DURA [Bond Se detuvo y luego comentó: "Debería haber dicho para Moneypenny. ¿Cuándo fue la última vez que M tocó una máquina de códigos?". Y ahora sigamos. Mary, pon el número]. RECONOCIDO Y MUY AGRADECIDO —punto— LAS AUTORIDADES DEL HOSPITAL ME HAN INFORMADO DE QUE PODRÉ REGRESAR A LONDRES E INCORPORARME EN EL PLAZO DE UN MES —punto— EN RELACIÓN A SU REFERENCIA A UN ALTO HONOR LE RUEGO PRESENTE MIS HUMILDES RESPETOS A SU MAJESTAD Y PIDO QUE SE ME PERMITA —coma— CON TODA HUMILDAD COMA DECLINAR EL NOTABLE FAVOR QUE SU MAJESTAD GRACIOSAMENTE PROPONE CONCEDER A SU HUMILDE Y OBEDIENTE SERVIDOR —paréntesis— PARA MANO DURA POR FAVOR EXPRESE ESTO AL PRIMER MINISTRO DE LA FORMA APROPIADA —punto— MI PRINCIPAL MOTIVO ES QUE NO QUIERO PAGAR MÁS EN HOTELES Y RESTAURANTES —paréntesis—…».

Mary Goodnight le interrumpió, horrorizada.

—James, el resto es asunto tuyo…, pero, de verdad, no puedes decirle esto último.

Bond se echó a reír y movió la cabeza.

—Sólo estaba probándote, Mary. Muy bien, empecemos de nuevo en el último punto. Escribe:

«SOY UN CAMPESINO ESCOCÉS Y SIEMPRE ME SENTIRÉ EN CASA SIÉNDOLO Y SÉ —coma— SEÑOR —coma— QUE USTED COMPRENDERÁ MI PREFERENCIA Y QUE PUEDO CONTAR CON SU INDULGENCIA —paréntesis— LA CARTA DE CONFIRMACIÓN SALE DE INMEDIATO —fin— CERO CERO SIETE».

Mary Goodnight cerró la libreta de golpe, movió la cabeza y su dorada cabellera danzó enojada.

—En serio, James, ¿no deseas consultarlo antes con la almohada? Sabía que hoy estabas de mal talante, pero… quizás hayas cambiado mañana de opinión. ¿No quieres ir al palacio de Buckingham, ver a la reina y al duque de Edimburgo, arrodillarte para que te toquen el hombro con una espada y que la reina te diga: «Levántese, *sir*…», o lo que sea?

Bond sonrió.

—Todas esas cosas me gustarían, y también la vena romántica del SIS, y del escocés, si vamos a eso. Sólo rechazo llamarme *sir* James Bond. Me reiría de mí mismo cada vez que me viera en el espejo al afeitarme. Sencillamente, ese no es mi estilo, Mary. El solo pensamiento me hace estremecer de verdad. Sé que M lo comprenderá, porque él piensa casi lo mismo sobre estas cosas. Su problema fue que él, más o menos, heredó la K con el cargo. De todas maneras, no cambiaré de idea, así que ya puedes transmitirlo. Le escribiré una carta de confirmación esta noche. ¿Hay algún otro asunto, Mary?

—Bien, una cosa más, James. —Mary Goodnight bajó la mirada—. La enfermera jefe dice que puedes irte con el alta el fin de semana, pero que tendrás que pasar otras tres semanas de convalecencia. ¿Tienes alguna idea de dónde instalarte? Has de estar en contacto con el hospital.

—Ningún plan. ¿Qué sugieres?

—Bien…, yo tengo ese pequeño chalé junto a Mona Dam, James. —Su voz se aceleró—. Tengo una bonita habitación de más que da al Puerto de Kingston. Y se está fresco allí arriba. Si no te importa compartir el cuarto de baño… —Se sonrojó—. Me temo que no hay ama de llaves, pero ya sabes que a la gente de Jamaica no le preocupa ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Bond, con sorna.

—No seas tonto, James. Ya sabes…, las parejas que no están casadas y que comparten la misma casa, y todo eso.

—¡Ah, ese tipo de cosas! Eso me suena a desafío. Por cierto, ¿tu dormitorio está decorado en rosa, con celosías blancas, y duermes bajo una mosquitera?

Ella pareció sorprenderse.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —Al no contestarle Bond, ella se apresuró a añadir—: Además, James, no está muy lejos del Club Liguanea. Puedes ir a jugar al *bridge* y al golf cuando estés mejor; allí hay mucha gente con quien hablar. Y además, claro está, yo cocinaría y te cosería los botones…

De todos los mensajes de futuro que una mujer es capaz de escribir en la pared, los de este tipo son los más insidiosos y fatales.

James Bond, en plena posesión de sus facultades, con los ojos bien abiertos y los pies apoyados con firmeza en el suelo, metió alegremente la cabeza en las fauces del león.

—Goodnight, eres un ángel —dijo de corazón.

Pero al mismo tiempo sabía, desde lo más profundo de su ser, que el amor de Mary Goodnight, o el de cualquier otra mujer, no sería suficiente para él. Era como instalarse en «una habitación con vistas». Y a James Bond tener siempre la misma vista lo empalagaba.

# NOTAS

[1] Veáse *Sólo se vive dos veces*, publicada en esta misma colección. (N. del e.)

[2] Véase el relato *Propiedad de una dama* recogido en *Octopussy*, publicado en esta misma colección (N. del e.)

[3] Marihuana (N. de la t.)

[4] Aventura narrada en *Vive y deja morir*, publicada en esta misma colección. (N. del e.)

[5] En español en el original. (N. de la t.)

[6] Juego chino de fichas con distintos dibujos que se reúnen formando diversas combinaciones. (N. de la t.)

[7] Juego de palabras con el apellido de Mary. *Good night* en inglés, significa «Buenas noches». (N. de la t.)

[8] Oficial médico residente. (N. de la t.)

[9] Ébano. [Hay aquí un error de traducción: *Ebony* no es una novela sino una revista de moda dirigida a la gente de color]. (N. de la t.)

[10] *Knight Companion of the Order of St. Michael and St. George*: Caballero cofrade de la Orden de San Miguel y San Jorge. (N. del e.)

[11] *Royal Navy Volunteer Reserve*, Veteranos reservistas de la Armada real. (N. de la t.)

# JAMES BOND 007

# El hombre de la pistola de oro

Ian Fleming